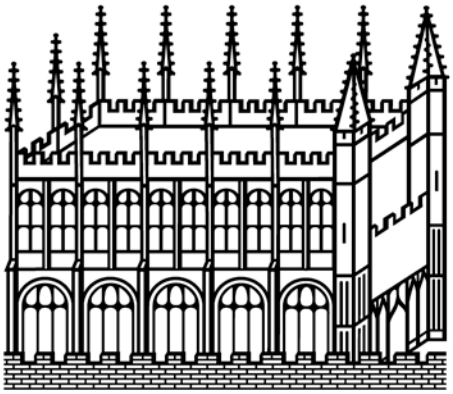


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

VOR 2 Peter 2:6

PROSAS

DE

JULIO HERRERA Y REISSIG

15

IMPRENTA HIJOS DE F. VIVES MORA, Hernán Cortés, 8 - VALENCIA

JULIO HERRERA Y REISSIG

Prosas

Crítica, Cuentos, Comentarios

PRÓLOGO DE

VICENTE A. SALAVERRI

URUGUAY
—
Maximino García
Sarandi, 461
MONTEVIDEO

ESPAÑA
—
Editorial Cervantes
Hernán Cortés, 8
VALENCIA

1918

ES PROPIEDAD

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
31 JUL 1977
OF OXFORD
LIBRARY

PÓRTICO

PÓRTICO

De la vida y de la obra de Herrera Reissig

El singularísimo temperamento de Julio Herrera y Reissig, ha sido descrito con estas tres solas palabras:

«Sensitivo, imaginativo y auditivo».

Quizá falta aludir a su visión pictórica. De todos modos, César Miranda—que fué su adlátere—define bien las características del autor de «Los peregrinos de piedra».

Si sorprende la sensibilidad del artista, su imaginación desconcierta. Y hasta el menos versado en achaques poéticos advierte la musicalidad admirable de sus versos polícromos, que fulgen como un montón de gemas. Ved, si no, este des-

orbitado «Epitalamio Ancestral», donde el color y el ritmo rivalizan:

Con pompas de brahmánicas unciones,
Abrióse el lecho de tus primaveras,
Ante un lúbrico rito de panteras,
Y una erección de símbolos varones...

Al trágico fulgor de los hachones,
Ondeó la danza de las bayaderas,
Por entre una apoteósis de banderas
Y de un siniestro trueno de leones.

Ardió al epitalamio de tu paso,
Un himno de trompetas fulgurantes...
Sobre mi corazón, los hierofantes

Ungieron tu sandalia, urna de raso,
A tiempo que cien blancos elefantes
Enroscaron su trompa hacia el ocaso.

Más que su sensibilidad refinada y enfermiza, fué el exceso de imaginación lo que no permitió a todos saborear el encanto de sus rimas. Sus poemas sentimentales llegaban al corazón de cualquier lectora medianamente instruída; pero sus sonetos preciosistas no todos estaban en condiciones de gustarlos. ¿Recordáis la incomprensión de Góngora?... Hasta hoy—y no aquí, sino en la propia España—son muchos los profesores de Retórica y Poética que tildan de extravagancia lo que es complejidad genial.

He nombrado a Góngora y es con el racionero de la Catedral cordobesa con quien tiene Herrera y Reissig infinitos puntos de contacto. Si hasta en los diccionarios, al insinuarse su biografía hoy, se tilda de rebuscado al poeta español, ¿hemos de admirarnos mucho de que pareciera Julio artificioso, hace quince años, a la generalidad de sus compatriotas?...

No. Y él, con sus extravagancias, llenas de distinción, contribuyó a dar pábulo a las insinuaciones de sus enemigos, que decían:

—¡Es un desequilibrado!

Sin duda. Y este es su mayor elogio. Por desequilibrio cinceló rimas y no se puso detrás de un mostrador, a fin de enriquecerse sin ciencia, vendiendo por tres lo que apenas si ha costado uno y medio.

Si figura simpática hay en la bohemia literatura del Uruguay, esa figura es Julio Herrera y Reissig, con su frente ancha y noble; con sus ojos soñadores, que ora fulgen, ora se adormecen; con el amargo rictus, que acentuó en sus labios la agonía... Por sobre su cabeza blonda, pareció tender siempre un halo la Quimera...

No quiso o no pudo adaptarse. Naturalmente, pagó caro el terrible delito de haber nacido «poeta de excepción», como lo llamó Ruben Darío. Sobrino de un Presidente de la República, la política habría embotado la sensibilidad del bardo, a no

mediar circunstancias especialísimas. La ruidosa caída de Julio Herrera y Obes se produjo cuando contaba Julio Herrera y Reissig apenas 16 años.

Si antes su preclaro apellido era el mejor título para ir a la burocracia, durante la dictadura de Cuestas ese solo nombre cerrábale las puertas de los organismos gubernativos. No se afligió gran cosa en aquel entonces, ocupado en forjar los cantos a Lamartine y España.

Pronto dejó los andadores románticos. Y con aquel progreso, tornáronse críticas lo que antes fueran elogios. Pero «Wagnerianas» puso de su lado a lo mejor de la juventud literaria de ese tiempo. Y surgió «La Torre de los Panoramas». No hay noción en Montevideo de un cenáculo semejante. Miranda lo ha descrito en una forma donosa:

«La «Torre de los Panoramas», la famosa torre que la imaginación de unos cuantos soñadores erigiera poéticamente, es una bella impostura. Pero no por eso dejó de ser una realidad para todos. Aquella torre era simplemente un altillo, casi decrépito, que apenas surgía del nivel de las azoteas; sus paredes tapizadas de estampas y fotografías, mostraban a la larga el gusto y la pobreza de los familiares. Un bonete turco, un par de floretes enmohecidos, una mesa pequeña y dos sillas claudicantes, completaban decoración y mobiliario. En ese escenario reducido y humilde,

Florencio Sánchez, ave de paso, hizo nido un momento; en ese cubo de mampostería, las rimas más extrañas resonaron; en ese cuartucho desmantelado se elaboró la renovación literaria del Uruguay. Bien es cierto que el espacio era reducido, pero a dos pasos el paisaje se ampliaba. La azotea ofrecía un vasto panorama: al Sur el río color de sangre, color turquesa o color estaño; al Norte el macizo de la edificación urbana, al Este la línea quebrada de la costa, con sus magníficas rompientes, y más lejos el Cementerio, Ramírez y el semicírculo de la Estanzuela, hasta el mojón blanco de la farola de Punta Carretas; al Oeste más paisaje fluvial, el puerto sembrado de *steamers,* y sobre todo el Cerro con su cono color pizarra y sus casitas frágiles de cal o terracota... De ahí lo de torre de los panoramas...

«En el ambiente amigo y fraternal las horas eran ligeras. Nuestro huésped, el mayor soñador de tal colonia, Julio Herrera y Reissig, con su sonrisa de buen hombre y su palabra cordial, hacía los honores de la torre, disertando con aquella su verba inaudita, sobre los temas más variados, o recitaba, casi cantando, sus siempre renovados poemas. Aquella época fué sin duda alguna, la más feliz del héroe. Sin preocupaciones materiales, ya que vivía en casa de sus padres, contando lo suficiente para cigarrillos y lo bastante para gastos de locomoción (¡oh, sus infati-

gables piernas de alpinista!) y para colmo de dicha, hasta con novia a la vuelta, en la calle Buenos Aires, en esa calle histórica donde fueron sus pasos de enamorado, y por donde, en una mañana de gran sol, se fué para siempre entre lágrimas...»

Los versos de Herrera y Reissig—se han publicado varios tomos, pero son: «Los peregrinos de piedra», «Las pascuas del tiempo», «Las lunas de oro» y «Teatro de los humildes», los que encierran lo mejor de su producción—los versos de Herrera y Reissig, repetimos, asombran por lo diversos: aparece ingénuo y complicado, sentimental e irónico, ascético y satánico...

En esta contradicción constante encuentra «Pablo de Grecia» (1) la mejor prueba de que era humano. Y no vacila en denominarlo «decadente», dando a esta zarandeada palabreja el significado preciso que hubo de asignarle Symons:

«La expresión decadente ha sido empequeñecida hasta no ser más que una estampilla para una escuela particular de novísimos escritores. Lo que significa decadencia en literatura es esa sabia corrupción del lenguaje, por la cual el estilo deja de ser orgánico y llega a ser, persiguiendo tal forma de expresión, deliberadamente anormal».

Ha cantado la naturaleza como el más entu-

---

(1) «Prosas»; edición A. Barreiro y Ramos, Montevideo.

siasta panteista. Sus «Sonetos Vascos» corren parejas con sus composiciones pastoriles, que evocan a Virgilio. Véase uno de aquéllos, que ostenta por título «Determinismo plácido», bello título a fe:

De tres en tres las mulas resoplan cara al viento,
Y hacia la claudicante berlina que soslaya
El sol, por la riscosa terquedad de Vizcaya,
En soberbias fosfóricas maldice el pavimento.

La abadía. El castillo... Actúa el brioso cuento
De rapto y lid. Hernani allí campó su raya,
Y, fatídico emblema, bajo el cielo de faya,
En rosarios de sangre cuelga el bravo pimiento.

La terma. Un can... La jaula del frontón donde bota,
Prisionera del arte, la felina pelota.
El convoy en la bruma, tras el puente se avista.

El vicario, la gresca, dobles y tamboriles...
El tramonto concreta la evocación carlista
De somatén y órdagos y curas con fusiles.

Y quien así pinta el paisaje vascongado no había salido nunca de su país. Samain, Laforgue, Verlaine, Baudelaire, el mismo Lugones, ejercieron manifiesta influencia en Herrera y Reissig. A Wilde y Poe, los recuerda mucho a ratos. Su cultura era vastísima, aunque con lagunas explicables.

Y esta cultura, aún más que en algunos de

sus libros de poesías, se manifiesta en el presente volumen, donde figuran estudios inéditos, que pueden presentarse como composiciones de muy amplio vuelo. Es posible que esta obra no satisfaga a todos. Sin duda alguna carece de unidad y hasta de armonía.

Varios de los trabajos que se insertan son apenas borradores. El editor se decide a ofrecerlos al público después de infinitos requerimientos. Hacer correcciones en ellos fuera profanarlos. Van tal cual han sido hallados. Con todo y no ser piezas conclusas, encierran suficiente belleza para que los ojos del lector sigan los arabescos que trazan las frases del gran imaginativo.

Para el estudio de su personalidad acaso huelgue la lectura de estos originales; para la comprensión del alma de Herrera y Reissig, ellos son utilísimos.

Cuentos y trabajos de crítica (pero de crítica creadora ¡nunca le interesó destruir, acaso porque le faltara tiempo para crear!), ofrecen interés singularísimo. Julio Herrera y Reissig es un apolonida excelso, una gran figura de la literatura americana.

Y bien: si a cualquiera interesan las cartas privadas de una infanta, ¿cómo han de sernos indiferentes a los que amamos el arte, las prosas ubérrimas de este príncipe de la moderna lírica?... En el peor de los casos, nos encontraríamos con

documentos en los cuales quedó grabada la huella de una vida luminosa y atormentada. Sus frases sobre estética, son de una exaltación delirante. Sus apuntes de crítica constituyen saludables e inquietadoras lecciones.

En la época en que sus sufrimientos corporales eran mayores, el poeta tenía sueños más exaltados.

Se fué de la vida con los ojos borrachos de ilusión. No decía:

—¡Muerte!...

Suspiraba:

—¡Belleza!... ¡Amor!...

Y se le escapó el alma de un modo tan sutil, que los que le rodeaban pensaron en un éxtasis...

VICENTE A. SALAVERRI.

DE CRÍTICA

CONCEPTOS

I

Hacer obra de crítico es harto difícil, porque hay que convenir con Saint Beuve que la retina analítica no la poseen todas las inteligencias, y no basta almacenar erudición ni haber nacido con doble paladar para decir: «Esta obra vale, exactamente, tanto». Los miopes, en este punto, son muchos, aunque lo ignoren, semejantes al astrónomo ciego, que en su delirio fantástico creía descubrir nuevas constelaciones en las oscuridades engañosas de su misma ceguera. Tengo, para mí, que el crítico verdadero tiene algo de Sibila: la concepción milagrosa, efectuada con la rapidez eléctrica de una luz que hace día en menos de un instante.

Disecar es sólo aplicar conocimientos. Detallar, ajustar, separar, es sólo emitir paciencia.

De ese modo considerada la crítica, es una forma mecánica y activa, una hormiga laboriosa que no se eleva un palmo de la tierra.

Imaginémonos que todo lo que existe tiene poros; pues bien: el talento del crítico debe penetrar por los poros de un libro y sorprenderlo, cual nuevo Judith a Holofernes, en su sueño de majestad; adivinar los secretos que flotan en sus páginas, sentirse en su presencia iluminados por intuiciones proféticas, interpretar los puntos suspensivos de las abstracciones y de los vuelos vagos que encierra, descifrar el revés de los pensamientos, tener el oído de un auscultador misterioso para oir lo que apenas suena en el alma de su autor... en una palabra: fraternizar y consustanciarse con la obra que se quiere penetrar.

Toda vibración, todo fluído, que desde luego exista en ella, debe pesar en esa balanza intangible que da a conocer las valorizaciones secretas, que como tales pasan desapercibidas a la vulgaridad de los hombres.

En la urdimbre del pensamiento se trabaja con dedos de hada.

Una crítica alta, a la par que una poderosa linterna mágica, ilumina y da vida a un libro, haciendo resaltar sobre el lienzo del análisis la psicología de sus personajes, agrandando sin desfigurar los contornos de los caracteres y de los hechos, para que el lector los comprenda sin fatigarse; ¡por lo que el crítico, verdadero argonauta de la sombra, en medio de un océano de confusiones, tratando de salir triunfante del noble riesgo, como Daniel del foso de las fieras, suele ser un vidente, el más sublime, cuyo microscopio investigador, a semejanza de la pupila

de los cíclopes, resiste al inmenso calor de la franja, en que da forma al rayo poderoso de la verdad!

Por eso el crítico de valer es *rara avis*, y apenas si cada época se vanagloria de poseer uno solo.

El sentido analítico, a su vez, requiere una doble percepción. No se aprecia lo que no se conoce, ni se conoce lo que no se alcanza a comprender. Puede el dueño de un libro decirle a su crítico, lo que Selim a los extranjeros que le querían conocer en su propio palacio: «Vestid pantuflas, y haced por parecer mahometanos en mi presencia». Del mismo modo un autor realista, romántico o decadente, tiene el derecho de decirle a un crítico que rinda culto a cualquier escuela distinta de la suya: «Antes de estrecharme la mano, despojaos de vuestro ropaje y procurad pareceros a mí.»

En efecto, la tendencia, en el hombre, suele ser una causa de desequilibrio, y llega hasta ser una venda del entendimiento.

Se asemeja a la nube en que viajaba el dios mitológico, que no le dejaba ver el sol.

Nadie que no lo comprenda puede saber la cantidad de fuerza cerebral que hay en un libro, por malo que parezca, o porque su raciocinio sea impotente para asimilarlo, sin contorsiones ni dudas.

La oscuridad, no porque sea tal, deja de ser un efecto físico, que vela nuestra débil óptica, sin que por eso se pueda decir que sea impenetrable, ni, menos, profunda.

Lo que es de fácil percepción parece siempre

más bello, y desde luego toda claridad es un efecto de limpidez muy encomiable, sin que deje muchas veces de ser un simple resultado de la superficialidad de las cosas.

Ateniéndose sin duda a nuestra debilidad es que dice Balmes que el mismo absurdo es meritorio, tomándose por este último la impenetrabilidad de los arcanos llenos de misterio y de poesía.

Hermoso es contemplar las guijas relucientes que reposan en el lecho de cristal de un arroyuelo. Estas son como las ideas esmaltadas que se ven a través de un estilo claro como un espejo; son como las concepciones frescas y sencillas de un arte fácil y comprensible, que pasan del lienzo o de la página al espíritu, en un rápido centelleo.

Sin embargo, ello no implica que no sean más hermosas las madréporas y coralinas que duermen en la profundidad de los océanos, sin que las podamos contemplar a simple vista, pudiéndose decir que se asemejan a las complicadas creaciones de los genios, hasta donde sólo pueden llegar los buzos del pensamiento.

Lo mismo sucede con las formas artísticas en que entra más o menos subjetividad.

La transparencia de un pequeño caudal es debida a su limitada profundidad y a la superficie tranquila de sus aguas, que suele ser monótona a fuerza de su mismo nivel, mientras que un piélago, debido a la majestuosa inmensidad de su fondo, produce la sombría turbulencia de sus masas alborotadas. Si una cosa es hermosa, la otra es sublime.

La belleza, para juzgar de ella, es preciso encontrarla. Todo es cuestión de sondaje o de perspectiva: a grandes alturas, grandes panoramas.

El talento de un crítico debe ser como una montaña, desde cuya cumbre se abarcan los más amplios horizontes. Son pocos los que lo poseen, del mismo modo que son pocos los que trepan a las grandes eminencias.

Por eso nunca he concebido el proselitismo como punto de partida de la crítica, obligándola a hacer de mula tahonera alrededor de un solo eje y sin que pueda salir jamás del círculo estrecho de una idea exclusiva y de un móvil único y absorbente.

Del mismo modo, pues, que resultan el extravío sincero, el ofuscamiento sublime, la enajenación del raciocinio, el empecinamiento retrógrado de una fe ciega, de una convicción aherrojada en el espíritu; resultan de un crítico apasionado y parcial, el apocamiento de criterio, la perturbación del juicio, la estrechez de conciencia, la flojedad de análisis, el oscurecimiento de la lente que aplica a lo que quiere examinar, por lo que, lejos de arrojar luz sobre el mérito del autor o sobre los defectos de la obra, escupe, con frecuencia, un sarcasmo, anatematizando lo bueno y lo malo, condenando el precioso sudor de la inteligencia a rodar sobre el empedrado de lo que se desprecia, pagando el fruto intelectual con cuatro epítetos groseros que el vulgo traduce por veredictos de la sabiduría, y, en fin, enterrando vivos a muchos intelectuales, que faltos de energía o acobardados por los primeros reveses, se condenan a perpetuo

ostracismo en el cementerio del silencio. A un crítico de ese género habría que repetirle aquella frase del jacobino al subir a la guillotina: «*Salud, verdugo.*»

El censurar por sistema es un vicio tan condenable como el de besarle la capa pluvial a cualquier obispuelo de la literatura.

Un crítico ideal, sería un crítico enteramente justo, y un crítico justo se me antoja aludir a un crítico despegado de toda escuela, cuyas ideas, como haces de luz de un faro giratorio, penetrasen en todas direcciones, y cuyo cerebro contuviera, a modo de un Mapa Mundi, la universalidad del pensamiento, pasando su meridiano principal igualmente por París que por Constantinopla. Pero, esto es difícil, si no imposible de conseguir, puesto que cada hombre que piensa abarca un solo punto del cielo y se rige por un solo meridiano.

Meterlich le escribía a un amigo: «Habrá que rogarle a Dios que nombre Tribunal de la Historia, porque hasta ahora ninguno ha fallado en definitiva». De igual modo la crítica fraternal, amplia, serena, que abarque de un solo abrazo, como Neptuno los océanos, las revoluciones científicas y literarias de estos últimos tiempos—señalando los rumbos falsos que se han venido siguiendo, encauzando el ideal—quitándoselo a los utópicos aventureros que lo llevan amarrado por la *ilimitable selva oscura;* esa crítica que pase por el mundo como un céfiro de paz, que refresque y salubrifique los espíritus enfermos por atavismos de herencia; esa soñada *crítica Mesías* que reasuma en parábolas evangélicas la virtualidad

cerebral, está por llegar aún, y todas las religiones literarias la señalan y hasta la bautizan candorosamente en la piscina de sus convicciones. Parodiando al «poeta del silencio», habrá que rogarle al Dios de los milagros que convierta una biblioteca de todos los tiempos en un cerebro, y que ese cerebro, aislado del contacto humano, elabore la gigantesca obra crítica que espera la Humanidad, anarquizada y jadeante.

***

Por lo pronto es indudable que se ha adelantado algo en los procedimientos, reaccionándose contra el absolutismo de los principios, haciéndose menos genuflexiones a las antiguas fórmulas, dándose mayor amplitud al círculo del torneo, evolucionándose hacia la completa libertad del gusto, sucediéndose a los viejos casilleros cubiertos de moho, los amplios recintos de este esplendoroso renacimiento, y declarándose, por fin, que la estética, a semejanza de una mujer, no es la misma para todos los espíritus, pues mientras un defecto pueda parecer una belleza a un solo individuo, no puede juzgarse como tal defecto, en absoluto. Para esto deben tenerse en cuenta las influencias perturbadoras de este oxígeno de vida nueva, que embriaga a todos los intelectos, dando lugar a impresiones que podrán parecer artificiosas por lo raras, pero que de ningún modo dejarán de ser el resultado de una revolucionaria realidad. En arte, todo, es casi un instinto. La inventiva que ejerce una función de vitalidad constante, influye de una

manera directa en la naturaleza del gusto, que muda ineludiblemente de forma y hasta de sustancia, como los seres orgánicos, en una serie de gradaciones sucesivas, que tienden a la perfección o al desgaste final.

Todos los pensadores equilibrados de hoy día están de acuerdo con esta reacción de la doctrina, reacción que arremete contra lo absoluto, y que se basa en este concepto sencillo y verdadero: «el gusto es la facultad de recibir placer de las bellezas de la naturaleza y del arte». Por lo tanto, se puede creer que esa facultad varía en cada individuo, según lo íntimo de su sér. Por otra parte, yo soy de los que creen que la moda es un progreso, y que de ningún modo se debe volver atrás. Se puede vacilar, sin por eso retroceder.

La indagación filosófica de la verdad, semejante a la aguja magnética del ideal humano, oscila; y siempre oscila movida por los ocultos resortes del Porvenir.

Tanta libertad de forma, tal universalidad de educación, a la que hemos podido llegar, no es sino el fruto sazonado de los siglos, que gusta a todos los paladares y endulza todas las acritudes, y cuyo zumo, a semejanza de un óleo mágico, suaviza las asperezas de las pasiones y refina las epidermis de los espíritus.

***

Pasaron ya los tiempos del exclusivismo. Una sociedad no es hoy una familia de fanáticos, ni una

conciencia una mazmorra de preocupaciones. Los inquisidores, con sus siniestras antorchas, no existen ni en religión ni en política. Los ríos de la Historia, como diría Andrade, se unen para desembocar juntos en el inmenso océano de la civilización. La sangre de las razas se mezcla con el vaso sagrado que ofrece al Dios de la abundancia la Humanidad que comercia y que se reproduce.

La comunión de las naciones está a punto de ser un hecho. La tolerancia es un maná que llueve para todos los hombres y todos los pueblos. En las Pyrámides modernas, como lo ha dicho un grande escritor, trabajan obreros de todo el Universo. ¡Todo marcha hacia adelante, y los viejos errores se rectifican, a semejanza de las monstruosas piedras que se pulen!

El libro de la Verdad es la Academia Universal, en que están representados todos los países; y a las rodillas en tierra, y a los silicios de la penitencia han sucedido los símbolos de la fraternidad y de la conciliación, repercutiendo en todos los corazones la palabra: «Paz», y en todos los templos la palabra: «Amor».

Jano es la deificación gentílica del alma humana que despide agradecida las últimas sombras del pasado y saluda con emoción los frescos albores del futuro.

Del mismo modo, pues, que la infalibilidad y el rigor están a punto de ser letra muerta en las religiones, y que el templo de Marte dejará de ser la cloaca de las ansias políticas, —y que en el banquete del

bienestar común habrá un cubierto para cada nación y para cada creencia, desapareciendo como una niebla incómoda el espíritu de localismo y de particularidad —en literatura, como en ciencias, se abren horizontes más amplios, inmensas perspectivas de triunfo, desde donde se divisan nuevas Atlántidas que atraen el pensamiento humano. Y sus cruzados, los que la ofrecen la mirra de sus divinos sudores, van como Carlo Magno repartiendo en inmensas bandejas de oro los manjares de Pascua, por toda la tierra; sólo que a diferencia de los antiguos caballeros, ya no andan en mulas, ni entonan amorosas serenatas a sus elegidas, entre el silencio de la media noche, ni se privan de entrar en los palacios de los herejes, sino que viajan en los globos y ferrocarriles del pensamiento moderno, y cantan a los nuevos descubrimientos y a las nuevas ideas, entre el rumor de la *inmensa colmena,* y fuma la pipa de los hijos del profeta en Stambul, después de haber aspirado el incienso en el Vaticano.

Las campanas de la Gloria llaman a todos los congregados, como, en su delirio sublime, la heroína de Shakespeare llamaba a todos los astros.

***

Este es el siglo de la libertad del arte, mariposa de alas brillantes que ha roto su crisálida retórica y se ha elevado por los aires, ostentando todos los matices del gusto.

Stecchetti en Italia, Heredia en la Academia Francesa, Salvador Rueda en España, y tantos otros

laureados en las justas del sentimiento artístico—lo pregonan de todos los modos, convencidos de las reglas, que lejos de constituir la legislación de la estética, la condenan a morir de inmovilidad en una larga parálisis de rutina—. Esto no quiere decir que nos perdamos en un laberinto de ensayos, rechazando por terquedad de sistema aquello que está sancionado por el buen sentido y por la consagración sacerdotal de los *que no se discuten.* Muy al contrario: las extravagancias y el esoterismo de los raros, que se pasan la vida haciendo piruetas macabras con el idioma, inventando ritos extraños en el laboratorio de sus imaginaciones enfermizas, merecen la más severa condenación; los pájaros polífonos que nos torturan con la monotonía inarmónica de sus canturreos, los acróbatas del palabrerismo que incivilizan el oído a fuerza de herirlo con sus experimentos antieufónicos; los *epilépticos de la hipérbole,* como les llama un distinguido escritor, amigo mío, verdaderos gimnastas japoneses de la facultad más grande de la poesía; los *originalistas del ritmo,* que llevan a la «Diosa Helicón» por cuanta anfractuosidad y vericueto existen en el lenguaje que ellos despiadadamente descuartizan, esos no entrarán jamás en el alto recinto, y merecerían la célebre sátira del Maestro Latimo, que refiriéndose a tales parásitos del mal gusto, dice: «que aun viéndolos ahogarse, no les prestaría el menor auxilio».

Volviendo a lo que afirmaba en un principio, este es el siglo de las grandes revoluciones artísticas, y no parece sino que un ideal de renovación y de origi-

nalidad agitara todo lo que hay de aleático en la naturaleza humana.

Seguramente que hay razón para decir con un conocido crítico moderno: «pronto no quedará piedra sobre piedra de todo lo antiguo, y las viejas creaciones yacerán como las ruínas helénicas, envueltas en el musgo sagrado de la fama».

A todo esto la crítica, poseída de un sentimiento de maternidad, debe acoger en su regazo los buenos y los malos hijos del Arte, a aquéllos para acariciarlos con delicia en premio de sus esfuerzos y a éstos para corregirlos suavemente, señalándoles el buen camino.

Esta maternidad sublime, a que me refiero, es, como se sobreentiende, el eclecticismo, punto culminante del panorama del presente y llave de oro de los secretos del futuro.

Ser ecléctico es poseer ese refinamiento sibarítico, esa quintaesencia del gusto que constituye la naturaleza intelectual del siglo; es estar a la última moda; ¡es habitar un palacio lujoso en la Babilonia del saber!

El eclecticismo es el punto más alto de la escala que tiene que ascender el crítico moderno. Para éste no deben existir fantasmas de preocupaciones, que a modo de Columnas de Hércules señalen límites a las investigaciones de su espíritu, ni debe enclaustrarse, a modo de una monja pudorosa en las *absolutas* de una fe ciega, temblando ante el fragor de vida de las innovaciones que se sucedan, y de los problemas que se planteen, por insolubles que le parezcan. Su cerebro no debe tener candado, como la

celda oscura de un cenobita; antes bien, debe dar puerta franca a las saludables ventilaciones del progreso, a las nobles visitas de los libros nuevos que elabore el porvenir del entendimiento humano. Un crítico que diga: «yo pienso y pensaré siempre así» será un crítico rezagado, que no podrá hacer jamás obra fecunda, porque estrechará su inteligencia en un molde de hierro. Y cuando oiga los alertas revolucionarios de los nuevos rumbos y de las nuevas ideas, irá a esconderse en la oscuridad de su empecinamiento, como Pan (en su caracol) perseguido por los sátiros que le veían temblar. ¡Con cuánta razón dijo Houssaye: «Se hace necesario penetrar en el mundo de las ideas, a modo de esos grandes cazadores de las selvas africanas, verdaderos parques enciclopédicos, que llevan para sus excursiones, una arma de cada especie!» Efectivamente: no hay biblioteca moderna que no sea un museo de ideas contrarias, ni hay cenáculo en que no tomen parte distintos luchadores. El liberalismo de la inteligencia no tiene Yndex. Cada creencia tiene su biblia y cada asociación el sistema orgánico que le da vida. El bibliógrafo ya no es un enfermo de poquedad de conciencia y de anemia de raciocinio, que se condena a perpetuo régimen y no prueba bocado prohibido; es, por el contrario, un gastrónomo de apetito desigual y de fino paladar, en cuya mesa se sirve el sencillo guisado de aldea y el extravagante plato romano: faisanes aderezados con perlas.

*
* *

Veo que a través de todas las intolerancias y aberraciones del mayor número, el modernismo en manos de un puñado de obreros, ha horadado sus túneles en las montañas del pensamiento, sin que la humanidad se aterre ni se conmueva.

Por esto mismo es que las generaciones presentes caminan sobre el polvo ruinoso de lo pasado, y que los monolitos colosales que servían de almenas en lo más alto de los antiguos castillos, sirven hoy de cimientos a las nuevas edificaciones del progreso y del arte moderno. Y es también debido a esto que, como los libros de caballería del Hidalgo de Cervantes, son condenados al fuego de la consumación las ideas que pasan; y se suceden otras nuevas, alimentadas de otras savias, criadas en otros viveros: verdaderos retoños del espíritu humano, ¡Fénices del pensamiento que nunca muere!

Una mirada retrospectiva, nos hará ver ese desfile, a paso lento y continuado, de toda esa procesión de augustos espectros, que pertenecen hoy a la historia de la literatura: desde Salomón con su cetro de oro, hasta Homero con su cayado de parra; desde Jeremías con su capa de ramas de sauce, hasta Virgilio con su toga de armiño; desde Cátulo con su espumante copa de Chipre, hasta el Dante con su llama del *Infierno* en sus apóstrofes; desde Cervantes con su esmerilo de chispas, hasta Shakespeare con un océano dentro de su cerebro; desde Camöens con un tallo de baobab en sus manos, hasta Moliére con una inmensa lágrima en medio de su sonrisa...!

Todos pasan como visiones, en este cinema-

tógrafo lúgubre del tiempo muerto; y los genios se petrifican en mármoles, como las ideas se transforman en religiones.

El clasicismo, disciplinario y severo, pasó, en su elegante litera de nobleza, con todo su cortejo de ceremonias, como pasaron los personajes antiguos de la aristocracia medioeval, de cabeza empolvada y de tizona al cinto, que usaban faldones largos y zapatos de hebilla; personajes hechos de una sola pieza, fanáticos por la religión y por la patria, que escribían sus madrigales en los guantes de una marquesa y templaban sus corazones con el diapasón místico de las campanas de sus templos.

Pasó el romanticismo, sublime, desamparado—gitano de la elegía—bohemio de los hastíos y de las desventuras, que en las embriagueces del desorden despeinaban sus melenas, y que en las orgías trágicas del alma mostraba la desnudez de sus dolores. Pasó el bello romanticismo, con su faz lacrimosa y desencajada, exhalando por toda la Europa los suspiros de Ossian—¡plañidera sublime de los duelos del siglo!—, hada melancólica de los llantos divinos que formaron *el lago y las meditaciones;* el romanticismo, que fué ángel y demonio de don Juan, piélago de agua muerta en René; desengaño y tortura en Lucía; sufrimiento y sublimidad en Juan Vaillant; bautismo de fuego y anatema en *Los Castigos.*

Y está acabando de pasar, en un desfile postrero, el realismo: serio, reflexivo, observador, llevando, en su maleta de viaje, su indumentaria severa, todos sus instrumentos de anatomía, sus máquinas fotográ-

ficas, sus libretas de apuntes, sus útiles de medición, sus bloques y sus pinceles. El Maestro de Medán —el apóstol de media humanidad—, que ha hecho la autopsia moral a la Europa, que ha desnudado a los leprosos en presencia de los sanos, que ha salpicado con los flemos de la miseria las púrpuras de los ricos y de los opresores, que ha vomitado sus apóstrofes contra el ergotismo y la falacia social, parece destinado a llevarse a la tumba el testamento de gloria de Balzac y de Flaubert, toda esa rica pedrería, todo ese florecimiento artístico y lujoso que fué el asombro del mundo durante cuarenta años.

Por último, el simbolismo parece ser un largo crepúsculo, una hermosa aurora polar que hace del firmamento de su escuela una paleta confusa, un derroche desordenado de flores exóticas de todos los países y de todas las latitudes. No se sabe si ha nacido o está por nacer aún. Lo ridículo se muestra al lado de lo sublime. Es la fea lámpara de Aladino en manos del hada que guarda las pedrerías.

Lo abstruso, lo raro, lo original, forma la levadura incorpórea de este pan de Sybaris, que sólo es del gusto de los privilegiados. Pero es justicia reconocer que hay en él ese sabor que, según el poeta, tiene el oro para las perlas, y las sombras para las falenas noctámbulas.

El simbolismo tiene calandrias y tiene vampiros. Las carcajadas de sus poetas son sollozos histéricos. Son misántropos peregrinos de un mundo de idealidad etérea en que ellos mismos están perdidos. Se embriagan con opio; sus sonrisas son muecas. ¡Pa-

rece que un oxígeno misterioso los mata alegrándolos! Baudelaire es una ironía amarga, corporizada en una lágrima venenosa. Su corazón es la esponja con hiel y vinagre que, en la caña del desdén satírico, alcanza al hombre que sufre enclavado en su desesperación. En sus labios las risas de Anacreonte son hipos de burla—desdenes sacrílegos—, elocuentes burbujeos de lujuria de un vino orgiástico. La miel de su poesía está guardada por aguijones. Es una flor que se ofrece entre espinas.

Hafitz alegra sus melancolías. Horacio hace elegantes sus locuras. Moore le arroja sobre su cabeza las cenizas de su cigarro.

Y en medio de todo esto, hace un templo de un lupanar y se acuesta sobre el lodo para mostrarnos sus vicios.

Ríe, y se ríe de sus dolores.

Sus lágrimas no se ven: se adivinan.

Es un Saint-Evremond, que, como diría Heine, ¡seca su llanto con secretos suspiros!

II

Y ahora que hemos pasado revista a las distintas encarnaciones del Ideal, que, como a un sér divino, lo hemos visto transfigurarse en el Tabor excelso del Arte; ahora que hemos hablado de la verdad, dibujada poliformemente en ese estereoscopio de la moda

a través del cual la óptica humana cree contemplarla como a una sola y única imagen, cabe preguntar: ¿Cuál será el fin de su evolución tan llena de complejidades, de esa verdadera metempsícosis que escapa a la luz de todo análisis y que burla las predicciones de todas las épocas? La eterna interrogación de la duda parece dibujarse en la sombra de nuestro espíritu, interrogación que tiene por hermano el eco, polífono cantor del vacío. El Arte es el pensamiento mismo que emprende su viaje eterno por un laberinto dantesco, lleno de oscuridades y lleno de iluminaciones, y como el Profeta de la Biblia suele hallar en presencia de las fieras el esplendor de los ángeles.

Los siglos le han visto morir, para luego renacer glorioso bajo distintas formas; es como un gusano sublime que se enferma mientras le brotan las alas.

No hay que ser, como dice un moderno crítico, de los que maldicen y proscriben las formas artísticas que no les son de fácil acceso o que no van bien con sus propensiones y la índole de sus espíritus. La tolerancia es el saludo de la inteligencia a lo desconocido. Tolerar es amar lo que se acerca y es acercarse a lo que viene. Nadie puede ser juez de lo que sólo debe ser juzgado por la posteridad, y quien dice relatividad, tropieza sin querer con lo infinito, con lo inconmensurable. ¿Qué es el gusto sino una cantidad de alucinación, que entra por los sentidos, educados por tal o cual época, y lacrados por convencionalismos más o menos efímeros que se desmienten unos a otros a cada paso, invocando el nombre de la Verdad?

¡La verdad artística!... he aquí una expresión bien vulgar que la repiten todos los labios, sin que los cerebros se den cuenta del significado que entraña.

El Arte es, como la hermosa mujer de la fábula, un sér biforme que enseña a cada espíritu y a cada época una parte de su naturaleza. Así considerado, no admite axiomas, ni se deja bautizar en el cenáculo de ninguna teoría, por más brillante y racional que sea. Es como un pájaro que necesita del aire libre para vivir y que ni aun en jaula de oro emite un solo gorjeo. El Arte ama la libertad porque es hijo de ella. Ponerle parapetos, es ahogarlo. Es como la luz, que en donde encuentra una opacidad sólo sirve para producir sombra.

Vinculado, como está, con el mundo moral, cada vez que éste se ha desviado de su órbita lo ha seguido en su falso derrotero. Entonces dejó de ser pájaro de aurora que canta al embriagarse con el purísimo oxígeno para convertirse en murciélago de una noche siniestra, que bate sus alas al olor de la sangre. La belleza en su acepción general, que es la virtud de las cosas, forma un conjunto armónico, como el universo; un eclipse produce una noche, una desviación podría producir una catástrofe, y una simple anomalía o fenómeno, esa enfermedad de toda naturaleza que llamamos perturbación.

El Arte, siguiendo esta ley fatal, ha sido en todo tiempo la expresión del estado social, la epidermis que revela el estado de adolescencia o decrepitud de los pueblos: en el charco, inmoralidad; en el con-

vento, estagnación; en el hacha revolucionaria, incendio; en el renacimiento, ascensión; en las decadencias, orgía. ¡Fantasma multiforme de las civilizaciones: mito grosero o talismán sublime, prostituta vulgar o apóstol divino, verdugo o sabio, reptil o águila!

Hémosle visto, desde que salió, fresco y no sazonado, como un vino nuevo, de los pristinos odres de su nacimiento, cambiar de sabor, adaptándose a las exigencias de los paladares, y teniendo que sufrir la humillación de las mezclas profanadoras y malsanas, en medio de las orgías de las decadencias por que ha pasado de tiempo en tiempo. Lo hemos visto hecho pedazos como la túnica de Cristo, empapada en la sangre del sacrificio. Lo hemos visto coronarse de espinas para subir al Calvario, despojado de los laureles y de las palmas de sus triunfos, y abrir luego, al género humano, con la cruz de su martirio, el cielo de las glorias futuras.

¡Largas y gloriosas etapas del sufrimiento, en que como el cordero, imagen del poeta mártir, ha ido dejando en las zarzas del camino impolutos vellones mezclados con sangre!

Semejando una polvareda extraña y luminosa que volara de repente, circundando las caudas de los maestros griegos y romanos, aparecieron en el olímpico estrado los primeros revolucionarios del Arte, los verdaderos iconoclastas de la retórica, Luteros, con máscara de esos renacimientos sombríos que pusieron en desorden los viejos cultos, tocando a rebato contra todo lo bello, contra los ídolos ante

quienes ardían los incensarios del gusto; espíritus híbridos generados por influencias distintas; frutos extraños en cuyas células ardía el zumo del injerto, como el licor de un veneno en la cavidad de un cáliz de oro. Y, sin embargo, nadie los execraba, nadie los veía en su insignificante realidad, porque la corrupción, como ciertas fieras de antro, nace mirando la penumbra; porque en lo moral, como en lo físico, existen enfermedades que dejan ciegos a los hombres, así como existen cegueras que los iluminan.

Píndaro y Esquilo, para no citar otros de sus ilustres congéneres, se vieron avergonzados por los exóticos y los anémicos, cuyas producciones, aunque no dejaron de ser, patológicamente hablando, verdaderas eflorescencias enfermizas de un organismo viciado, llegaron a pasar por piedras de extraña rareza, que se pagaban a precio muy superior, satisfaciendo el novedoso consumo de una época heresiarca, llena de relajamiento y de lucha, época de falsificadores y de mercaderes de baratijas, de extravagancias pompeyanas y de ensueños de fakires, de piruetas, en vez de ademanes; de hipos en vez de sonrisas; cuando el apetito de la mirada ébria buscaba para saciarse turquesas verdes y rosas azules, cuando el almizcle chorreaba de todas las telas, y el bostezo caia de todas las bocas amantes del opio.

El Templo de Apolo, que tiene cien puertas y otros tantos pórticos, llegó a ser un bache de ignominia en que los viejos incensados sufrieron la condena de sudar sangre bajo el látigo impío de los espúreos de una misma raza, que degeneraron hasta

reirse cínicamente de lo que hacían. Idéntica cosa sucedió en Roma. Tíbulo parece ser la última gota del aristocrático néctar de Campania, trasformado en una lágrima de rubí en los párpados del divino Cátulo y haciendo sonreir de embriaguez a Ovidio.

La misma horrible vecindad *del Capitolio a la roca Tarpeya* existió en aquella gran Metrópoli de las letras y de las artes humanas y la noche del cataclismo, emboscada en el occidente de ese gran ciclo civilizador, abrió sus fauces tenebrosas para devorar la presa de oro que el viejo Orfeo dejó olvidada en los archivos de sus colegios, de educación noble y severa, entre el polvo de sus templos y bajo los tapetes de púrpura del *Forum*. Desde ese instante el Tíber sólo reflejó sombras y las hojas lacrimosas del gran Loda, coronadas de siemprevivas y de hojas de sauce, paseaban en las noches de viento por la vía de los sepulcros, llamando a Horacio y suspirando por Virgilio. Es que había muerto Roma, la Roma espiritual, la Roma eterna, y sólo quedaba en pie, sostenido por columnas truncas y arcos medio derruídos, su propio cadáver embalsamado y expuesto a las profanaciones de los extraños y de los enemigos. ¡Inmenso Baobab que, habiendo sido trono de Ybis, fué madriguera de reptiles: campo de astros, convertido en catacumba sombría!

El descenso es rápido, cuando la eminencia es gigante. El abismo es más grande, cuanto mayor es la montaña. ¡Ay de las excelsas virtudes cuando se pierden, los vicios más grandes ocupan su lugar; no parece sino que, a semejanza de ciertas regiones

ecuatoriales, la noche es de igual duración que el día en los dominios del espíritu, que ha sido esplendorosamente iluminado por la gloria!

En los triclinios de la inercia se durmió aquella Roma voluptuosa y sensual, mientras la lira clásica servía de leña para calentar las estufas que enrarecían con tibiezas artificiales la atmósfera impura de las moradas. Es así que, junto con los protervos de la política, aparecieron como buhos de presagios fatídicos, innúmeras individualidades deformes, casi monstruosas, que según el pensar de un grande escritor moderno, fueron más funestas para el imperio que los mismos bárbaros.

La demencia imaginativa, la frivolidad pasajera, el oropel del mal gusto, la fraseología insustancial y el desaguisado de construcciones raras y atrevidas, fueron los frutos de esa demagogia artística que le arrebató los lauros al genio, sucediéndose a la diafanidad y pureza de los sonidos de la pauta armónica, los repiques secos y monótonos de los cascabeles y de los timbales. ¡Ridiculez de locura! ¡El hermoso rosal de Elena humillado por el enano Baobab de Tartarin! ¡Neurastenia del hombre y lepra del pueblo! Así se enfermó una época y así se perdió una gloria. Un diluvio de innovaciones y de inventivas sin la menor sujeción a reglas, un verdadero vómito de extravagancias, un flujo oceánico de modalidades caóticas, ahogó todo aquel inmenso florecimiento artístico, a tal punto, que los cien mil Tritones de que nos habla Homero, hubieran causado menos destrozos.

¡Epoca Neptuniana, de la que para el bibliófogo

solo resta un aluvión, confuso y abigarrado, mezcla de fango y de brillo, de opacidades y de reflejos!

La *barbarización* del idioma fué una especie de fiebre destructora que, a efectos del contagio, agrietó los grandes monumentos de todas las demás artes; tal fué el temblor causado por esa avalancha caída desde lo alto del Destino que, a decir de un historiador sociólogo, Fidias, parecía gritar en el derrumbe de los grandes mármoles y Apeles lamentarse en el despedazamiento de las telas sublimes. Sin embargo, en esta noche helada del espíritu humano, en medio de la oscuridad hiperbólica del cáos, brillaron algunos hombres notables que fueron algo así como auroras polares, inmensos prismas multicolores del genio, en cuyo espíritu se descompone la pura luz del astro. Esas raras individualidades aparecen en las noches de la Historia y son como Auroras glaciales que alumbran vegetaciones de muerte, lirios de Persia que nacen en los alvéolos de los sepulcros!

Petronio, uno de estos exóticos que marca la segunda decadencia, y al cual, como diría Taine, «*la inmortalidad sólo le abre media hoja de su puerta estrecha y deslumbrante*», fué el músico loco de los ritmos extraños, que se embriagaba con su propia bilis para excitar su lujuria de apetitos letales y de sibaríticas extravagancias. Es algo así como el fruto ictérico de los últimos días de la primavera Romana, y sus versos, bruñidos con polvos de ónix, formaban en la mesa de sus adoradores un manjar de corazones de ruiseñor engarzados en Oro de Damasco.

Hasta entonces los grandes líricos habían tañido

sus arpas en el templo del trabajo, de la gloria y del amor, recorriendo desde el bordón trágico del alma, empapada en llanto, hasta la nota siempre vibrante del erotismo sensual, rociado por el néctar prolífico de la Naturaleza; pero, nunca habían llegado a mascar fibras y nervios, todavía calientes, mezclados con pétalos de rosas frescas, y a formar con el cuerpo espasmódico de una bacante, la lira de mármol en que resonara la estrofa blanca, fría, curva y raramente armónica, del númen borracho y caprichoso!...

Después de esa época el arte se hace niebla y las últimas gotas de la sobriedad clásica se evaporan al calor de un nuevo foco artificial y extraño.

Llámase Bizantina esta época crepuscular, de climatéricas perturbaciones, religiosas y morales, y nació como una oruga roja de la sangre de *ese augusto cadáver* que fué Roma, y que, más tarde, a semejanza del gran Cid había de ganar la gloriosa batalla sobre el corcel de la fama; pues es sabido que la literatura bárbara, «*pobre de invención, nutrida de savia anémica y encerrada en las lenguas en que balbuceaba sus primeros vagidos*», fué arrollada por ese coloso centelleante que la historia ha bautizado con el nombre apostólico de Renacimiento, verdadero Cristo de la civilización moderna, que se presentó en el mundo, *con el descaro de un astro,* llevando la Odisea en una mano y la Eneida en la otra y desparramando, en todas direcciones, elegancias de Horacio, ternuras de Virgilio, aletazos de Píndaro y llamas de Anacreonte.

Pero, sigamos labrando el cimiento que nos ser-

virá más tarde para hacer un examen general de la moderna literatura en este gran siglo que toca ya a su ocaso y que nos envuelve tristemente en la media luz de su crepúsculo lleno de incertidumbres y de vacilaciones.

La escuela decadente de hoy día tiene su Génesis en aquellos tiempos de prevaricaciones artísticas, cuando las regias musas apostataron, cambiando su pelo real por el jaique extranjero, cuando los estornudos de esa peste, hasta entonces desconocida, constituían el síntoma fatal de los que morían sin llegar a ser inmortales. Muchos fueron los contagiados de esa fiebre de heregía, los que en ese gran banquete baltasarino profanaron los sagrados vasos de oro en que la gloria escanciaba su esencia. ¡Ay, pero muchos fueron también los que, dignos de mejor vida, están hoy confundidos con los eternos trapenses de la Historia! Creo haber hallado una imagen feliz, para representar esta época de mediocridades, perdidas entre una inmensa relajación artística; el decadentismo Romano fué un mangle colosal con flores pequeñas. Un árbol de semejante estatura con flores tan insignificantes sería, a mi entender, la representación gráfica de una época de corrupción del gusto literario, y en que la estética, como la honrada Lucrecia, pareció cubrirse el rostro de vergüenza.

El arte sufrió por este tiempo una de sus primeras caídas para levantarse, como Anteo, más pujante y con más bríos para la lucha.

De estas verdaderas enfermedades de vitalidad, está llena la historia de las naciones, y no hay que

extrañarse de esto, ya que es un principio, admitido por la lógica, aquello de que «de un pecador suele nacer un justo». Lo que debe pasar, pasa; como dice el Aguila del Siglo, lo que debe soplar, sopla. ¡Benditas sean estas tormentas climatéricas que devastan y vivifican la civilización: enormes páginas negras redactadas por Dios y que tienen una máscara: el destino! Saltando por otras épocas, para seguir en su proceso las evoluciones de la verdad, nos hallamos con aquella pléyade de genios en flor, aquella vía láctea del espíritu humano, que de Granada a Madrid y de Cádiz a Sevilla, esplendió soberbiamente, como una corona de estrellas, sobre la España.

La Gloria sopló su gran trompeta de oro a orillas del Manzanares, como en otros tiempos los había hecho vibrar en el Helesponto, y en las augustas márgenes del Tíber.

Hay que creer en la trasmigración universal del Arte. De una nación pasa a otra y en ninguna radica por mucho tiempo. Dijérase, que es una mujer coqueta, que muda de amante todo los días.

Siempre se le ha visto florecer en las grandes capitales de las naciones guerreras que han llegado al más alto crestón de la prosperidad. Es como las anémonas: sólo crece en las alturas, y necesita hallarse expuesta a los embates de los huracanes.

En medio de ese florecimiento primaveral de grandes artistas que giraron alrededor de la Gran Península, como el Hélice Astral alrededor del Polo, apareció una individualidad extraña, un verdadero

cometa que causó grandes perturbaciones en las esferas del Arte. Este cometa decadentista fué Góngora. Su idiosincrasia intelectual fué algo así como un nuevo color aparecido en el prisma de aquella época. Fué como la rosa verde que el Hada del cuento colocó en el cucurucho de los confites de nieve.

La oscuridad de su estilo fué el marco ebenuz que hizo resaltar la tela chillona de su imaginación, en la que una orgía de colores, sin gradación y sin efecto armónico, causa no sé qué extraño vértigo, y produce la rara embriaguez de una visión que cambia de forma a cada momento, como una serpentina en medio de la sombra.

Modalidades aderezadas con efectismos, promiscuidad de vocablos de rimbombancia churrigueresca, que saltan a la mente como muñecos elásticos; fraseología fatua, que como un aerostato, «más se hincha cuanto más sube de tono»; hipérboles gigantes que pasan volando, por la página, como la cuádriga de Febo, y que enceguecen al que las mira; epítetos que parecen remilgos; frases que son gestos de hipocondríaco; todo este raro bagaje forma una buena parte de la obra artística del maestro Culterano, que arrastró consigo infinidad de adeptos, que sin tener un átomo de su genio original, le aventajaron en alambicamiento y en mal gusto, mereciendo la incisión satírica del puñal de oro de Moratín, a quien por antonomasia debiérasele llamar el buen apóstol de la literatura de su siglo, pues que contribuyó con sus obras, de la manera más eficaz, a devolverles el buen sentido a los ciegos mentales de su patria.

Por un fénomeno de refracción, los Marinianos triunfaban en Italia, el *enfuismo* depravado en Inglaterra y los pupilos del Hotel Rambouillet en la Francia, donde todo era melindroso y superficial, y donde bajo una forma de viciosa cortesanía reían los chispeantes madrigales, y se arrastraban las odas hueras y llenas de eruptos helénicos.

Esta época marca una de las etapas más memorables de la que hoy se llama escuela simbólica, y la grinfola caballeresca que cubre la armadura de las gongoristas es compuesta de la misma tela que el teristo que visten las musas verlainianas. ¡Extraña resurrección de las cosas!

Nihil novum sub solem. Los que hoy se llaman *nuevos* en literatura no han inventado nada, sino que exhumaron lo que ya se conocía, que luego de conformado, en la norma del espíritu actual, y vestido con nuevas ampliaciones, ha sido puesto en venta en los escaparates de la moderna bibliografía.

Del mismo modo, los románticos no hicieron otra cosa que hacer su Parnaso en la cumbre sagrada del Morvén, donde Ossián lloró sus más tristes elegías, rimando melancólicas lágrimas sobre la pálida frente de Malvina.

La teoría gongoriana pareció dominar por un momento en aquel vasto teatro en que el Fénix de los Ingenios y el autor de Don Quijote pudieron decir parodiando al Rey Felipe, que el sol no se ponía para los dominios que habían conquistado con sus obras.

A los actores serios y cultos sucedieron saltim-

banquis que tan pronto vestían el pellico virgiliano como el faldellín pintarrajeado, lleno de chafalonía; y al regio orfebre de la forma y la línea escultural del período ebúrneo y bruñido, sucedió la desgalichada metáfora y la clorótica ampulosidad del pensamiento.

Ser sobrio es siempre difícil, tanto como no ser amanerado. Las innovaciones que rompen completamente con las ligaduras antiguas y no se ciñen a ninguna fórmula racional y lógica, atraen al mayor número y abren un camino sembrado de peligros para aquellos espíritus semi-infantiles que se lanzan a las aventuras del vuelo en el Hipógrifo de sus fantasías.

Por eso es que, el Culteranismo no hizo otra cosa que llenar de volátil hidrógeno los intelectos livianos, y a semejanza de las distintas escuelas de la decadencia, se vió al principio inundado de discípulos, con mucho talento algunos de ellos y con mucho desequilibrio la mayor parte, que como las moscas glotonas de la fábula, quedaron prisioneras en el panal del Maestro sin que se aprovechasen de su gloria. ¡Sublimes desarrapados, como diría Hugo, con mucho oro en el cerebro y completamente desnudos! La libertad, como los vientos, lo primero que arrastra es la plebe de lo pequeño.

¡Dichosas las generaciones que pudieran adivinar el perjuicio que les ocasionan esos derrames de rica savia, de tanto cerebro como inútilmente se pierde; savia que lleva en sí el plasma de vida del genio mismo!

Los programas de las decadencias han tenido el

brillo momentáneo de los falsos metales y ese perfume de las esencias falsificadas que se evaporan en un instante. Si Góngora no hubiera producido algunas obras muy notables, tal es el disfraz halagüeño con que se presentó en el escenario de su tiempo y tal el perjuicio que causó, que se le podría representar como a la arpía mitológica; mitad atracción, mitad fiereza; rostro de mujer y garras de águila.

Pero no todo ha de estar en contra de estos grandes ante-Cristos, que como el Mago Simón hicieron falsos milagros, en nombre del Dios de la Verdad, que ellos desconocían por completo, y con el que fueron sin el menor recato, sistemáticos, irreverentes... La notable frase del Pontífice, «*es bueno que haya herejes*», no puede ser más profundamente exacta. Por lo demás, toda impulsión viene de arriba. Las grandes catástrofes, como dicen los sociólogos, traen los grandes equilibrios. Detrás del carro de las tormentas arrastrado por Centauros que lanzan rayos en todas direcciones del vacío, viene la azul bonanza, tañendo su arpa con leves respiraciones de brisas. Los deltas, húmedas tumbas, en donde las epidemias desparraman sus mil hálitos de muerte, son también hermosos tálamos de fecundidad en donde germina la simiente que nos da el pan de la vida.

Del mismo modo, y tal como sucede con las mujeres próximas al parto, en el mundo moral, en épocas que anteceden a la formación del gusto y triunfo de la belleza, todo beneficio, todo resurgimiento se hace anunciar por una fiebre, por una evacuación, por una inquietud, por un temblor; males

estos que sin dejar de ser pasajeros son fructíferos: dolorosos espaldazos de la fortuna; ¡circuncisiones sangrientas de los grandes futuros!

A retaguardia de las crisis, verdaderos paroxismos de la naturaleza, viene la evolución saludable, y aun esas mismas crisis sanean, redimen, sacuden marasmos, despiertan emulaciones, espolean actividades, mueven ingenios; son algo así como inmensos carámbanos de sufrimiento que forman el torrente vital de la exuberancia.

Si el Arte no tuviese falsos apóstoles no tendría grandes mesías. En todas las épocas en que se ha visto en peligro, ha aparecido un arquetipo, y una nueva aleación ha surgido en el fondo de los espíritus. Todo nos enseña a esperar cuando la desesperación nos asfixia; y en estos días brumosos de desencanto y de dudas llega hasta nosotros el arquetipo soñado, que ha de colocar lenguas de fuego sobre las pálidas sienes de los que interrogan a la esperanza.

Shakespeare, Dante, Camöens, Milton, Lope, Cervantes, Bossuet, Molière, Racine, Byron, Chenier, Heine, Goethe, Schiller, Musset, Hugo, Manzoni, Puszquin, Carducci, Quintana, Leopardi, Tennyson, Herculano, Chateaubriand, Lamartine, Mickiewiez, Swinburne, Leconte, Petœfi, Algernon, Eglenschlœger, Prudhome y tantos otros iluminados, han sido verdaderos arquetipos providenciales, que estereotiparon su genio, al refrescar con una gota de agua los labios ardientes de ese «*eterno peregrino*» que jamás se sacia.

¡Bendito sea el error si viene precedido de una luz!

¡Bendito lo ridículo si esconde en su seno lo sublime!

En el fondo del antro está Isaías. Bajo la peluca de Voltaire, la libertad fermentada.

Por otra parte, volviendo a lo que decíamos, es una verdad comprobada, que de todo lo malo queda algo bueno, y esa dosis de beneficio suele ser la compensación del castigo, así como el rastro de una enseñanza, más saludable que dolorosa, que siempre se debería recordar como compensación contra el peligro: «teniendo presente el mal, se aprende a odiarlo», ha dicho el filósofo. Al legado de las antiguas decadencias pertenece ese espíritu nuevo, audaz, revolucionario, aventurero, antiarqueológico, que avanza a paso de caballería volante por sobre los escombros ungidos de pátina; que rompe lanzas con todo lo que es rutina; que lucha contra todo lo que huele a humedad de trapos viejos; que sopla como un violento ciclón sobre el polvo de las supersticiones; que profana la Necrópolis de los archivos; que funde los viejos ídolos de metal para hacer con ellos flechas para la libertad del gusto; que como el Luzbel humano del poema inmortal, arroja un vaso de vino sobre los viejos esqueletos; que iza, como flámula de sangre, la roja tea que incendia Bastillas y extirpa sombras.

Espíritu de independencia y audacia que es sonrisa en Rabelais, carcajada en Voltaire, escalpelo en Diderot, blasfemia en Jorge Gordon, cuchilla en Con-

vención, crepúsculo que anuncia nuevos ortos en el cenáculo de Verlaine.

Ese espíritu que presenta todas las ventajas y desventajas de la libertad encerrada en el YO, y que, como un albatros de tormenta aparece a la luz del relámpago que traza paisajes apocalípticos, ha sido y será siempre el terror de los hombres-pantanos, de los refractarios a lo nuevo, de los que se «empacan» en el barro de los cánones eclesiásticos, de los rezagados del progreso, de los que como el místico loco creía tener a Dios en su estómago por haber recibido la Sagrada Forma, creen estar en posesión de la Verdad, y se niegan a nutrirse con los nuevos frutos que les depara el árbol del Tiempo en su reflorecimiento artístico.

El movimiento, que es el alma de la dinámica universal, debe ser también el alma de la civilización. El dedo de lo desconocido, que nos señala el más allá, es Dios mismo. Los espíritus retrógrados son como las tenebrosas habitaciones en Egipto. Pero la luz, siempre serena, rompe todos los parapetos de sombra que halla a su paso y los atraviesa, triunfante, como un proyectil escapado de la diestra de Dios. «Los que temen atravesar el puente de ultratumba —ha dicho un gran pensador religioso—, no conocen la higiene de la conciencia». Del mismo modo podría decirse de los que temen al nuevo Mesías del Arte: no están seguros de estar bien con la verdad. Quien tiene conciencia de su hermosura no teme que le dé el Sol en el rostro, al despuntar en Oriente. Los buhos, que aman la sombra, son atraídos

por los cementerios y huyen espantados ante la luz.

Revolución es casi siempre civilización, y civilización es belleza. Sin las catástrofes cosmológicas que han precedido a la formación del mundo, estad seguros que no tendríamos montañas ni océanos; como sin los grandes movimientos políticos y artísticos, que han conmovido el eje social, no atesoraría el género humano tanta obra gigante, tantos monumentos como los que hoy existen, y que son como tiendas de titanes que marcan las etapas del genio en su peregrinación por los siglos.

Grecia tuvo que bajar las gradas de su Olympo para que Roma desparramase sus águilas en dirección al mundo entero. La civilización en Cartago cayó hecha pedazos a los pies de Escipión, como los falsos ídolos en presencia del gran Moisés cuando bajó de la montaña, a la que había subido para hablar con Dios. Más tarde, Roma, que había sido pisoteada por los corceles de los bárbaros, pareció, consumida por el incendio, la antorcha de una nueva civilización dibujando una aurora en el horizonte: verdadera mariposa de fuego salida de aquella larva de ignominiosa impureza. Y así continúa el largo proceso de las edades y de las naciones, hasta principios de nuestro siglo, en que Napoleón el Grande les corta a Rusia y a todos esos pueblos semibárbaros del Norte sus cataratas de hielo, abriéndoles las puértas de la gloria; y, sin soñarlo siquiera, invita a la que fué mísera Alemania a tomar asiento en el banquete de las grandes prosperidades políticas, casi a la cabecera del Universo.

¡Aterradora ironía de los acontecimientos que se burlan a cada paso de las espadas de los conquistadores y de las profecías de los filósofos!

De la gran Revolución Francesa y de la epopeya Bonapartista que formaron ríos de sangre en toda la Europa, surgió aquella pléyade de genios y de grandes artistas que fueron el asombro del mundo en este siglo, y la corona más grande de la Francia. Los panales del Hibla se derramaron desde París a San Petersburgo, formando en vez de un torrente de sangre humana, un océano de inspiración sublime, de miel poética, de pinturas espléndidas, de purísimos mármoles y de joyas artísticas del mejor género.

La música fué la palabra de los inmensos dolores y de las supremas alegrías que habían pasado en menos de veinte años por toda la tierra. El teatro francés se llenó de dramas, como poco antes el suelo de esta gran nación se había constelado de victorias. Los museos se llenaron de cuadros y estatuas, como la Historia se había llenado de páginas monstruosas y sublimes. Aquel semillero de consternaciones fué convertido en una floración de gloria, como si en cada surco que hubiera abierto la espada, y en torno a cada cruz que amparase el sueño de un muerto, la diosa romántica hubiera hecho nacer una flor, embalsamando todas las ruinas y ungiendo todas las tumbas con el óleo de las lágrimas.

Con lo dicho anteriormente, hemos querido explicar que todo está eslabonado de una manera armónica en la naturaleza de las cosas, y que por una rara antítesis del Destino, las grandes primaveras de

la civilización son precedidas de espantosas tormentas, y los grandes advenimientos, de terribles anunciaciones.

En Arte sucede exactamente igual: todo movimiento hacia adelante parece una catástrofe; y de estas catástrofes aparentes, surgen inmensos beneficios, como de una espesa noche nace una hermosa aurora.

El geólogo ve la perla en el molusco enfermo, y el diamante en la sombra del carbón. ¿Qué han sido las antiguas relajaciones sino extravíos que han dado por resultado nuevas conquistas con el descubrimiento de nuevos panoramas y de nuevos horizontes? ¡Benditos sean los Núñez de Balboa, si al perderse en la heroica aventura descubren un Océano!

De la revolución decadentista en su primera época, data el pentágrama de la poesía moderna. La rima es hija suya, lo que equivale a decir que es hija suya la orquestación de las palabras; la tonalización de la idea, la vibrante eufonía de la métrica, el melodioso acorde que acaricia el oído y que cautiva el alma, eterna novia de la armonía. Además, sus nuevos ritmos fueron carcajadas de bacante destinadas a competir con los gastados exordios académicos, que tales eran los ritmos griegos y latinos que hasta entonces se conocían. Fuera de esto, en los dominios severos de la Prosa, tocó a rebato contra la monotonía clásica del giro enjuto y de la frase rígida, contra el procedimiento gastado a fuerza de experimentación y de trabajo; corrigió los antiguos modelos; quemó su incienso ante las nuevas plásticas; inventó nuevas

palabras y alteró reglas y fórmulas; ensanchó el dominio de las figuras, distendiendo las alas del instinto audaz de donde arrancan los vuelos de la fantasía, y las parábolas luminosas de las creaciones; colocó frente al ceñudo cánon antiguo estas palabras: flexibilidad, elasticidad; bautizó el pincel con el prisma, y finalmente aumentó el cordaje de los instrumentos, diamantizando la lengua, muerta con su antiguo molde, a la manera que se enflorece un cadáver para llevarlo al sepulcro.

1899.

CUENTOS

AGUAS DEL AQUERONTE

Flérida. La Muerte. He aquí las dos únicas estaciones de su «*expreso*» interesantísimo. Apearse en cualquier andén, lo mismo daba. Tal era Rodolfo, cuando tuve el gusto de estrechar su mano. Tenía bajo su cabello aurirrizado un sueño dulcemente fijo, sujeto con tachuelas de oro a la hipótesis de ser un Werther. Era un sueño flavescente, vago, que flotaba en sus presentimientos como un crepúsculo panteista, lleno de besos de hermosura. Morir, en su concepto, significaba volver al seno de una patria definitiva, sumergir infinitamente su larga desesperación en los opios familiares con que se halla tejido el regazo del Padre Budha.

—«Soy un grano de arena que sueña con un océano»—suspiraba semicantando, y en esta frase de histerismo retórico lucía las inflexiones brumosas de su acento algo «vauque» semejante al de Enrique Heine.

En los días de mejor ánimo, cuando su amante, menos traviesa, lloraba mucho en su pañuelo lila,

sólo porque él sonriera, paseábase por las playas, exaltándose ante los panoramas y exclamando como el héroe de Carlota: —«¡Quisiera beber la vida en la copa de embriagueces del Sér, causa de Todo dentro de Todo!».

Ahora ya no.

En vez del clarín épico de Neith, la diosa triangular de la Naturaleza, el principio femenino de la vida del mundo, veía palidecer en lontananza mortuoria, los gumuces y las caracolas de los espectros de Posharvur.

¡Nómada del Aqueronte!

El abstruso telón de ébano de la bienaventuranza tenebrosa, le ocultaba la inmensa máquina de diamantes, cuyos alientos de fuego lo atravesaron un día bajo el hachazo del vértigo.

La vida... ¡psh! ya no tenía nada que hacer, y por lo tanto, para no hacer nada, mejor era el descanso. —«Mejor es estar muerto que acostado»—decíase con pereza.

—«¡Trágame, Noche Eterna!».

Una tropa de murciélagos visitaba su estanque lúgubre. El Hada Negra, brindábale su nepente consolador, y de noche, durante horas de plomo, recogía bajo la bóveda de su frente aquellas sienes apáticas sobre las que parecía meditar un sauce.

Un mes hacía que no viera a Flérida.

¿Qué esperaba? ¿Qué esperaría?...

Llególe el turno.

—«La tour du signador jette l'heure en songeant».

¡Sí, sí! ¡Morir, morir! En el reloj violeta de la buena Muerte la hora era llegada, morosamente, como un río sonámbulo que nace de eternidades y corre hacia los olvidos...

Y hasta entonces, ¿qué hubo hecho?—¡Miserable!—se dijo—Debería de hallarme en los antípodas, en los antípodas negros, bajo el gran ciprés paterno, tumbado, desvanecido...

Si ya no soñaba para siempre en las rodillas de hielo del Santo Padre, era porque el Mal Espíritu teníalo crucificado a los brazos de una mujer... ¡Ah!, sí; la Vida, el Mal Espíritu, «la madrastra infame de la Naturaleza», el mónstruo rojo que devora insaciablemente su organismo vivo, tan estúpido, como sublime, la Vida, ese criminal inmenso que es la mitad de la Nada y cuyo crímen es el Amor, habíalo seducido con deleites quiméricos, con brindis aparatosos, habíale insinuado que era un hada hindú la bagatela femenina que se adueñara de su voluntad, para luego triturarlo con hiperbórea alevosía...

Se sonrió sin nombrar a Flérida. Una palabra era demasiado para «*cette petite*». Ni una muestra de su despecho. Su tiro era sin humo y sin detonación, elegante, discreto, terrible como su alma, como sus doctrinas.

—«Pero, basta—se dijo—hasta aquí he llegado. He sido una pobre bestia devorada por el desierto, bajo un espejismo de locura, y mientras soñaba con el pozo azul en que se miraban las estrellas. ¡Un pozo, es cierto! Pero ese pozo en que naufragan nuestras inquietudes; ese pozo en cuyo fondo se

unen el fin y el principio, ese harén helado cuyas sirenas siempre inmóviles y silenciosas duermen un sueño de reencarnaciones, sólo se encuentran en el pecho del Gran Todo, del Todo Mudo, un pecho sin corazón, el único sincero y que no engaña nunca.

—¡Abri-u-mun. Abri-u-mun!... (1)

—Desde esta «*pelota de cieno*» me iré a incrustar en los pezones de Nirvana, ¡lotos de ensueño infinito! Bajo el beso eterno que me aguarda para inanimarme, abrirán sus párpados de carbón las Noches Consteladas!...»

Y pensó sin desplegar los labios. —¿Y ella? ¡bah! qué pobre cosa. Un veranillo de carne, gracias a los veinte años. Se la regalo a Mauricio. Ella prefiere a este hipocritón con el que tantos celos me ha dado... Yo lo detesto a ese doctorcillo con un esmalte de excéptico...

¡Un tonto metropolitano; solemne, reservado; un punto o coma cuando pontifica; todo un mito de Imbecilidad!...

Pagó el chartreuse y salió.

Caminaba lentamente. Ni un pliegue en su fisonomía. En su jacquet ni una arruga. Sus ojos de narcótico vagaban con dulzuras nazarenas en un éter metafísico. Sus miradas, casi minerales, de profeta que despertara en su cripta después de largos siglos, extraviábanse en lejanas simpatías ultraterrestres,

---

(1) Del árabe ¡Padre del Sueño. Padre del Sueño. Padre del Sueño!

determinando en su rostro de heladas irradiaciones la evocación de un paisaje absurdo...

El reloj daba las nueve. Faltaban pocos instantes. ¡Oh, sí que moría!

Entró a su pieza. Su mano estrechaba un frasco. Seguíalo un mandadero. Luego en fino papel Jacinto trazó unas líneas.

—Doña Teresa, —llamó serenamente.—

Esta carta se la entrega usted mañana a la señorita de la calle Arabia. Tome usted esto. —Y le entregó unas monedas.

—No me interrogue usted nada. Ya sabe que yo soy muy raro. Si alguien pregunta por mí, diga usted que yo he salido.

—Niño—repuso el ama.—Y esta carta, ¿tiene contestación? Enigmáticamente, respondió Rodolfo, cual si se hablara así mismo.—Yo lo sabré muy pronto.—Y alejóse a su habitación de rico empapelado Persia, cuya puerta llenó el ambiente de un estampido lejano...

—¿Está Rodolfo?—preguntó Roberto. El ama no respondió. Un pañuelo le cubría los ojos. Era evidente que lloraba.

—¿Está Rodolfo?—preguntó Mauricio.

El resultado fué idéntico. Lo comprendieron inmediatamente. Algún enojo con Flérida. Nuevas excentricidades. ¿No pudiera este neurótico realizar una vez por todas su proyectado viaje a Siberia, como él llamaba a la muerte?

—«¡Oh, ma noire Siberie!...»

Subieron y una vez arriba se hallaron frente al

dormitorio, cuya puerta estaba cerrada. A un golpe rudo se abrió, insinuándose solemnemente un religioso perfume a mirra y a cinamono de Egipto.

Encontraron al poeta, sembrando el lecho de flores. En la almohada crisantemas, narcisos en los costados, hortencias y amarantos en el edredón, un «*Chariot d'or*» de dalias y de estrelitzias en el centro de su mullido trono de muerte.

Dos pebeteros ardían, trazando flancos de odaliscas de humo.

Sobre la cabecera, un lienzo en fondo naranjo místico, con lineamentos tenebrosos, representaba la tarde fúnebre en que Budha, rodeado de las multitudes, hizo su primer viaje al paraíso del Sueño. Un cuervo de inmensas alas cubría una luna lívida.

En una copa de sutil Bohemia que hallábase en el velador, notaron los amigos el tósigo ya preparado.

—¿Te casas, caro Rodolfo?—preguntó Mauricio, sonriendo al lecho, deliciosamente.

—Sí, me caso dentro de diez minutos. ¿Qué te parece mi galantería? Soy de los tiempos de Memphis. No tengo mal gusto, ¿es cierto?

Y sin dejar hablar a los visitantes, continuó con su afectada exquisitez de mago de la «*pose*», sin cambiar el tono mundano:

—«*Et j'ai dit au poison perfide.*
De secourir ma lacheté»

Mas luego, braceando en el ocultismo, dijo apesumbrándose: —¡Oh, vanidad!—¡Oh, miseria! ¡Oh, imbéciles! ¿Qué esperáis? ...¡Hijos de Júpiter, hijos

de Cristo, Humanidad del Amor... ¡Torrente de carne estúpida! Vivir para sufrir, tal es vuestra ley. Amar para que os despedacen. Soñar para que os despierten como a las bestias. Siempre miráis para arriba, siempre para los costados; nunca para abajo, teniendo vuestra salvación a dos metros de los pies. Vuestros puntos cardinales os desorientan. El mío es lógico, definitivo, rápido, conduce a todo y todo es Nada!... ¿Y vuestro amor, vuestras mujeres, vuestros veranillos de San Juan nupciales?... Me hacéis reir. Os tengo lástima. Mi primavera no será de carne, fugaz sonrisa, la «fiesta de las lámparas» en el día efímero, bajo la noche alevosa que enerva al toro negro de la sacra Sais. Mi primavera será de mármol, no tendrá fin, y en este nido de delicias, en este lecho en que vosotros descansáis apenas, mi reina helada gustará un minuto de los bramas mudos, de los filtros refinados de la catalepsia cósmica. Ella sumergirá entre mis brazos en la lujuria transparente de las metempsícosis cuya sensación es un infinito, cuyo espasmo es un hundimiento, cuyo suspiro es una eternidad... ¡Oh, los cándidos que se ligan a una mujer para gozar unas horas!—Y con aire de Rolla, dijo triunfante: —Mi primera noche no tendrá mañana!—Roberto, considerando que ya era tiempo lo interrumpió con viveza, tomándole por un brazo:

—¿Y esa copa?

—Es la del último brindis.

—¿Cuál es su contenido?

—Un licor que embriaga para siempre, muy blanco, muy conceptuoso. En el fondo de sus seduccio-

TAYLOR INST. OXFORD

nes hay panoramas del Polo Inerte, donde se halla el Edén de Budha. Es arsénico, ¿quieres más claro?

—¡Infame, necio!—exclamó Mauricio, el doctor a quien Rodolfo odiaba con toda su «*gelosía*», y con todas las demostraciones de su máscara sonriente.

Morir, como una romántica de extramuros, como una lectora de Jorge Ohnet. ¡Vaya un cursilerismo de color de rosa!

—Te felicito, —agregó Roberto, crispando una sonrisa irónica.—Es de un «mal gusto genial». Eres un petronista que adora las quintaesencias, un sensitivo de Alejandría...

—¿Y entonces, qué?... ¿voy a sembrar la alfombra de encéfalo, a descomponer mi rostro? Odio las balas, atributos criminales de la estupidez famélica. Odio el fuego, símbolo de la Vida. ¡Hacer uso de un revólver! ¡Vaya un suicidio industrial! Resueltamente ustedes no me conocen, bellos Epicuros!... ¡Y esas flores, y ese arte, y este frac azul, qué bien iban a lucirse llenos de sangre y animalidad!...

Bruscamente dijo: Ya es hora—echando mano al reloj.—Un abrazo y ¡hasta pronto! En un fondo vertiginoso, Roberto cogió la copa y derramó el veneno, declamando con energía: —Tu ridículo nos contamina. Como amigos no somos dueños de permitirnos una vulgaridad ni aun en la muerte.

¡Ea!...

Rodolfo lo miraba fijo, debilitado su albedrío por una imposición tan rápida.

—No es que no debas morir, si así lo quieres—continuó Roberto.— ¡Morir! no hay nada más natural.

Es arrojar un cigarro de hoja cuando no tira, en vez de echar un poco de humo y deshacerlo en cenizas... A la menor contrariedad siempre he pensado en matarme, pero me ha dado pereza... no te aconsejo que vivas...

—Ni yo tampoco—dijo el doctor—a pesar de que soy médico.—Y agregó luego, remedando a Hugo: ¡Si sois suicida, sed un Petronio! Lo que reprobamos es el medio de que has querido valerte...

—Dame algún otro, tú Páris, aquel Dionisio y ambos Demetrios!...

—Yo sé—dijo Mauricio, desperezándose elegantemente—de un tósigo discreto que se desmaya en las venas con languideces traidoras. En transportes voluptuosos la vida lentamente se desliza como una onda hacia el borde de la eternidad. Delicias taciturnas, quimeras semi-dormidas, sonríen en la soledad profunda de las abstracciones al extranjero sutil que visita sus irrealidades. Embalsamadas perezas, ondulaciones elásticas, vagabundos contactos con una diosa curva y esquiva, de apetitos apremiantes y serenos; todo esto experimenta el fúnebre saboreador del Néctar de la Muerte. Debes saber que la serpiente bendita de las planicies del Ganges, aquella que velaba los largos sueños de Budha, brinda para los selectos que ansían desprenderse de las torturas del barro humano este licor «nonchalant».

—Me es indiferente—respondió Rodolfo, con un gesto elegantísimo, y abriendo las aletas de su hermosa nariz bravía—, envenenarme como quieras—y sonrió a Mauricio, subrayando estas palabras de

un significado equívoco.—Morir por morir, las dulzuras que tú me pintas las sentiría de cualquier manera, aunque fuese con el bicloruro. Nirvana me ha seducido. Después de los paraísos espectrales llega hasta mí con silenciosa armonía la ebriedad triste de sus inmensos ojos inmóviles...

Mauricio salió de prisa, prometiendo que inmediatamente volvería con el tósigo.

Por el camino, iba pensando: Sí no se mata hoy no se matará mañana... Los suicidas son así. Es una ley psicológica. La muerte, como la mujer, tiene su gran cuarto de hora, pasado el cual muéstrase esquiva, inexpugnable, con el indocto que la galantea. Y ahora me pregunto: ¿Quién me ha metido a resucitador? ¿A qué salvarlo? ¿No es mejor que se muera cuanto antes si así le place? Y respondíase que su egoísmo, por darse el gusto de un experimento, y saborear malignamente los raros efectos que el narcótico produciría en el budhista: sabiendo por los demás que ninguno de los tres habría de morir, a buen seguro, de una indigestión de virtud.

Rodolfo y Roberto quedaron solos. No hablaban casi. Se estudiaban, se descifraban, sintiendo el uno respecto al otro «la incomodidad de una puerta abierta».

—¡Adelante!—dijo Rodolfo. Era Mauricio que entró ceremonioso, y un tanto displicente, encarándose con el suicida:

—Ya que desdeñas consejos; ya que será inútil todo para desviarte de tus propósitos, en verdad algo enigmáticos, aquí me tienes con lo prometido. Soy

de palabra y entre hombres no hay vacilaciones. Ahorremos las despedidas. No encuentro impertinencia que pueda compararse a las ternuras domésticas. Nada de teatro. ¿Estás decidido?

«¡La, la!»—repuso Rodolfo—. Y este fué el momento en que torciera sobre su rival una mirada abominable de fulgurante desprecio, mezclado a un odio celoso que nunca pudo reprimir. Y sin querer, pensó en Flérida, sintiendo que la idolatraba. Su nariz se dilató como si saborease una agonía inmensa y a la vez exótica. Verdad que en aquel instante su amor crecía, se ahondaba tomando tonalidades de una trágica intensidad. Toda una crisis de introspección relampagueó un minuto en sus ojos, desfilando por su conciencia la cabalgata incendiaria...

Era necesario acabar cuanto antes. Hacía tres noches que no dormía, clavadas hasta las entrañas las uñas martirizadoras de la Esfinge que le dijera: «¡Adivina o te despedazo!»

—¡Sí! decididamente—se decía Rodolfo—la miserable me engaña... lo adora, sin remedio...—Poco a poco su pensamiento fué volviéndose a su querida de la Eternidad.

Una negra heladez llenó su espíritu, que invadido de un sopor asiático se abandonó con molicie. Replegóse. Anonadóse. El Astro de los tres mundos abrió su dosel de estrellas. Los tambores sepulcrales de la gran Epopeya fría, doblaban a la funerala. Oyó los pasos de crespón de Yndra...

Nirvana le habló al oído...

Desvestíase con lentitud. Se arregló los dorados

bucles caídos con distracción sobre su frente de victoriosos bulevares, y con la coquetería «charmante» de un rey—actor en un holocausto,—deslizóse, desperezóse en su tálamo primaveral, encendiendo luego un cigarrillo turco que le alcanzara Roberto.

Mauricio, en tanto, se revolvía de un lado a otro con un objeto brillante, terminado en la más irónica extremidad de platino.

Hubo un silencio pitagórico...

Rodolfo estaba encantador. Su arte de disimular sonreía como de costumbre. Tenía la serenidad de un púgil enamorado a quien la gloria brinda su beso. Nadie hubiera creído, excepto sus compañeros, que bajo aquella petrificación indiana, de aquel prodigio pálido de anestesismo galante, latiera la anarquía ébria de mil comunas nerviosas, en explosión aciaga y muda. Porque en verdad el pensamiento del sensitivo era a intervalos de Flérida.

Y Nirvana, la diosa hipnótica del Harem Negro sufría en el interior prismático de su devoto la infidelidad de una trasmutación. Producíanse en el alma de Rodolfo crepúsculos sacrílegos de estados antitéticos, según pasase de Nirvana a Flérida, compenetrándose ambas en esencia íntima. Por una parte, en un oriente emocional de vida: representaciones ultrasensibles de colores violentos con rafagueos de virilidad pujante. La vida lo llamaba. Los colores que usara Flérida en sus vestidos, se le aparecían con insinuación erótica. Y por lo contrario, en un caos mortecino de cerebración abstracta: panoramas subterráneos de ciudades desaparecidas, con matices decrépitos, y donde se

oían, de rato en rato, las quejas cavernosas del perro de Budha que aullábale a la Muerte. Era un extraño conjunto de absurdas decoraciones que se perdían haciendo zig-zags en el laberinto de cien portales de la conciencia biológica.

—Ya es hora—dijo Mauricio. Roberto acercó la lámpara.—¡Por fin, Nirvana, por fin!—cantó soñadoramente Rodolfo, entregando a su enemigo silenciado, como un asta de bandera en derrota, el brazo curvo y musculoso.

Fué apenas un dolor pueril. La aguja del aparato se deslizó felinamente bajo la piel opalina. Reinó un silencio espectante. Distanciado del budhista, Mauricio se respaldó en el amplio diván de seda, frente al espejo, de donde podía observar, sin que se le notara, los efectos del elíxir maravilloso, en tanto que Roberto amortiguó la bujía, colocándola discretamente tras un «bibelot» jaspeado.

—¡La agonía, la agonía!—clamó de pronto Rodolfo.—Ya estoy en el vestíbulo de la diosa. ¡Oh, fascinante vértigo! ¡Prodigio obscuro!—sintiendo todo él, hasta el fondo de los sentidos, las succiones supremas de la delicia desconocida.

Al principio fué un mareo, como un zumbido absurdo. Siguió un contacto de molicie utópica, con efusiones morosas de bálsamos acriformes: fantásticas morbideces de intactas feminidades, erudiciones incondensadas de pitonisas durmientes, caricias supervagas de labios intangibles, indolencias que se distienden en el moaré de un delirio.

—¡Nirvana, Nirvana! Recógeme en tu seno.

¡Ábreme la pagoda de tu lecho ocioso! ¡Qué suave es tu paraíso!

Un esfumismo errabundo fuéle borrando con aquietantes enervamientos los matices demasiados vivos de la existencia. Sus recuerdos, sus preocupaciones, perdíanse espiritualmente en lontananzas quiméricas, como plumas de aves que fueron, como los humos desvanecidos de un incendio cadáver. El mundo de los entes lleno de extrañas sorpresas, cabriolaba como en un caos en torno de sus vagueaciones.

—¡Un beso, mil besos!... ¡largos!... ¡así!...

¡Tu imperio mé subyuga!...

¡La dicha me desvanece!...

Los brazos de Rodolfo rindiéronse como agotados en la postración emoliente de una caricia esotérica. Su cabeza, inclinada sin esfuerzo, parecía hallarse descansando sobre el hombro yacente de alguna momia fantástica.

Sus ojos languidecían, se ilusionaban, se trasmigraban, se quintaesenciaban. En la penumbra oriental que paso a paso los tornaba inmóviles, soñaban paisajes muertos de necrópolis etéreas, pensativas serenidades de simbólicas Jerusalenes. Los párpados ligeramente azulinos, casi entornados, en la extenuación de un deleite obscuro, parecían querer cerrarse, como las losas de un mausoleo visitado por la muerte. En sus ojeras se desmayaba el crepúsculo de la vida...

—¡Acércate, Mauricio!—Maurició se acercó. Y moviéndose pesadamente, en un semidespertar,

Rodolfo le besó la mano, con efusiones de agradecimiento fúnebre, agregando: ¡Te quiero mucho!... ¡Tú me has ayudado a realizar mi dicha!... ¡Ya fué mía... pronto lo será del todo... Flérida!... ¡Nirvana!... ¡Inyéctame Mauricio de ese néctar santo, por la vez última... se me hace tarde... morir, triunfar!...

Rodolfo ya no odiaba a su rival. Amábale insensatamente. Sus rencores, sus remembranzas desaparecían en los devaneos espectrales de trasmutaciones cada vez más vagas. Mauricio se tornaba en númen.

Nirvana se cambiaba en Flérida.

Érase un proceso doble. Idealizábase lo real. Materializábase la irrealidad.

Terminada la inyección segunda, incrustóse entre sus labios una sonrisa de piedra. El efecto fué maravilloso. Comenzó por una ascensión transparente de átomos sensoriales, por un desprendimiento anímico de sensaciones gaseosas que volaban en un éter inefable de transportes hacia el cénit del cerebro: era un bólido de cien mil alas, una multitud evanescente de caprichos ultramundanos, un espolvoreo erótico de nebulosas de placer que le subían desde la médula en rafagueos muy ténues. Después, un arrebato sordo hacia una inercia de Dicha, un distendimiento de perezas refinadas sobre terciopelos indefinibles, un alivio de extenuaciones beatíficas que en vagorosas blanduras se sumergían aturdidamente, como en triclinios de Gloria... Se hallaba ébrio de todas las ebriedades. A cada deseo una nueva satis-

facción. A cada satisfacción un nuevo deseo. A cada fatiga un mecimiento embalsamado.

Luego exclamó, con ligeras pausas:—¡Oh, Nirvana, tú eres Flérida!...

¡Flérida!... ¿Cómo has venido? ¿Quién nos unió?... ¡Te pareces a Nirvana!...

¡Flér... Nir!...

Por último, un oxígeno hipotético llenó su alma incoherente. Cayó la noche en su conciencia, la enorme noche metafísica. El idiotismo infinito de un mareo en lo incognoscible hízolo señor de todo. Todo era él y él era Todo... Era el Gran Sultán del éxtasis, con mil erecciones frías. El jardín de lo prohibido, los mil repliegues microscópicos del placer que se agazapa, dejándonos el deseo, las fronteras subjetivas del espejismo ideal a que jamás se llega, todo, todo lo palpó, de todo se hizo dueño... El misterio le prestó su enorme linterna mágica por un minuto.

Ya todo iba a terminar.

Su cabeza se deslizó lentamente hasta tocar la almohada.

Luego, con voz sepulcral, remota, como desde un mundo póstumo:

—¡Flérida!

Un gran suspiro como de agonía se perdió en la alcoba. Rodolfo quedó inmóvil. Los ópalos del éxtasis beatificaban su rostro.

Su materia, como enrarecida, se hubiese dicho cristalizada en una aguda abstracción de siglos.

—Es un fakir—dijo Roberto, mientras el doctor, tomándole el pulso, bostezó con indiferencia:

—Que se divierta una noche... Sin el amor o la morfina la vida es una estupidez. Y aun así...

Para hacer tiempo, cualquier cosa es buena— bostezó a su vez Roberto.

Y ambos salieron... sin rumbo fijo...

EL TRAJE LILA

I

Decíale muy a menudo:

—¿Me amas, es cierto, dí?

—Te adoro, Laura querida—contestábale suspirando, y recogía amorosamente aquella dulce cabeza de hada, posándole besos mudos, insistentes, llenos de mimo.

En las tardes taciturnas, bajo la triste sugestión de un cielo amarillo, sentábanse sobre la hierba, junto al pequeño lago del parque, y la inmóvil pesadumbre de los pinos, recortados en el horizonte, allá a lo lejos, llenábalos de inercia, de una vaga pereza fúnebre. Interrumpiendo un largo mutismo se inclinaba ella, gorjeándole:

—¿Me amas, es cierto, dí?

—Te adoro, Laura querida.

Y ya de vuelta al castillo, en el ambiente embalsamado de los jardines moribundos, el idilio se deshojaba en besos mudos insistentes, llenos de mimo.

Oh, nadie se la parecía, nadie era tan hermosa, con excepción de una hermana—pensaba Carlos—ante la cual antes de adorar a Laura, vaciló un momento, hasta que una glorieta muda y un traje lila con encajes negros le decidieron por la pobre tísica, que mucho antes del primer beso ya le gorjeara: «¿Me amas, es cierto, dí...?»

¡Oh, sí, la amaba! ¡Cómo hubiera podido pasarse sin esos ojos ébrios de noche, ojos de cisterna en que sus asiáticas melancolías bebieron de lo infinito, hasta inmergirse en el Gran Todo, que es todo Amor...! Y esos labios de escarlata místico, dueños del beso sin fondo, con erudiciones pitagóricas inmateriales. ¡Ah! ¡Cómo no amarla, cómo no adorarla, si sabía callar tan bien!... Y luego, ¡aquella glorieta, y el traje lila con encajes negros! Era además una santa. Y nadie, fuera de Violeta, se la parecía. Rezaba muy a menudo, sin dejar por eso de toser... Violeta, su hermana única, jamás los acompañó en los paseos crepusculares hasta el cercano lago del parque, por no pasar junto a la glorieta y ver a Laura con su traje lila, diciendo a Carlos:—¿Me amas, es cierto, dí?... Violeta siempre lloraba acariciando a Olímpica, su gata de miradas parecidas a las de Carlos. Era Violeta por demás huraña, muda y sombría, con sus tristes ojos de violeta.

A pesar de quererla mucho, no podía ver feliz a Laura, la cual le robara a Carlos, con un simple traje lila con encajes negros, bajo la marquesina de una glorieta. Sus celos eran lilas. Cierta vez díjole al cura: «Padre Bernardo, tengo un gran pecado mor-

tal». Y echóse a llorar diciendo: «Adoro a un esposo ajeno, al esposo de una hermana mía... pero no me dé Padre la penitencia de ir a la glorieta».

—¿Me amas, es cierto, dí?—Te adoro mucho, mi amor!

Y Laura, lentamente, con una vaga pereza fúnebre, pasábase el pañuelo por sus labios de escarlata místico, dueños del beso sin fondo, y a cada golpe de tos, su pañuelo constelado de estrellas rojas era cogido por Carlos, quien uniera sus lágrimas indiscretas a la preciosa sangre de la víctima. Luego, besábalo en silencio, murmurando: «¡Laura!»

Los paseos no eran tan frecuentes. Dejaron de ir al lago. Llegó el Otoño. Zumbaba el viento. Y Olímpica, cuyas miradas se parecian cada vez más a las del pobre Carlos, ganó la estufa. Todo agonizaba. La muerte sacudía su gran ala lívida en los ventanales del castillo. Una enorme luna espectral mueqeó en el horizonte su augurio fúnebre, y el esqueleto de la glorieta llamaba a Laura...

Laura se moría. Las horas eran eternas. Su cabeza de oro sonámbulo pesaba como una montaña sobre el hombro de aquel mártir mudo. ¡Infeliz! Ya nadie le preguntaría, excepto la glorieta: «¿Me amas, es cierto, dí...?». Y el traje lila, arrumbado en un rincón del ropero, se ajaría de vejez precoz, al verse sin su dueña, la que supo callar tan bien... y era además una santa.

—¿Me amas, es cierto, dí?—exclamó por última vez Laura, estrechando a Carlos contra su seno.

—Te adoro infinitamente, te adoro, Laura querida.

Y ambos murieron, uno más que el otro, en un beso mudo, tenebroso, eterno...

II

Violeta cumplía su penitencia en la glorieta, llorando amargamente, y acompañada de Olímpica, cuando llegó Carlos tambaleándose, con la expresión de un idiota. No pudo hablar. Al ver a su cuñada con el traje lila de encajes negros, se derrumbó sordamente, agitándose breves instantes y traspasando el silencio con gruñidos de epilepsia. ¡Había visto a Laura!...

Durante mucho tiempo anduvo Carlos como un loco, con obsesiones de suicidio, paseándose por los jardines, meditabundo y sin atreverse a llegar al lago por miedo de que Laura se le apareciese como en la glorieta... No tenía más sed que la de devorar sus lágrimas entre el pañuelo que la pobre muerta dejara con besos de sangre, de su sangre, de aquella sangre preciosa.

—¡Laura! ¡Laura!—repetía—¿Que si te amo, dices? ¡Oh, sí, te adoro, te adoro mucho!

Y lloraba con más fuerza, siempre lloraba. Observó una vez que Violeta besaba al gato en los ojos, diciendo: «Carlos: ¡cuánto te amo! ¡Cuánto he sufrido!» Indignóse en un principio, viendo que no era por Laura por quien Violeta lloraba... Mas, otra vez,

mirando a Violeta notó que la tristeza de ésta mitigaba la suya propia. Violeta era casi Laura. Le faltaba el nombre y apenas el traje lila con encajes negros, bajo la marquesina de la glorieta. Llegó Octubre. La infeliz adoraba a Carlos, y seguía por tanto haciendo penitencia... Sentir los mismos celos, celos siempre lilas. Una tarde de primavera, ciñóse, aunque llorando mucho, el traje lila con encajes negros y apareciéndose a Carlos, éste la dijo:

—Violeta, ¿quieres reemplazarla? Nuestros temores son hermanos... Estando juntos no tendremos miedo.

—Ella guardaba silencio, ébria de un goce tenebroso y frío. Carlos cogióle una mano, la estrechó luego, pusóla el anillo y un beso largo, diciendo:

—¡Sea!

Al poco tiempo se efectuó la boda. Al abrazarlos el Padre Bernardo, díjoles: «¡Laura os bendice!»

Violeta era casi Laura, con su traje lila de encajes negros, en la glorieta primaveral. No obstante adorar a Carlos, seguía siempre llorando. Tenía celos de Laura, celos lilas, celos de luto. Un día le dijo:—Carlos, ¿es cierto que la amabas mucho?—¡Mucho!—contestóle Carlos. Desde ese día Violeta vagaba huraña, muda siempre, con sus tristes ojos de violeta, acompañada de Olímpica. Guardó para siempre el traje lila; destruyó la pobre glorieta. Carlos iba comprendiendo y desde entonces nunca habló de Laura...

Prodigaba a cada instante besos a Violeta, viéndola sufrir (bajo sus pestañas siempre abatidas) y sin que sus halagos remediasen nada. A los celos lilas,

agregóse un nuevo martirio: un concentrado remordimiento por el mal hecho a Laura en vida, y, lo que es grave, después de muerta. Su delgadez era mucha. De tanto pensar en el traje lila sus ojeras se pusieron lilas. Y Olímpica las contemplaba con los tristes ojos de Carlos.

Una tarde lloró más que nunca; una tarde mustia de Otoño, aniversario inquietante de la muerte de su dulce hermana. El cielo estaba mortalmente lila en el fondo, allá a lo lejos, mirando para la glorieta. Halló en el jardín a Carlos, sentado sobre la hierba en el sitio en que, en la glorieta, fuera feliz en un tiempo. Reposó su frente junto a la del joven, quien invadido por una extraña melancolía, soñaba con Laura, mirando al cielo como distraído, con su pobre cara de idiota. Luego de un largo silencio, díjole Violeta: «¿Me amas, es cierto, dí?»

—«Te adoro, Laura querida, eternamente te adoraré».

Sin que Carlos se diese cuenta, con su pobre cara de idiota, soñando en Laura, mirando al cielo, ella alejóse llorando, llorando fatigosamente, meciéndose la cabellera, con sollozos interminables. Bien lo veía. Carlos amaba a Laura. Corrió a encerrarse en su pieza. Y arrodillándose, bajo las lágrimas, besó un retrato de Laura, la cual sonrióle sin rencor alguno. Púsose en pie, ya serena, iluminada por extraño goce:

—¡Me ha perdonado!—se dijo.

Luego vestida con el traje lila de encajes negros, volvió donde estaba Carlos, el cual lloraba sobre el

pañuelo en que la pobre muerta dejara en besos su sangre, aquella su sangre preciosa. Idéntica a su hermana, tenía la misma cabeza, la misma taciturnidad, las mismas manos siempre cruzadas, manos imploradoras, hechas para el perdón y para la súplica, los mismos labios de escarlata místico, dueños del beso sin fondo... Y era además una santa...

Aproximóse suavemente, y dejando desmayar un beso, díjole:

—¡Carlos! voy a pedirte una cosa.

—¿Qué es lo que quieres, Violeta?—Interrumpióle Carlos, con la voz ahuecada por el mucho llanto:

—Quiero... quiero... que desde hoy me llames Laura.

MADEMOISELLE JAQUELIN

Aquella voz suspirada por una flauta de cristal, naufragó en el silencio respetuoso del crepúsculo. Por una media hoja de mi ensueño, penetró en mí tan dulcemente que me sentí morir. Desde mi lecho, me extremecía y puedo decir que me evaporaba. Era una revelación de más allá, era un despertar de cosas vagas y profundas, de un polvo de cosas en la conciencia; a cada gorjeo se abrían en mi alma ojos húmedos y lánguidos, ojos que apenas sabían mirar y que, sin embargo, veían muy lejos, ojos que recién empezaran a comprender y ya precoces de infinito.

Amor, delirio, quimera, fiebre, algo era aquello, pero yo no lo sabía decir. A punto de gritar: ¿quién viene de Dios a mi incauta presencia, qué prodigio se anuncia por ese timbre? ¿Es hada, sirena, mujer? Sólo acerté a ahogar un sollozo, poniéndome de pie con prudente estoicismo. Fuera que vencida desde hace tiempo por la nostalgia, mi alma estuviera a un paso de romperse a la menor vibración de su atmósfera, como una flor anémica, llorada por una larga noche; sea que aquella voz matutina tocase por decreto providencial el resorte ultraviolado de los prodigios íntimos de mi sensibilidad, era el caso que mi alma sufrió el síncope transparente a través de la

cual se ve la Eternidad llorando estrellas, y se oye en un punto hipotético, bajo un relámpago triple la zarza inspirada de Dios, que nos habla de dicha y nos infunde rayos.

Triscaba la «tarantelle». Luego, Chopín, monstruo sutil, gritó su Nocturno en «mi bemol» con una desesperación sin brújula.

Conteniendo hasta cuanto pude mi loca curiosidad, me disparé, por último, en una pregunta esencial, tomándome del corazón salvajemente, como un probable suicida.

En toda pregunta hay un temor. No reparé, sin embargo, en que la ilusión es Ysis que tiene un monstruo para cada curioso. Acteon tampoco había reparado en los perros de Diana, desde el laurel rosa en que se agazapó.

Bien sabía, por otra parte, que un «ella» joven, divina, tímida, inédita, encantadora, ninguna en sí, total, síntesis de síntesis una «una», en fin, iba a emerger ufana de los labios de víscera de don Roque, el encargado de la casa de huéspedes en que yo paré hace un tiempo...

Ella sí, sublime como ninguna, tal vez mía antes de serlo, espejismo dorado de mi Estética, frontera azul de mi verso, lámpara de prodigios, éxtasis astronómico, surtidor rutilante de gracia, horizonte infinito, de sueño, que descubriera de pronto en mi viaje, lontananza hipnótica de suspiros, esencia desmayada, voluptuosidad, polo congetural de mi vértigo, oasis de planotismo, Maya de mi Astra, Haidé imposible de mi naufragio...

Don Roque sonríe, tascando el pucho amorfo que apunta para un costado un chiste de los más crueles.

—¿Pues, hombre, usted no lo sabe? Ja, ja, ja. ¿Recién se desayuna...? Si es la vieja del segundo patio, la señorita, como le dicen, que fué en su tiempo una notable artista, célebre por su voz como por su belleza, que dió bastante que hablar al mundo y por la cual se cruzaron diestras espadas... Si tiene más historia que el Diluvio. ¡Ja, ja, ja...!

Rasgóse el velo de mi Sinagoga y sonó un trueno apolíptico... No quedó piedra sobre piedra en mi Jerusalem soñada. Y, a qué decirlo, como los poetas del Eufrates taciturno, no atreviéndome a llorar, suspendí el arpa de los sauces del silencio, para que llorase por mí cien veces...

Epílogo blanco de una historia que no lo es. Tal vez cuando me podía haber enamorado, cuando habría podido ser feliz, Fatalidad, de caprichoso lunar negro, no me lo concedió. Todo es cuestión de reloj, en la existencia, en la gloria, en el amor, en el éxito de las batallas, en la inventiva, en el genio. «Hay primaveras que se hielan porque se demoran.» Mi caso era este irremediable, ineluctable.

Yo por demasiado tarde, ella por asaz temprano... Viajeros absurdos ¡ay!, unos que van y otros que regresan, encontrados un segundo, de paso, en una estación de empalme de su destino y que se reconocen a la luz espectral de una linterna, para enseguida, desaparecer... ¡Cuánto misterio!—me decía, indescifrable, yo mismo, y desconcertante como mi

propio fantasma.—Dios mío, ¿será posible? Todo se ha perdido... Mi dicha naufragada para siempre, mi amor abortado, tal vez... ¡Mi dicha, mi dicha, mi amor—me repetía—, palabras flotantes como tablas que sobreviven al hundimiento!

¡Quién sabe; ella como yo, fué también infeliz! Quién sabe, nunca amó, sedienta eterna, ni fué jamás amada, por haber sído vista, en vez de haber sido oída, sólo escuchada, aspirada como un éter metafísico desde un rincón del ensueño, a oscuras de la realidad... ¡Quién sabe no despertó, con su belleza objetiva y con sus encantos, si no cuerpos, instintos, vanidades, pura médula, desde el escenario en llama, en medío de las ovaciones, tremante de incandescencia, florecida de joyas, entre vorágines de armonía, y que, antítesis desentrañables, apagadas sus gracias enagenando su sexo, a conjugar en pretérito ambiguo de ruína estéril, era la primera vez, a los sesenta años, que su voz, su sola voz divina, desde una pobre estancia, tumba de solterona, a otra modesta estancia, celda de artista, despertaba un alma para la Eternidad...!

Romanticismo o lo que quieran, la realidad toma a veces posturas inverosímiles, y así como llueve, de súbito, a pleno sol, en ciertos días de tempestuoso verano, se deshace también en un segundo anormal, un cielo de juventud y de ilusiones, cayendo a plena trasparencia meridiana, envuelta en Astro, el agua de la vida... Así es como se disuelve para jamás una decoración de celajes en el azul y otra de dichas en el alma. La naturaleza tiene también su fantasma y

su poeta, caprichosos personajes ambos, que desempeñan su papel frente de la Realidad, más a menudo de lo que parece.

La conocí: Mademoiselle Jaquelin.

Una poupée envejecida. Un lánguido recuerdo. Era un invierno suave con olor a Benjuí y a Primavera. Aún conservaba el armazón, vestía con elegancia, y una ténue bruma de melancolía me parecieron los polvos esparcidos por sus facciones clementes... Más aún, sobre sus labios de rojo efímero ¿lo diré? sí (ya no hay remedio) pensé que aquellos polvos eran la ceniza blanca de un incendio de mujer apagado para siempre... Caminaba como una señorita, a pasos esdrújulos, mimosos, elásticamente felinos: Cabellera épica de oro vivo: una Venecia al crepúsculo. Ojos de un azul lejano, como grutas submarinas y en cuyo fondo traslúcido me imaginé que se desgranaban cortejos de Anfitritas y de Tritones en fuga hacia el Leteo. La geometría combaba sus arcos venusinos en las formas dignificadas por el corsé de pico y por la elegante compresión de telas gaseosas. Yo estaba en el vestíbulo, al anochecer y ella pasó reinante en su altivez normal de triunfadora que desciende a paso lento las gradas de la vida. Aún me parecía amarla un poco, viéndola alejarse y junto con ella, mi ensueño de un minuto, desvanecido entre mis dedos, al pretender asirlo de las alas, como el iris en polvo de una mariposa que no volverá... Aún suspiraba en mis oídos la milagrosa flauta de cristal de su garganta que despertó de tan aciaga manera mi amor, como se despierta de su sueño a

un condenado en capilla, para aplicarle la última pena...—¿La vé usted?—díjome brutalmente el verdugo de don Roque—: no vale nada; todo eso que tiene es relleno; tarde a tarde se revoca la cara, se pinta los ojos, se embetuna el pelo de amarillo y se ubica en el pecho dos tamañas pelotas de goma, ¡ja, ja, ja...! eso sí, muy bien; porque ella para arreglarse es como ninguna... Qué diablo, si ha sido artista... Pregúntele a la francesa del fondo, que la ha sorprendido en carnes, poniéndose estopa y más estopa, entre un arsenal de varillas de fierro, que yo no sé, verdaderamente, cómo esa estantigua puede sufrir tanta cosa... ¡ja, ja, ja...!

A punto de estrangular al bárbaro alevoso, lo miré ferozmente, de hito en hito; dilatóse mi nariz, oliendo sangre; temblé como un matoide; mis manos, convulsas y agarrotadas, se me iban hacia el cuello del asesino de mi alma, mis ojos sanguinolentos desorbitábanse en las crisis oblicua del instinto ancestral...

—¿No cree usted?—continuó, dándome el tiro de gracia, don Roque—¡ja, ja, ja...! Y viera qué pretensiones abriga el mamarracho. Muchos son los que han tocado el violón, haciéndole la corte, porque la han visto tal como iba ahora, hecha una doncellita... ¡ja, ja, ja! pero, así, han sido los chascos, al sorprenderla entre casa, sin el disfraz recuco de que se uniforma... Porque ahí donde usted la vé, es muy coquetona, le gustan mucho los jovencitos tiernitos... Hombre, sin ir más lejos, días pasados decía que usted era muy elegante, el más buen mozo de la casa,

¡ja, ja, ja...! que se parecía mucho a un novio que ella tuvo hace poco... ¡ja, ja, ja...! Cosa de un año, ¿usted no sabe...? se vino con uno de la iglesia; era ya oscuro... ¿Usted habrá oído decir que de noche todos los gatos son pardos...? Pues bien, el mozo entusiasmado se paró en la puerta y le paseó la vereda durante quince días, a eso del atardecer, sin que ella asomase las narices, por temor, como se comprende, de que el galán perdiese la ilusión al verla cara a cara, tal cual el tiempo la hizo...

Pero, la vanidad de la mujer es mucha... y luego, estas artistas son muy locas, sobre todo siendo francesas... usted lo sabe mejor que yo ¡ja, ja, ja...! Ella al fin accedió a una cita, que él le pidió para el Parque Lezama... y como debía suceder, el mozo perdió el conocimiento del susto, sin necesidad de tocarla. ¡Qué iba a tocar sino algodón, cal y pintura...! ¡ja, ja, ja...! y echó a correr, según se dice, como un Arquímedes, por todo Buenos Aires... ¡ja, ja, ja...!

Mi rostro, mojado en sudor nieve, lividecía como una luna trágica, a tal punto, que don Roque, interrumpiéndose, me preguntó: ¿Sufre usted algo? Tiene muy mal semblante...

—¿Qué sabe usted lo que es sufrir?—estuve por fuminarle—maldito cancerbero, trilingüe monstruo, ciego de espíritu, con cien jorobas en la conciencia...!

Si pudiera castigarlo, volviérale mudo y enamorado hasta la muerte de «una» que ya dejó de ser...

Tres días quemado, como por la colilla del cigarro de don Roque, por aquella fiebre extraña y ob-

sedido por el fantasma de voz matinal que envejeció mi vida...

Al cuarto, un domingo, soñaba yo con ella, era de tarde; el hada Morfina mimaba, con sus manos ilusorias de rosa pálido, mi pobre quimera muerta.

El lecho me parecía un ataúd nupcial de heliotropos y alas de cisnes; y apoteosis espiríticas, con sistros y liras hebreas, aterciopelaban en mi alma votalizada, sus instrumentos a la sordina.

Entre el humo de un crepúsculo inconsciente, veía alzarse una mujer mirífica, casta y serena, musical y grave, como un soneto de Petrarca.

—Soy tuya—me decía—, para tí canto, para tí soy bella... pero, no me mires mucho... Yo la miraba más aún... Luego, al sonreirme, dislocábanse sus labios y se le caían horribles dientes de loza, en medio de una mueca fúnebre. ¡Ja, ja, ja...! Mirábame y sus ojos, trompos de Estigia, rodando en el extravío, se detenían de pronto, hasta resolverse en moluscos viscosos, colgantes de los alvéolos; sus mejillas ducales y voluptuosas de durazno, «a peluche», grietábanse, como una costra plutónica en arrugas de carbón, que simularon inmundas larvas; su cabellera imperio, recogida en túrrico peinado, se deshojó de pronto, en filamentos de un blanco verde, pringoso...

—Es suya, aproveche; lo felicito por la conquista... ¡Ja, ja, ja...! creí escuchar una voz anormal de fagot, erutada por un vestiglo... Esta voz no podía ser otra que la de don Roque. Súbitamente, al querer adelantarse, al querer adelantarse hacia mi lecho,

desvencijóse, como una máquina decrépita, la arquitectura nieve de aquel cuerpo de diosa, y en disonancias de hierro atormentado, un armazón puntiagudo rompió la cárcel amable de sedas flúidas con encajes de vapor y saltaron macabramente dos mundos de goma hasta donde yo estaba, chocando una eternidad, como dos cabezas del Dante en frenesí vertiginoso de besos enloquecidos...

Habían pasado largos minutos. Era ya noche.

—¿La siente usted...? escuche; canta como un ángel ese demonio; parece una señorita y todo lo hace por sus veinticinco... ¡Ja, ja, ja...!

Me despertó un acre olor tabacoso. Y ví a mi fosco verdugo, las manos embolsilladas, clavado a la puerta como un incubo, con la colilla del cigarro sonriendo en una esquina de su bigote de roedor. Era un Mefistofelillo de sotabanco frente a un Fausto en derrota.

Esta vez, consciente, me puse a escucharla. El expiano era una decrepitud inconsolable, con su reuma sonoro. Se quejaba, se exhalaba, se perdía, se suicidaba, por cuartos de tono y por bemoles torturados de vidrio gangoso, en cromáticas estridencias, en agudos cascados, en acordes indecisos, en bajos sacerdotales, en roncos vagidos de batracio lunático, con un desafinamiento interesante de cosas confusas que desaparecen dando un grito agudo. En cambio ella, qué voz mórbida, fresca, como empapada en amanecer, en la que se expresaban saudades y ansias tardías, caprichos de monja romántica al morir, horror de náufrago que llama en vano y se hunde... El

conjunto de aquel clavicordio doliente, símbolo de un pasado lleno de recuerdos, y de una aristocracia desesperadamente ansiosa de vivir, de amar, de ser feliz, me dió la realidad elegíaca de un poema profundamente humano.

Esa voz era un sollozo que decía: «he vivido, ya no vivo, quiero vivir... He sido hermosa, ya no lo soy. He sido amada, nadie me ama: Aime»! Strauss gemía inconsolablemente, bajo la débil presión de aquellos dedos torpes y plegados, que amantes, de rodillas, llevaron más de una vez a su boca, como bombones, en el inefable paroxismo...

«Adieu pour toujours», «Printemp evanoui», «Amour s'en va», «Lune morte» los vals obsequiosos de pena elegante, las confesiones melancólicas de Danubio, llena de suspiros que celebraron un día Musset, de Vigni, Heine, Lamartine, Arsenio Houssaye; las romanzas empolvadas de las heroínas de Balzac; las frivolidades sentimentales, ébrias de la Recamier, de la Malibrán, de Mimi Pinzón y de Ninette: después los sollozos de Norma, los deliquios de Sonámbula, y los ensueños de Leonor; por último, las voluptuosas y adoloridas canciones del Segundo Imperio ¡ay...! todo resucitaba un segundo, para morir luego sobre aquel piano agónico, que era toda una psicología, toda una época, toda una leyenda, toda una viudez de azahares en el crespón, todo un reino dulce de desafío en la sonrisa y de muerte blasonada en la copa, en que cada abanico era un oráculo y cada máscara una esfinge.

Y ante aquella voz reminiscente y dulce, solemne

y penetrante, como el suspiro de un mundo embalsamado, que ya se fué; ante aquella voz que era una despedida y un rezo frente a la muerte, último grito de una primavera desmayada que se va helando; ante esa mística exhalación que llenaba la tarde de nostalgias y mi alma de remotas ansiedades, mis ojos, vueltos a la sombra infinita, aprendieron a llorar por lo más hondo del corazón y de la vida, por lo que nunca se ha visto, ni se verá, y por lo que ya no volveremos a ver jamás.

1906.

DE ESTÉTICA

PSICOLOGIA LITERARIA

Exégesis de introspección.—Modos del inconsciente.—El esfumino y la luz en el arte.—Moldes de sensibilidad.—Rejuvenecimiento de la poesía.—Lo intraductible en la sensación.—El alma de las palabras.—Jano del pensamiento.—Dos teorías de estética que son una misma.—El sentido evocatorio.—Lo simple y lo sutil.—Lo antiguo en lo moderno.—Platón y el siglo XIX.

I

Hay algo intraductible en toda idea. Son esos mil lentejueleos errátiles que titilan; son esos mil suspensivos del subconsciente poético; son esas mil luciérnagas espectrales que cada uno ve o imagina de distinto grado en la expresión verbal. ¿Cuántos sentidos tiene el hombre? ¿Cuántas facetas tiene el vocablo? Los elementos de la emoción viven en nosotros tanto como en la naturaleza. La abeja mira, aspira, huele, roza, oye palpitar y gusta la flor, con la que hará, en su alquimia, dulce oro. Tal es el artista. Si la gota de miel sabrosa es una síntesis de diversas impresiones y evoca en nuestro espíritu distintas formas de sensibilidad, la «palabra himética» llamémosle, designa en sí fenómenos táctiles, olfativos, visuales, de audición y gusto; refinamientos de una tarea y de un intercambio con el medio ambien-

te, tan lógicos y tan químicos, como los que existen entre el aire y el vegetal.

Gustad la fórmula. Saboread la miel. No expliquéis, ya que en la metafísica de la palabra y de la simple cosa se llega a un punto en que se pierde pie. ¿Qué es la idea sin el signo? ¿Qué es el signo sin la idea? Y bien, todo es idea, y todo es signo. Los objetos todos tienen una vida inteligente e ininteligible. Hay que saber leer en la naturaleza. Hay que saber oir en su música caprichosa y vaga. Lo inexpresivo no existe. Y si existiera, negación sublime, expresaría la nada que equivale a expresarlo todo.

. . . . . .

Agudamente equivale a ciertamente, según Guyau. Lo sutíl está en lo profundo y lo difícil en lo multiforme.

¿Véis esa poesía que apenumbra, bosqueja, entona las sensaciones, destiñe el tono y le «misteria» en un ritual simbólico, que dice hasta la mitad y cubre con un velo egipcio la religiosidad de sus aéreas musas? Mirad como ama lo irresoluble, lo gaseoso, lo incompleto. A la luz anémica del magnesio, fija sus placas equívocas de espiritista que evoca. En su enigma de puntos suspensivos, desvanece sus quimeras ultra-violadas. ¡Cómo la sombra le es propicia! La claridad le haría doler los ojos, ojos al bromuro, impávidos, narcóticos de momia milenaria; la luz ajaría su piel de raso, pintada y perfumada en camarines litúrgicos de misteriosa artificiosidad.

Abrevia, sintetiza, extracta eléctricamente; reduce a glóbulos de química homeopática los elementos

de la naturaleza, convertidos en confituras artísticas de una gracia para muñecas. No es elefantina, no es grave. Todo lo contrario, no pesa, no ocupa lugar, es imponderable, sabe no aburrir, según diría Arsenio Houssaye, al través de versos de azafrán y tul, y condensa en suaves acordes el principio activo de la armonía cósmica y del más allá taciturno.

Su estructura es muelle, elegante, discreta y sin vacilaciones retóricas; se desenvuelve cual filigrana quimérica en un cuento oriental. En «toilette» aristocrática, el adjetivo languidece o se regocija; el verbo sostiene columnatas bizantinas o se bifurca en artesones áureos.

La idea resbala, como un ibis somnoliento en el aceite de la vida tersa y curvada, bajo una suave neblina otoñal. Ni el cobre heroico ni el tambor guerrero, alarman la perspectiva que es toda dulzura, y hace del vocablo rulo de ámbar-seda.

Se piensa en stradivarius y en mandolas finas que detallarán una acción remota en las riberas del ensueño. Yo le gusto, yo le amo, absurdamente, complicadamente. Su orquestón me fascina; su eucologio me encanta, su «mise en scène» colma todas mis quimeras, y su opulencia es la capa pluvial de la gloria en el templo inmortal del universo armonioso, donde todo es ritmo, donde todo consuena y canta la poesía triológica del sumo artista, que hizo la luz y también la sombra, es decir, lo inteligente y lo ininteligible, lo simple y lo abstracto, la línea y el gesto.

—

No os enojéis contra lo oscuro en la poesía.

Tratad de penetrar, sin enfadaros por el esfuerzo. ¿Y presumís de críticos, vosotros los simplistas, los unilaterales, los homogéneos, los misoneístas de la sensación, los trasnochados de la casuística, que no exploráis el alma de las cosas, que no penetráis jamás en el fondo de la naturaleza, ni bajáis a las profundas simas del espíritu, ateniéndoos tan sólo a la costumbre, a la comodidad, a las reglas, a los casilleros de los libros polvorientos, y al syllabus de las academias alcanforadas...?

No, por cierto. Un crítico verdadero, debe ser un analista profundo, un filósofo libre de prejuicios, un sentidor ecléctico, un explorador de cosas y de conciencias, un alquimista de la sensibilidad y a veces un fantasma que se introduce por los poros de la naturaleza hasta el fondo esencial y hasta la causa primera, descubriendo el gesto, la intención, el instinto, el pensamiento errante de cada parte y del todo, es decir, la poesía, la grande y la íntima poesía que duerme como la diosa Neith en el regazo de la sombra ideal.

¡Oh, sí! Libad hasta obscureceros de misterio, libad hasta teñiros de interior, en el cóncavo subjetivo y sonoro de donde emerge inexactamente un vapor abstruso. Pensad en el nimbo esotérico que arrebata en triunfo el trípode de la Sibila. Pensad en la esfinge, en la gran sabia, con garras y mirando hacia el vacío.

¡Y silencio, silencio, silencio!

*
* *

En el verso culto, las palabras tienen dos almas: una de armonía y otra ideológica. De su combinación que ondula un ritmo doble, fluye un residuo emocional: vaho extraño del sonido, eco último de la mente, cauda rareiforme y estela fosfórica, peri-sprit de la literatura, equis del temperamento y del estado psíquico, que cada cual resuelve a su modo y que muchos ni la perciben.

—

Allá en el Reino del Pórtico, en la munificencia de una tarde griega, fué decretado por un semi-dios, cuya túnica en egregios pliegues soñaba el plinto eternal:

—El pensamiento es la música. La melodía nace de la idea. Pensad y haréis vibrar.

Fueron ya veintitrés siglos.

No ha mucho en una taberna de París, en noche roja de embriaguez artística, un fauno decrépito, casi andrajoso y que se llamó Verlaine, dijo, después de apurar la llamarada de absintio:

—La música es el pensamiento. La idea nace de la melodía. Sonad y haréis pensar.

¿Quién tuvo razón?

¡Ninguno!

¡Y ambos!...

. . . . . .

No hay que explicar lo que se dice ni lo que se sueña. El simbolismo es nebuloso. Es el enigma de la Belleza. Sintámoslo, pero callémoslo. No levantéis el velo de la madre Ysis. Como en el drama de

Schiller, el curioso profanador, no podrá decir con los labios, lo que sus ojos han visto. Tal el poeta indiscreto con su misma Musa. Traducir la bruma con la luz meridiana equivale a un más allá de absurdo. Es el círculo vicioso de los atormentados de la sensación. Como los «pecheurs de lune» de Rostand, en el agua clara y sedosa, tienden la red sutil de su lenguaje iluso. Pero el lago es de ensueño y de engaño. La idea, como el pez quimérico de la noche, se escapa entre las mallas, en cabrilleos de nikel, en una gloria blanca de expresiones que lagrimean átomos de luna.

Cuando en el remolino de sus polémicas, los magos del «Quartier Latin», explanaban los ceremoniales de su opalina Corte Interior, érase un cáos de difusa prosa, una algarabía salvaje de manicomio dantesco.

Pretender engarzar en formas materiales de sentido los entresueños de la conciencia, la impresión fugaz, la urdimbre arcana de lo incompleto en el alma, el utópico asociacionismo psicológico, que se complica obscuramente, la insinuación ambigua de lo que hubiera sido y de lo que está por ser, es como perseguir los fuegos fatuos en la noche... Mientras el ojo ve luz, la mano toca sombra. Es el naufragio de lo imposible.

Hay el verso que se canta y el que sólo se sueña. Ambos son humanos, pero, uno más que el otro, con diferencia de sutilización, de auto-hipnotismo, de placa, en fin... Muchos ignoran lo que han escrito. El genio es muchas veces inconsciente de su

obra. Escribe porque alguien le dicta. Tiene que estudiarse a sí propio para saber lo que ha pensado. ¡Ay, de los que miran con una lógica cosmopolita en el aire opaco! ¡Ay, de los que ansían explicar en prosa transparente lo que sugieren en su alada métrica...! Muchos hubieron. ¡Muchos habrá!

¡Tántalos contemplativos de la eterna sed, tentados y martirizados por la Realidad! ¡Oh, la muda realidad proterva. Ellos la sienten, pero, no la alcanzan; la piensan, mas no la definen; la acarician, pero no la harán hablar...!

¡Tántalos de eterna sed! Próximos a señorearla y cuando la frescura de su rocío se cierne sobre su lengua, huye el cántaro feroz, entre un delirio de ansias locas y de gestos errabundos.

Poesía de humo y gasa, sin contornos, en sublime libertad molecular, que ambula alrededor de emblemas y de ritos, no la traduce sino el silencio, la mano en la frente obscura.

Y con todo, aproximadamente.

No haya crítica matemática. ¡No haya cínica interpretación!

Yo siento a mi manera, lo que cada uno siente a la suya. Hay quien tiene doble vista. Para el ciego siempre es noche.

¡Piafe el imbécil en su impotencia!

Los espíritus superiores poseen un sentido más que las mediocridades. En la elaboración de lo complejo existe un grado sumo a donde sólo llegan en el Argos vívido los más diestros exploradores de la percepción. ¿Implica esta aguda dote un centro

autónomo en el aparato de la obscura máquina, o un desarrollo evolutivo de facultades comunes?

Es la resolución de términos abstractos que sugestivamente o por algún efecto sensibilizan la emotividad; es el conocimiento indirecto de lo simple por lo complicado y lo verdadero por lo ficticio, suscitando estados ideológicos; es la compenetrabilidad fulgurante de lo sutil por lo sutil en la conciencia artística; es una subitánea resurrección por una sabia fórmula, como predica Guyau.

¿Cuál es esta propiedad sublime de interpretar a Belleza; cuál es este Rey incógnito de los sentidos?

¡Es el sentido Evocativo! Es el sentido del Misterio. Es el sentido de la Selección.

Es el más espiritual, el más discreto, el más aristocrático; es el que vive en la penumbra de una cortina de molicie; es el que huye del bramido de la calle mundana; es el hijo huraño del Silencio y de la Noche; es el rebelde contemplativo que entre vidrieras historiadas labra las cifras emblemáticas de un breviario; es el enfermo, el caprichoso, el vago: flor de estufa sibarítica en el alcázar de las quintaesencias; música evaporizada de las ondas más remotas de la Sensación. Símbolo de este mago es la Ifigenia de Goethe, sacerdotisa de la Soledad a quien Diana robó del ara en una nube invisible y que crecía hacia el cielo en el ambiente henchido del hálito de los dioses. (Saint Victor.)

Los que no me conocéis no me leáis siquiera.

El estupor del necio o la sonrisa del bufo profa-

narían esta página, pastilla de raro perfume consagrada a los divinos locos y que humea en mi laboratorio entre un infolio de Fray Aldabe y un zapato de Mimi Pinzón...

Yo adoro este sentido egregio, dudoso, arcano.

Yo escribo para los evocadores, para los brujos, que hacen sonar luz sulfurosa de los sonidos en frotamientos irreales; para los que con la vara profética de su idealismo, dando en un punto del áspero peñasco de la palabra, despiertan el hilo dulce y sonoro de la idea oculta, que ama la sed de nuestra fatiga.

¡Oh, el libro, Alcázar de la sensación, con arabescos de ensueño, con treboladas de ojivas curiosas, con aéreas agujas en éxtasis y volátiles cresterías!

Asomado a la Torre del Sexto Sentido, el poeta se satura de sombra Ossiánica; titilan en torno del zahorí los enfetes fosfóricos; los Aquelarres fantásticos fluctúan en la marejada de las luces malas; genios oscilantes de un Cosmos difuso escancian los filtros de la Quimera.

Y él sueña, y él dice misa.

Y con sus versos, según el Sexto Sentido, que en la gama sensorial explora hasta el ultra-violado; que en Ontología es un instinto del alma, revelador de lo obscuro, adelantado caviloso de la gran sombra que piensa, y que en arte aspira de lo Infinito por todos los poros de la utopía.

Libros pensativos como una Sibila. Libros frágiles, blancos, de levedades incorpóreas y de brumosos combeses. ¿Para qué el tejido recio, la precisión muscular? El idioma escapa de su malla aérea en fi-

brillas prófugas, en escamas ilusas; se deshila en filamentos errátiles, flexibles, pálidos. ¡Malhaya el bosque nervudo y la salvaje savia, cuando el fruto es de oro y seda y el picaflor de rocío! ¡Oh, nunca el sol evidente de la simplicidad; si el verso, mariposa de la lámpara «au rayon studieuse» nacida apenas para una noche, que inflama en las claridades indiscretas su polvo tornasolado!

¡Oh el sexto sentido, príncipe enigmático!

Palabras, gestos, rococó, remilgos. Palabras, hebillas, marfiles y ruedos. Watteau colorea. Beaumarchais recita. Madrina rezonga.

Garúa melodiosamente de una orquesta frívola.

Libro de pliegues conjeturales. Misal simbólico.

Páginas: hostias de amor, alas de neblina, cañas de espumas, lágrimas de cera, copos de nieve ultraespiritual.

Libro de provocadoras superficialidades y deliciosos amaneramientos. Libro que cuando murmura es toda el alma y toda la vida, como el caracol es todo el Océano hablando en voz baja.

*
* *

Domina una tendencia favorable a la simplicidad. Se juzga ingenuamente que lo sincero, lo real, lo espontáneo, es siempre lo simple. Tras de lo claro, no se sospecha lo obscuro. Aberración de la impotencia, unilaterismo de las medianías que no ven el marco de la Noche en el cuadro de la Aurora; que no escuchan en el viento de la Primavera la complicada armonía del mundo en su mariposeo por el éter vago,

impenetrable, que nunca termina y que jamás comienza; que no se sienten asumidos ante el pleamar que ruge, por el ansia erótica de Neptuno hacia la vagabunda Selene.

Espiritus «inevocables» mudos a las insinuaciones de la Naturaleza, catalépticos de la inmensa vida, dormidos despiertos de la sensación, que abren sus grandes ojos, ciegos de espíritu.

No se pregunta a la frase cómo se ha formado para ser tan diáfana, su tardía aventura por las selvas enmarañadas del pensamiento. Se la ve sencilla y nada más. ¿Cómo no se pregunta al rayo de la estrella de dónde viene y por qué tirita, ni a la vaporosa nube del cielo en dónde ha nacido; por qué es tan blanca...?

¡Oh, lo simple genial; oh, lo simple imperecedero! Yo lo admiro no por ser lo simple, sino por ser lo genial, por ser la expresión de lo más hondo, de lo más raro, de lo más oscuro, como el rayo del lucero es la expresión de la distancia y de la inmensidad misteriosa.

(Entran Virgilio y Homero, Shakespeare y Goethe. Retoza Amarillys. Hamlet se sonríe. Fausto me saluda. Ulyses me abraza).

Dice un filósofo que es un poeta:—Lo bello no ha sido nunca absolutamente lo simple, sino lo complejo simplificado. Lo simple puede marcar un grado superior en la elaboración de lo complejo. ¡Es la fina gota de agua que cae de la nube y que ha tenido necesidad para formarse de todas las profundidades del cielo del Océano!

¡Decir profético, en verdad!

¡Cuánto suda el alma para encontrar una expresión! Y una expresión es a veces toda el alma, toda la vida, un viaje al través de todos los dolores, de todas las embriagueces, de todos los círculos de la filosofía, de todos los universos de la conciencia.

Lo claro es lo obscuro. Lo simple es lo complejo. En el fondo del diamante está la noche del carbón y más allá el sol formidable que ostenta el día plutónico de sus entrañas incandescentes.

El alma misma sigue esta ley. ¿Hay acaso algo más luminoso y más opaco, más sencillo y más complicado que el Amor, antítesis esencial que hará eternamente sufrir y gozar, vivir y extenuarse, llorar y cantar al rústico montañés y al excéntrico quintaesenciado?

El artista es en su arte un colaborador de la Naturaleza, que pule, que aclara, que perfecciona, al reproducir. El genio lee en voz alta su libro de un millón de páginas. Y al mismo tiempo, interpreta, da forma, sintetiza, saltea, deja de lado, y amplía. El instinto de esa inmensa madre determina la inteligencia de nuestro idioma, la intuición de nuestros sentidos. La sencillez compleja de nuestra palabra corresponde a la compleja simplicidad de su gran voz salvaje.

¡Oh la Diosa simple, complicada, profunda, sincera, veraz y engañosa! ¡Oh, la buena y la voluble; oh, la pérfida y la impenetrable! ¡Oh, la que murmura y la que no precisa!

Ella evoca más que revela; su elocuencia radia

sugestiones. Es la erudita sonámbula de un sueño pitonísico!

Tal como es ella, Beldad monstruosa, es el Arte, Naturaleza refinada.

Por eso es que el principal valor de la literatura, como lo afirma un esteta, consiste, no en lo que dice, sino en lo que sugiere y hace pensar. El gran Arte es el arte evocador, el arte emocional, que obra por sugestión, el que necesita, para ser sentido, de un receptor armonioso que sea un alma instrumentada y un clavicordio que sea un hombre.

***

Ciertas cosas son oscuras, ciertas son complejas. Mitad en la luz, mitad en la sombra como los planetas, las realidades se ofrecen. El lado metafísico, el lado invisible es la verdad oculta, el enigma de la poesía, la estrella que la lejanía no deja ver al simple ojo.

Impresionarse con el fantasma es ser poeta y hondo poeta. Escuchar los ruídos que muchos no escuchan, percibir los matices que pocos alcanzan, entrever las cosas en potencia, comunicarse en raros vocabularios con lo desconocido que nos circunda, ser susceptible a lo anormal, dar con las líneas tortuosas y con albedríos de lo Inanimado, no ser objetivo ni subjetivo, sino ambas cosas; ser universal e interpretar la perceptiva externa con el sentido interior, hacer una sola familia de nuestro sentimiento y de los sentimientos de la Naturaleza, interrogar agudamente y ser respondido a medias, hallar la fór-

mula de esa respuesta, perfeccionar el esbozo y sustituir por palabras los balbuceos del «Todo Organismo», es ser sincero, es ser veraz, es ser soñador, es ser muy sabio, es llegar a un plano de fuerza emotiva y comprensiva en que el alma se hace un espejo impresionable y viviente, que ve, concibe, refleja, aclara y da contorno.

Hasta lo inverosímil en Arte es una verdad. La sensación, según un filósofo, es una alucinación verdadera, el devaneo de los sentidos ahumados, la hipnosis de las facultades representativas. En el imperio de la Quimera, ser visionario es ser real, es ver el fondo. Es que hay dos mundos: uno en masa y otro en espectro. La naturaleza tiene también su fantasía, sus emociones, sus rarezas y sus incubos, una pujanza de imaginación que no será jamás igualada.

Hugo decía: «Los misteriosos encuentros con lo inverosímil que para salir del paso llamamos alucinaciones, están en la naturaleza: engaños o realidades, visiones que pasan; el que esté allí las ve».

He clamado que lo inverosímil llega a ser lo real. Afirmo también que lo sutil es lo natural y ambas cosas, elementos de oro en la obra estética. Rige un preconcepto, una ciega manía contra lo sutil. Se hacen burbujas de mofa de esta condición de la existencia misma. El misoneísmo literario le fulmina sus odiosidades. Hay como un instinto imbécil, como una rabia turca en repeler sin examen las cosas finas, sinuosas, afiligranadas, reflectantes, en que se evoca por asociación y sugestivamente. No se repara

en que lo sutil es a veces lo vital, lo expresivo, lo exacto mismo.

Habla Guyau: «Crear es saber ser a la vez suti como el pensamiento y real como la vida. Se reprocha a ciertos genios ser demasiado sutiles; pero ¿hay algo más sutil que la Naturaleza? El espíritu no igualará jamás a las cosas en ramificaciones, en sinuosidades; solamente que es necesario que en todas esas ramificaciones la vida circule como la sangre corre en las innumerables fibras que juntan entre sí las células cerebrales».

El Arte es combinación, indagación, auscultación, interpretación.

¡Ved algo nuevo y crearéis! ¡Oid un nuevo sonido, descubrid una nueva línea, un nuevo matiz!

No se ha llegado a la verdad del fondo. Existe el velo tras el velo, la noche dentro de la noche. Levantad un pliegue de la cortina. Avanzad un grado en la sombra.

¡La vida es un misterio como la Belleza. Sed lo bastante sutiles para llegar a lo verdadero!

1908.

EL SIMBOLISMO ORIENTAL

La Biblia.—El Libro de los Libros.—Su influencia sobre la literatura.—La escuela de Jerusalem.—La gran poesía hebraica.—Superioridad sobre los griegos.—La religión madre del Arte.—Los más hondos poetas de la Humanidad son los Profetas.—Las escuelas contemporáneas derivan de Israel.—Shakespeare, Milton, Dante y Hugo son hermanos de Ecequiel, Amós, Jeremías y Jonatás.

El símbolo es anciano. Sus barbas tienen cien mil años. Yérguese entre el humo de los simulacros, en la epopeya Indú y en los vaticinios de la Judea. Sus actitudes son elementos. Habla a truenos. Llora a torrentes. Circula por sus miembros trágicos el ritmo de la Creación. Se duerme, colosal y adusto, sobre el zócalo de la Muerte, en un silencio espantoso. Como el monstruo panteísta nutre los mitos, aterra el culto y extremece con su aletazo quimérico los mundos de un arte informe, suntuosamente bárbaro.

¡Oh, el Oriente, niño eterno, viejo niño!

Literatura recién nacida, mama del seno de Cibeles la ingenua leche. El pensamiento desnudo tiene por égida su blancura horrísona de sol hostil, la castidad pavorosa de Isis, bajo el tul de incienso.

Humanizadlo: Sus cabellos son selvas sagradas, constelaciones sus ojos, cráter su boca en erupción

de himnos, su alma la noche infinita que Aurora huella con su pie cándido.

Idioma que es pura Naturaleza, realidad orquestral, fanfarria de océanos, hervor omnipresente y todopoderoso. Traducción de un despertar atónito, hecha de signos reflejos y de emociones sin pulir, de gestos casi salvajes y de palabras casi gritos. El fondo de la Vida proyecta su forma espontáneamente simple, su sensibilidad amante y fecunda, su fuerza y su simpatía.

Idioma que del Himalaya a las Pirámides y de las Pirámides a Sión, marcha en elipsis de majestad por la página de granito.

¡Volveos hacia la ciudad, Profeta!

¡Allá en la Bíblia encontraréis la pauta, la suprema pauta del color y del estruendo!

Onomatopeya múltiple, fermentación ecuménica, overtura fonológica, harmonía supervaga, primera pregunta, respuesta en coro, familiaridad políglota, tartamudeo oratorio, plebiscito de todas las cosas y asamblea heterogénea en que todo toma la palabra, «entente» de lo animado y de lo inanimado, lirismo enorme de la Vida que desborda y de la verdad que balbucea.

Si la Grecia es la línea, la sobriedad, el placer, el idealismo estético de los sentidos, el arte desinteresado, la forma galante, la naturaleza correcta y culta; la Biblia es la pincelada bravía, el gesto miguelangélico, la decoración monstruosa, la espesura tropical, la deformidad fantasma, la elefantiasis del genio, la *mise en scène* de la Vida, el Símbolo cupu-

lante, el desmelenamiento elegíaco, la Vorágine de los Apocalipsis, el adjetivo de Bengala y la imagen bólido, en una simplicidad que arroba, como la primer sonrisa de las almas, y que espeluzna como el primer enojo de cielo.

¡Oh, el Oriente; niño inmortal con grandes barbas de color y cuernos de inspirado! ¡Oh, el Oriente de las pesadillas; oh, el Oriente puro, místico y grave; oh, el niño miedoso, oh, el niño poeta!

Sin el pámpano púdico, la voluptuosidad se solaza. La fantasía se despereza sobre la tierra húmeda de sentimiento, bajo el triunfo del arco iris, pavo real de luz. En la primavera de sus paraísos, rosados de dicha, suspiran vagos deseos y al leve acorde del caramillo en los rastrojos, se incorporan los salmos trémulos para ofrendar una plegaria virgen.

¡Oh, la Biblia, hecha de polvo y de inmensidad, con olor a siembra mojada y a incienso del Tabernáculo!

Madre del Realismo, del Romanticismo, ambos cuelgan orgullosos de sus pezones robustos donde se nutren de su frescura y de su fortaleza, de su verdad magnífica y de su magnífica imaginación.

Es hija suya la literatura gótica de la Edad Media; esa literatura de harmonium bajo la bóveda cromática; sus piadosos lirismos sensibles en que el Amor mendiga tiranas mercedes, las antífonas espirituales en que el alma evoca la cruzada azul.

Los mugidos de Isaías, bajo la noche ontológica del desierto, atempestan al pavoroso dios Dante.

Amós, como la estatua de la tragedia, ante el iracundo entrecejo de Tetragrámaton, ciega con su incandescencia lívida a Milton, exilado tenebroso. Y Ecequiel, volcán retumbador que sepulta bajo su lava de maldiciones a las ciudades orgiásticas, despierta a Hugo, profeta, poeta y león visionario como el de Bethel.

Desde Pascal a Chateaubriand, desde Bossuet a Lamennais, desde Vigni hasta Zola, desde Rousseau a Lamartine, triunfa el extremecimiento de las enormes trompetas líricas. El arte fresco, el arte torvo, el arte sangrante, el arte soñador, el arte hermético, el arte difuso, el arte real como el inverosímil, nace en Jerusalem, pulpo de prodigio de un piélago sin riberas, cuyos miembros abarcan el Cosmos.

Los salterios de la gratitud del entusiasmo y de la adoración con su triángulo simbólico y sus trece cuerdas, vibran en el santuario idealista, en trémolos efiébiles y en alegros supramundanos, a la vislumbre de una misteriosa lámpara perfumada.

Los sistros del Rey Bardo salmodian el romanticismo platónico y displicente, describiendo las congojas de los Parques de Jericó; las egregias misantropías que aullan bajo los cilicios; el despellejamiento de la gracia por las uñas de la epilepsia.

Las majestuosas puertas del Serrallo, la tentación mirífica de las púrpuras, las piscinas doradas del Huerto, los fulgurantes escuadrones rígidos, el esplendor de la Sancta Sanctorum incendian el taller realista y la parnasiana orfebrería, embriaga de tornasol a los devotos de la caravana del estilo y a los

peregrinos de la antigüedad, a los Gautier como a los Flaubert, a los Nerval como a los Saint-Victor.

Más aún: La contorsión, el alarido, el espasmo, la rebeldía, el ceño doloroso y la mueca trágica, la nauseabunda enfermedad proterva, el sufrimiento huraño y el vicio triste; todo eso que muerde a Caín en su silencio rojo, el hálito de las pestes que arrastran su silueta escuálida en los estanques cadavéricos; la ronda de los cuervos devorando a Achaén en un velorio sacrílego; la poesía del hastío en el desamparo de las arenas; la lengua pecaminosa del incendio de Sodoma que escupe venganzas y consume horrores; el magnetismo fatal de la serpiente reveladora del placer y emperatriz del odio; el aullido de la belleza de Luzbel en su derrota oblícua, roe, inflama, entenebrece, azuza, atrae y llena de blafemias a las almas dolientes de la literatura, a los delirantes, a los malditos, a los nebulosos, a los libertarios, a Shelley, Byron, Huysmans, Senencourt, Tolstoy, Nietzsche, Baudelaire y Poe.

Es que la Biblia es toda la orquesta del sentimiento, la expresión más anchurosa de lo constitutivo del sér humano, la sumá total de todas las psicologías, la línea de frontera de todas las fábulas, el pentágrama en carne humeante de todas las muertes y de todas las vidas. Es el pergamino inédito de lo Absoluto literario y de la Gran Sombra que piensa: ¡tenor agudo de los afectos más vehementes y de las sublimidades más blancas; bajo profundo de la cólera más cavernosa y de los cataclismos más horrendos!

Es el poema de los organismos y es también el

poema inconmensurable de la alucinación: Duplicidad colmo: Barro y alma: Instinto y sueño: Hombre libro: Raza literatura...!

¿Queréis escenas naturales, queréis realismo?

Ved a Jacob en casa de Labán; ved a Noemi: melancólica lágrima inclinada; ved a Ruth cortar espigas. La trilla huele a romero y a trébol. Tiembla el cric-crac de los grillos. Repica el címbalo de las Eglogas en los blandos sesteadores; gime el rebaño alrededor del pozo la rapsodia pastoril más cándida.

Si buscáis lo conmovedor, encontraréis a José que reconoce a sus hermanos y en vez de sangre y oro líquido, les da a beber en sus ojos el agua dulce del perdón; a Susana escarnecida, lirio ileso que la calumnia mancha de rojo ante sus jueces, y que el pecado lame de furor eunuco; veréis el arco de súplica que se dirige al cielo de los brazos de Agar, en la atención del arenal lunático; a Nehemías sollozando a las puertas de Jerusalem, a David inconsolable por la muerte de Absalón.

Lloran los sauces desgreñados sobre el mutismo de las harpas muertas; los sobrepellices de la penitencia se arrastran en el polvo; arde el ruego de la humildad en la pira dolorosa.

¿El erotismo os seduce? ¿Os place la galantería? —Hidromiel y vino del «Cantar de los Cantares». ¡Oh, la tostada maravilla núbica; oh, la verbena lánguida, raptora del fervor celeste; oh, la arquitectura de ovalada torre y con bandera crespa, de frágil baluarte y misterioso acceso; oh, los labios frescos al ósculo en la rendición del suave paroxismo; oh, el

agasajo del rubí en almíbar que amanece en una boca sabia; oh, los párpados de tentación, en la media luz del éxtasis, entornados como las puertas prohibidas a la indiscreta embriaguez que ambula; oh, las sandalias que se atreven en la furtiva senda de la alcoba; oh, los brazos que se abren como un asilo al desamparado de un ansia y que se encierran como un cautiverio a la molicie aquejadora; oh, los cisnes casi violetas que se hinchan de amor en el verjel de un tálamo; oh, el quitasol del dúo en el dichoso aleluya!

«*¡Amiga mia, hermana mía, paloma mía...!*»

(Ungüentos, cinamono, danzas).

¿Os mueve el estoicismo? ¿Os impresiona el consorio de las plagas y la primavera? ¿Os electriza el «chaud froid» excéntrico, la doble letanía de Satanás y del Bien? (Se rompe el velo de Synagoga.)

«Fleurs du Mal» y «Paralellement» saben la fruta agridulce.

Estercolero inmortal de Job donde pace un rayo de estrella. Tifón satánico, soplo de alivio, flujo de humores, seca de sangre. Claro-obscuro tormentoso: Boca que maldice, manos que imploran. Espumarajos y misereres. Antítesis convulsiva de la blasfemia y de la humildad; «sube y baja» formidable de la gratitud y de la náusea.

Y al fin de todo, sobre tanta lepra, la Paloma blanca del Espíritu Santo.

¿Os deleita lo espantable? Ved a Jonatás, cuando destruye en un ademán de noche el templo de Dragón; al implacable Achab, que mata a cien mil Sirios: molino de sombra, trillador fantasma; a la

hembra de Loth, proyecto de sal, que fuga bajo el petrífico ceño del Déspota; a la macábrica Haí, bayadera del Tártaro, danzando entre las llamas tentaculosas. Sobrecojeos ante las estampas de Daniel, agudas de garras, frías de murciélagos, ásperas de dragones, nubiadas de endriagos, Leviathán que se encrespa. Rugido del Africa en Samaria: verdugos desmelenados, leones trilingües sobre carne lívida: fallos estentóreos en bocas de incendio que trituran réprobos. Cubríos el alma: ¡¡¡El Apocalipsis!!! Zoología membranosa, selvas erizadas de demonios, lluvia de víboras, racimos de jorobas, ovación de calaveras, festín de babas: luz negra, todo febrático, fermentante, horroroso!

¡Huíd! Crescendo del pánico. Es el Diluvio: Suicidio de la desesperación, locura de los elementos; mímica de relámpagos, sinfonía de trombas! Familias que se trenzan para morir; nudosa promiscuidad en el inmenso tálamo de la catástrofe; fantasmagoría atrabiliaria de lo patético y de lo imposible; escándalo de la línea, pavor del olfato, arquitectura contrahecha de carne hidrópica; podredumbre de razas, naufragio verdoso; niños volatines, ancianos orangutanes; derrota paroxismal de la naturaleza; disputa mortífera del instinto con el absurdo. ¡Socorro! del hombre ¡Sordera de Dios...!

¿Lo fulgurante os seduce? Las tiendas coloreadas de los ejércitos de Antíoco, que Flaubert soñó en Salambó. Elías es arrebatado en la carroza de una centella. El Arcángel de los Macabeos en su sulfurosa. Pasiones zodiacales, idilios feéricos...

¿Procuraréis lo inverosímil, lo monstruoso de la paleta, del movimiento y del oído?

Física de Mitos: Sansón arranca las puertas de Gaza; Geometría de infiernos: la Torre de Babel que llegará al empíreo; Heraldos de Colosos: el Sinaí brama la Ley que ha escrito el rayo; Apoplegía de Universo: Josué detiene el sol, cual si parase el péndulo de la Eternidad!

1907.

CUADROS REALISTAS

EPPUR SI MUOVE

Instantánea popular

El humo pesa en el aire de la taberna mezclado a las múltiples emanaciones de aquella algarabía de gente desocupada y calenturienta que ha hecho irrupción, de súbito, dando mueras a los burgueses pancirrojos y vivas al derecho y a la sociedad futura.

En mangas de camisa y dando volteretas entre los bancos, el patrón ríe satisfecho, sin contestar a las diversas pullas con que lo fusilan de todas partes, mientras los vasos repletos de espíritu revolucionario suenan de a pares al caer en las mesas pringosas.

Un acordeón ventrílocuo tortura la marcha épica del trabajo. Nunca don Sebastián se las ha visto más adobadas y ojalá durase la huelga toda la vida...

—Mozo: una caña... líquida...

—De pescar... peludos...

—Doble para el zurdo.

—Un bitter Garnier.

—Dos cognacs... de la Habana, se entiende...

—¡Marche! un toscano...

—... el vasco paga... ¡Salú!...

—¡Apunte don Sebastián!... y no haga fuego...

—¡Viva la huelga! ¡Mueran los patrones menos don Sebastián!...

Y aquella concordia báquica de bebedores expansivos aumenta rápidamente. Las mesas se enraciman de siluetas de melodrama, y el mostrador lagrimea un agua vinosa y acre, como un ébrio que se derrite en expansiones románticas.

La luz parece esplinada entre aquel humo tan denso que pudiérase cortar con las barajas, y una mosquetería de «puchos» vuela sobre todas aquellas cabezas sin lastre, echadas a vuelo como las campanillas de un pierrot en crisis...

—¡Truco!

—¡Vale cuatro!

—¡Ordago!

—¡Quiero!

Por todas partes se juega, se conspira, se discute, se hace filosofía y finanzas, decrétase la muerte—por radium o por aire explosivo—del czar de Rusia y del emperador del Japón, háblase de hacer desaparecer de una plumada las regiones y las leyes, y de achatarle en veinticuatro horas la nariz al mundo...

—¡Sí! es preciso, es fatal, lo más pronto, ya, ya, tiene que correr sangre, mucha sangre, una hemorragia, ¡una catarata!—aulla un sujeto muy jacobino.

—Tiene que correr tinta, ¡mucha tinta!—dice otro; adversario místico de la guerra, de las armas de fuego y hasta de las herramientas con filo...

En eso un mocetón amarillento y cejudo a lo Marat, trepa como un gato hidrófobo sobre el mostrador.

Todos le miran estupefactos. Mientras él, haciendo flamear un periódico, lee, sin hacer comas y a cañonazos, una especie de yambo profético contra el capital y las maquinarias. Y luego enarcándose, retorciéndose como la vara de Moisés ante el lujo de Faraón, ruje:

—Tenemos que arrancar todo el metal de la tierra, todo el carbón, todo el azufre, todos los diamantes, todas las piedras preciosas y arrojar esa inmundicia al fondo de un volcán, para que no haya ricos, no haya explotación, no haya dolores, no haya máquinas, no se fabriquen caños de felpa, ni veamos levitas coludas, para que no se acuñen monedas, esas redondas bellacas, culpa de todos los males que afligen al proletario.

—Y no hacer más papel—le interrumpe alguno—para que no haya Bancos, ni pagarés, ni órdenes contra la tesorería...

Cien vivas cascados hinchan el ambiente. Uno le alcanza un cigarro con mecha, en forma de torpedo, un cigarro anarquista... Del coro gritan:

—Una ginebra para el Cicerón... ¡Dásela doble que ha estado hecho un veintisiete y merecería «champañe» si no fuera tan burgués ese licor!

—¡Bien, bien! Abajo los impuestos, leña con los financistas, al fuego los Roschild, los Anchorenas, todos los «manates»: que reviente el que inventó el dinero.

—Hasta el día en que no haya oro habrá miserias, habrá luchas, habrá crímenes, habrá adulterios, habrá carruajes tirados por rusos, habrá ruletas, se comráe

con mantel, habrá patrones canallas... disculpe, don Sebastián, no es por usted que lo digo...

¡¡Pum!! Por la derecha suena un puñetazo que hace girar cien cabezas al mismo tiempo. Don Sebastián acude nervioso, husmeando si la mesa ha quedado rota.

Es el gordo Ramón, un hércules de Casino, el economista y sociólogo más radical de la fábrica de alpargatas...

Abotargado y fermentante, introduce su manopla en el cinturón, blande unas cuantas monedillas blancas, y las arroja furioso contra el pavimento, escupiéndolas y dándoles de tacazos, en medio del frenesí colectivo y de la cara toda abierta de codicia de don Sebastián, mientras explota como un poseído:

—Mueran hijos de tal... cochinos, miserables, usureros, raspas, espoleadores, causa de todas las huelgas y de que a mi compadre Bartolo se le hayan muerto dos hijos del «sarampión»!...

En seguida, alguien da la voz:

—Muchachos, aprontemos la panza para oír un sermón, de Cuaresma... Ahí afuera está el ñato Severo, refunfuñando contra nosotros porque estamos dándole al trago.

Severo es el moralista de círculo, un estoico terrible, que hace propaganda contra el alcohol y que se dice autor de una idea prohibiendo el cultivo de la viña y otras hierbas...

—¡Bah! no le hagas caso—murmura un chusco—es medio «tocame un schotis».—El vino es el sostén de la huelga. ¿Quién nos infunde coraje?... ¿él con

su hocico, sin duda?... ¿Quién nos da valor para romperle el alma a la policía, y movimiento a la sin hueso para menearle oratoria a los «dotores»?... El vino es rojo como nuestra bandera... el vino es partidario de la igualdad como la muerte y hace «macanear» al pobre como al «enrialado»... ¡Mirá que nadie va a jugar con ese peludo viejo!...

En esto el ladino don Sebastián, desafina, mirando para afuera:

—¡Ché! cuidado con hacerlo entrar... ¡cerrá la puerta! Yo no quiero a ese loco en mi casa. Miren eso, a quién se le ocurre, prohibir la bebida que es el alma y el consuelo del infeliz, y hasta de la ilusión cuando no la tiene!...

—Y el sueño, cuando le falta—susurran de un ángulo.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Cantando el himno de los trabajadores, todos se han ido rumbo a la Boca. No queda nadie en la trastienda. El reloj da las doce.

En ese momento don Sebastián, que acaba de chuparse los restos de los vasos casi exangües de sus clientes y colegas, reune, secundado por su mujer, níqueles, que arrojara el gordo Ramón.

—¡Ah, bestias, ah, mulitas...! ¡Fíjate Gerundia, si fueran de oro, qué armada...!

Y pensar que estos locos han estado echando pestes contra el representante de Jesucristo en la

tierra, contra el señor amarillo, que puede más que el mismo Satanás... que es el diablo en moneda...

—¡Psh...! ¡habla despacio, Sebastián, que alguno te puede oir...!

Buenos Aires, 1905.

CONTRA EL CENSO

Interjecciones de mar: ¡aaah! ¡aaah! ¡aaah! Bocas estupefactas en erupción.

La mesa ríe, gesticula, se levanta en el aire: una mesa espirítica... En ocasiones cae desjarretada, ¡de asombro!

¡Aaah! ¡aaah! ¡aaah!

Pero esto sólo dura un relámpago. El director, grave, arquitectural, petrífico, se acerca geométricamente. Filtra de sus labios una estalactita de amabilidad. Es una fuerza imperturable, es un elemento cortés...

Sopla un viento de milagro. Con solemnidad hebraica, impone su gesto rígido, deja ver la ley en su fisonomía de páramo, sin emoción... La mesa se normaliza. Se hace el silencio en aquel mar de escándalo. Aquel Tiberiades obedece, humilla el lomo sumiso.

—¿Qué pasó?

—Nada. Nadísima... Simplemente una simplicidad... Las ranas de Esopo insultando a la luz. La indiscreción coral, la acción refleja de los compiladores, el «j'accuse» ingénuo de la burocracia.

Nada, menos cero... Los gansos del Capitolio de la Verdad, enemigos de las damas... ¡si serán gansos...!

Escúchenlos ustedes, cómo graznan su alerta infame:

¡Eh! si esta ternura de cuarenta y ocho es Cocó Suárez, que hace diez años, cuando el otro censo, tenía uno menos que ahora. ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

Esta Marieta Duclós que se pone veinte y tres, ha dejado de vivir un año desde el 95 hasta la fecha... Entonces tenía veinte y cuatro. ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

Esta es la viuda de Hudson que se empacó en los treinta... y hace otro tanto que enviudó... ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

Y fíjense ustedes, la madre que se pone sólo diez años más que la hija... ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

Miren a Teresita que es la eterna juventud... que no come, ni vive y es señorita... ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

Aquí hay una «taumaturga...» que confiesa tener treinta y nueve y ser casada, y luego, renglones abajo, se suicida en una distracción, manifestando que sobrelleva el matrimonio hace treinta y cinco, de modo, pues, que se casó a los cuatro... ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

Esta de diez y nueve es la nena de Albistur, que no quiere dejar de ser nena... ¡Qué nena que fué condiscípula de mi madre...! ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

Y esta de veinte y cuatro es la Chiche de Rozas, que tampoco quiere dejar de ser chiche... Sólo que el chiche está un poco viejo, para que nadie juegue con él... ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

. . . . . .

Y cada ¡aaah! retumbante, marino, abierto, gu-

tural, de malón pampeano, que sale de aquellas bocas rotas por la risa y desgarradas a relámpagos por la blancura salvaje de tantos dientes carnívoros, es un ataque a mansalva, y por sorpresa, en campo libre, a la mujer, a la debilidad divina que vale más que todos los poderes coaligados de la tierra y de los elementos. Es un ataque a esa ficción de carne y de espíritu, al «bello defecto», a la dulce paradoja, que vale más que todas las perfecciones, que todos los postulados de la ciencia, que todas las matemáticas...

Es un ataque prosaico al bello verso de la humanidad. Parivanú caprichosa, ópio insincero, impostura sublime, mentira encantada, que es por lo que vive y lucha la especie en el fondo de su instinto y en el proceso de su evolución. Es un simoún envidioso de arena baja, de pedestre superficialidad, que escupe y mancha el espejismo ambiguo, el espejismo irreal, el espejismo fantasma: ¡la mujer...! embuste feérico, burbuja utópica en cuyo frágil cristal se refleja el cielo estrellado, ¡la sonrisa de la eternidad!

Es un ataque rudo, impulsivo, aborigen, perpendicularmente ciego, a su inteligencia sexual: profunda, leve, sutil, aérea, especiosa, ondulante de culebra erudita... a su espíritu de conservación... a su amor a sí misma, síntesis de la filosofía de la naturaleza y del panteísmo en su fórmula más elevada: «Causa de todo dentro de todo.» ¡Es un ataque a su «yo», poliedro vivo de espejos, éxtasis duplicado y fecundo Narciso hipnótico...!

Es, en fin, un ataque a su sentido de agradar, a

su desesperación por la belleza, a su vocación por el arte innato y por el supremo vínculo emocional.

¡Qué barbarie!...

Es ¡horror! una burla al grito último, trágico y lacerante, del náufrago que ama la vida, al desaparecer para siempre en el tiempo, bajo el ojo frío de la inmensidad.

¡Qué crimen!...

¡Acudid, Venus! ¡Acudid, Apolo!...

¿Qué hace el Olimpo?

Yo veo en cada ¡aaah! una violación a su «toilette», un sacrilegio en su «Sancta Sanctorum», una mano negra y espesa, una pezuña infernal, la garra de un incubo de pesadilla, que echa por el aire los polvos cabalísticos, las pastillas metempsicósicas, las recetas de magia, los papeles íntimos hurtados de su caja de palo de rosa...

—¡Ulises! no permitáis en el Agora monstruos. ¡Arrojad con vuestro cetro de oro a las horribles Gorgonas del censo!...

—¡Qué orgía!

Yo asisto a un despedazamiento inquisitorial de su breviario brujo de permanecer joven, hechicera, sensible... a despecho de todo, de Dios, de la naturaleza, del sexo, de la verdad, de la vida, de la virtud, de ellas mismas, tal vez... porque para la mujer agradar, ser flor, ser pájaro, ser mariposa, es el más grande heroísmo, la más grande finalidad, toda la epopeya.

Y ciertamente no le falta razón.

En esa falsedad se apoya toda la filosofía mo-

viente y nerviosa de su poder inagotable y «carbonario»... En esa fascinación transitoria de estrella fugaz descansa la eternidad de su genio. Esa frivolidad es todo lo más importante, todo lo más esencial, todo lo más hondo. Es como el frágil y rumoroso árbol de Brahama, cuyas raíces llegan por el fondo de la tierra al cielo. Frivolidad en que palpita la misión obscura del porvenir, ¡el Astra esotérico de lo imposible!

Los más severos principios de la fisiología de la raza, la selección, el tipo avanzado, el super-hombre, el parto de los soles futuros, la vendimia trágica de los tiempos, la cosecha de las proles, la fermentación compleja de laboratorios humanos en el subsuelo de la sociedad, todo late obscuramente bajo las ténues varillas de su corsé.

En su guarda-ropa están los trajes de los siglos, de las literaturas, de los sentimientos, de las estéticas, de las naciones. En sus alhajeros, en su química perfumada, hay algo más que radium y que dinamita.

¡Su tocador es un arsenal!

En virtud de esa magia, de esa apariencia, ella ha dominado al hombre, aparentando ser dominada; ella ha trastornado y equilibrado todo; ella ha roto la geografía como un juguete; ella ha torcido el curso del destino; ella ha hecho dormir la guerra sobre su seno; ella ha brotado el arte dándose a copiar, copiándose ella misma en cada gesto, en cada «pose» de su jánica personalidad, de su milagroso prisma psíquico. Ella ha embriagado a Júpiter, y narcotizado a Brahama; ella ha perdido jugando un paraíso y ha

creado otro; también jugando ella ha hecho de Troya, en ascuas, el incensario de su poder y del Helesponto en gritos el orquestrión de sus gracias. Ella es la pérfida ambrosía, ella es la dulce muerte, ella es la divina perdición que todos amamos.

Estrella que engaña, vino de embriaguez fatal para Anacreonte, fuente que envenena, para el bello Hachizt. Suspiro que pierde del edén perdido para Salomón. Dulce amargura para Horacio. Esfinge que acaricia y que desgarra para Henrique Heine. Vampiro para Baudelaire. Cada gracia que ostenta, según Pitágoras, es una arma que blande.

Penetremos en los bastidores de la historia:

Un movimiento de su abanico es un equinoccio en la civilización; un suspiro puede ser un soplo de profecía, un viento de Pentecostés; un aire de faldas un torbellino de gloria o de calamidades.

De cada mancha de sangre sale esta interrogación: ¿Quién es ella? De cada fausto acontecimiento sale este grito: ¡Ella es!

Una de sus miradas hace estallar la mina de odio entre hermanos, entre amantes, entre pueblos.

Ella prepara la bomba. El hombre enciende la mecha. Ella redacta en la obscuridad la Biblia futura. Ella amaestra el cachorro de las revoluciones. Ella es la inicial, el punto de partida, el prolegómeno, la «overtura» a la sordina de la historia. Ella es el primer rebelde, ella es la temeraria. El hombre es el tímido, es el esclavo. Ella sugestiona en su «boudoir» al cobarde que va a morir. Ella elabora el génesis de la vida. Ella hace la estadística de la muerte. El

hombre realiza sus proyectos, representa sus comedias en el teatro de la sociedad. Es simplemente el actor que se cree autor al penetrarse de su papel, por refracción anímica.

¿Qué es la fuerza ante la belleza? ¿Y el genio ante la astucia?

Ved un domador de leones, un descuartizador, ligado como una mosca, sujetos sus músculos sobrehumanos por un hilo de la rueca de Onfalia: ¡Hércules, estúpido...!

¿Qué han hecho de los cabellos de Sansón las tijeras de Dalila? ¡Sansón, cobarde!

Entre las más necias paradojas de Max Nordau, ninguna como sus letanías doctorales sobre la banalidad hereditaria y colectiva de la mujer y sus esputos psico-fisiológicos a las privilegiadas de esa flora obscura y centellante...

Contra lo que ha dicho un heresiarca moderno: la mujer es el mal necesario de la vida. Yo digo: la mujer es el bien sin el cual todo es malo...

Y en oposición a lo que Shakespeare dice: la mujer es un manjar digno de los dioses cuando no lo guisa el diablo, —yo digo: la mujer es un manjar superior a los dioses y aun a Shakespeare, pero, a condición de que lo guise el diablo... De otro modo: ¿Qué fuera la mujer en la historia, en el teatro, en la civilización? Una simple unidad de carne, la hembra multiplicadora, la máquina de hacer hijos y trasmitir rutinas, el «cliché» pluscuamperfecto de la emotividad infer-consciente, un documento atávico de la más burda físiología, el eslabón conservador

de la especie, una muralla mongólica de misoneísmo y de barbarie.

Es necesario que en el mismo amor haya acritud, sombra, dolor, extremecimiento, ruptura, el desgarrón masochista, algo del diablo, es decir, «mal», que un duende cojo guiñe a ratos perversamente entre las flores de acre voluptuosidad.

El amor debe ser todo eso para ser algo... ¿sino? Un amor que no duele, casi sería una abstracción... ¿celeste? Pero al fin, una abstracción... Y para un epicúreo fin de siglo, un anestésico, ni más, ni menos.

Como Byron, me gusta paladear la aguja del vinagre en el vino más delicioso... más perfumado, más virgen.

¡Vaya con Shakespeare! ¿Qué haría la mujer en el mundo sin la colaboración del diablo, su consejero y su mejor amigo?

¿Sin la serpiente habría acaso comido de la manzana? Y sin este goloso delito, ¿hubiera sucesión, humanidad, arte, epopeya, luz y sombra, dolor y dicha, guerra y paz, «contraste», que es lo que constituye la belleza en sí, la emoción en sí, la fuerza en sí, la vida total en sí misma?

¿Podríamos acaso deleitarnos con la Biblia, el más bello y humano poema, el más grandioso romance filosófico y naturalista?

¿Podríamos admirar en Caín, al primer poeta del mal, un Baudelaire, desnudo y errante, el primer jacobino trágico, el maldito, el rebelde, el genio rojo de la libertad, el Nietzche de la paradoja, en esa

edad de piedra? ¿Y en Abel al primer buen muchacho de la familia trabajadora, al primer buey paciente de la estoíca agricultura, al primer Zoilo?

Si la mujer es la desgracia, es el pecado, es el explosivo, es el dolor, es el mal, es el elemento dramático de la especie, ¡bien haya...! Todas estás cosas son indispensable para el arte. Sin estas cosas nadie escribiría, no se vertiera una lágrima, no habría emoción, no habría novela, no habría estímulo de progreso, el mundo no adelantaría.

Conviene que el sufrimiento y la injusticia, y el crimen y la desigualdad existan. El mal es una condición del bien, cuando no su agente lógico. Ambos son mudos, de una inmensa ley universal, fases sucesivas del astro sociológico en su revolución por el tiempo, hacia lo incognoscible.

¡Alabemos al genio de las sombras!... Sin Satanás el mundo se moriría de aburrido, es decir, con la mujer buena y el hombre justo, dentro de una igualdad perfecta y mística de beneficios y derechos...

Tal como en una epidemia antigua se moría la multitud al cabo de un estornudo, ahora nos moríamos dando un bostezo estúpido... Como las ranas de la fábula, hartas de canto y de ventura eglógica, tendríamos que pedirle un rey a Júpiter y ese rey sería el demonio...

Puede verse, cuánto hay de falso y de inconveniente en las ingénuas aspiraciones de ciertos anarquistas, verdaderos cristianos de las catacumbas, por suprimir el mal, el dolor, la desigualdad, el drama, (!) el arte sangrante, la gran poesía, como quien dice!...

Es pretender extraerle el nervio vivo a la humanidad para que no sienta...

Un bien de ese género sería un mal, una peste de virtud, de placidez y de ebriedad bucólica...

Ibamos a estar muy divertidos... En verdad, que me quedo con este infierno y no con el limbo que se nos promete... Y desde ya declaro que me gustan las mujeres, pero a condición de que las guise el diablo... De otro modo las hallo muy desabridas... Podrán gustar a los dioses, y aun a casi todos los hombres, pero no están bien para el esteta, para el libro, para el trono, para el escenario.

. . . . . .

Otra vez las interjecciones: ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!... Otra vez los gansos del Capitolio abriendo el pico estúpidamente.

—¡Señor Martínez! En nombre de esas «têtes legères», como las llama Saint Evremond, frágiles casas de muñecas con farolillos de ilusiones y torres hipnotizadas...

—¡Señor Martínez! En nombre de esas nubecillas que esconden el rayo; de esas ondas halagüeñas y aterciopeladas en que lloran cien cocodrilos, por esas cabecitas gaseosas que se doran por dentro y por fuera, por esos mundos de juguetería llenos de dulces sorpresas, que estallan en cuanto Cupido prende la mecha de azúcar, acallad a esos compiladores, recordadles el juramento rezado ante vos de no revelar los secretos de la vida privada!

—Mirad aquella mesa. Y la de más allá. Siento vértigo. ¡Qué cobardía!

Los secretos más claros, los pecados más virtuosos, las monadas más venerables, los contrasentidos más filosóficos, las tonterías más subyugantes, las ridiculeces más sublimes, la nada, agente cósmico de la metafísica más cuerda, ¡oh dioses! Todo arrojado a la luz del sentido común, brutalmente, alevosamente, de la arriñonada boca de Sancho; como un divino metal fundido en el estornudo de un volcán!

—¡Señor Martínez! ¡Por piedad! Me espeluzna... ¡Nada menos que el tocador echado por la ventana! ¡Qué desastre! ¡Ni el banquete de Baltasar, ni el saqueo de Jerusalem, ni el incendio de la biblioteca de Alejandría, ni la toma de Bizancio!

Un huracán de bárbaros en el Sinegeo. Las botas de Tamerlan en el harem sagrado.

¡Maldita verdad! ¡Plebeya estadística! ¡Censo importuno!

Un divino carnaval Luis XV quitándose la peluca, los polvos de diamante, la casaca de oro, en la cocina de un burgomaestre; una intriga de hadas que se desvanece en el tintero de una oficina pública, entre el árido expedientaje, las obtusas mesas de pino y las fiorituras de la caligrafía escolástica, que invade las carpetas y acredita: «Je ne comprend pas».

. . . . . .

Los delincuentes callan aterrorizados.

El señor Martínez se sonríe con cierta amable ironía. Siento en mi piel la tersura del terciopelo de un tigre... Una cosquilla de uña de ágata que hace un zig-zag en mi médula...

Yo prosigo con énfasis:

Comprended vuestra misión, ¡vuestra responsabilidad! Sois el confesor de un millón de almas, en estos graves momentos. ¡Que vuestros empleados enmudezcan o relevadles por mudos!

¡Haced respetar esas fichas! ¡Qué os importa averiguar si efectivamente son ciertas las edades que «mienten» las señoras y señoritas, inquiriendo de los curas párrocos, vuestros colegas de indiscreción, la fe de bautismo de las tomadas «in infraganti», sus años de matrimonio, la cantidad de hijos, vivos y muertos y hasta fracasados! ¡Qué os proponéis con tan diabólico tesón cuando las parroquias no satisfacen vuestra curiosidad en averiguar jesuíticamente, por medio de las relaciones más antiguas de las fraudulentas, el tiempo que han sufrido y hecho sufrir...!

Ah, ¡cuántas maldiciones os esperan!

¡Con quiénes os habéis metido en danza!

¡Infeliz...!

Bien sé yo, que hay casadas que manifiestan ser solteras. Y bien: ¿a qué mostrar sus defectos? Y solteras que declaran románticamente ser viudas, porque han perdido sus novios, con lo cual sin duda inspirando piedad y fe más allá del sepulcro, se proponen inspirar amor y relevar al muerto, lo mejor posible...

¡A qué desbaratarles sus planes, señor director, y con qué vil objeto...!

No os escucho, aunque me digáis que hay viudas interesantísimas de medio siglo, pero, frágiles... en aritmética, se comprende, que confiesan

haber doce hijos y luego se hacen una alforza, pero mal hecha, en la edad, manifestando tener los treinta crepúsculos de la heroína de Balzac.

Y menos os perdono que lo averigüéis por Córdoba el inquisidor (1), el que no se ablanda ante ninguna súplica, ni se conmueve ante ningún sollozo!

Conferidme esa embajada. Mandadme a mí. Yo sería buen intermediario. ¡Yo sabría hacerme derrotar...!

—¡Señor Martínez! Os hablo en nombre del incendio más agradable y del veneno más delicioso, del verdugo más tímido y del más tierno déspota, hablo en nombre de la Maffia, de la Maffia irresistible que mata, dando la vida por el lado del corazón!

¡Haced respetar esas fichas! Haced disculpar los errores, pasad por alto los fraudes, la liturgia saturniana que Venus auspicia, los devaneos sagrados de la mujer: ¡diosa del mundo, capricho legislador!

Las damas no deben ser rectificadas.

No hagáis números con el ideal, no hagáis ciencia con la poesía.

Con vuestro censo habéis faltado a las leyes más elementales de la galantería interrogando acerca de la edad, acerca de lo más delicado, de lo más doloroso, de su derrota irreparable, de su defecto esen-

---

(1) Hombre tremendo, ceijunto, elefantiásico; una escultura pelasga, encargada de rectificar las fichas y de arrancar la edad como se arranca una muela... Hasta su nombre, Córdoba, es ilustre en crueldades de acero...

cial, a quienes para ser omnipotentes sólo les faltaría el único milagro: detener con una mirada, con un gesto de su abanico, el reloj de la vida, ¡como Josué detuvo el sol...! detenerlo en la hora infinita, en el minuto supremo del amor y de la belleza, para triunfar cada día en una nueva y gloriosa batalla.

Ellas tienen, como las mariposas y como las flores, un solo enemigo: el tiempo, ¡de quien vos sois en estos momentos ilustre plenipotenciario!

¡Habed justicia ya que no piedad!

¿Qué importa a las damas el resultado de vuestro censo? Vos sois un gran demógrafo, un Moltke de la fecundidad, un notable estadígrafo, un «exacto», diré, un contador, gota a gota, espantosamente frío, tremendamente infalible de la máquina colectiva... ¡Pero...! no podéis ni añadir ni quitar un año a las hechiceras que los aborrecen. Es decir, no podéis gran cosa...

¡Bien valen todos vuestros censos una sola de sus mentiras!

Todo se mide por la mujer. ¡El meridiano de la felicidad pasa por el capricho de sus peinados!

Por las mujeres se vive, por las mujeres se lucha, por las mujeres se es impostor, se es criminal, se es todo lo que no se debe ser y nada de lo que se puede.

El imposible y la moral doblan ante ellas la rodilla. En Phriné el delito se hace adorar y pedir perdón de la justicia.

Ante Margarita, un endeble hilo de oro, tiembla Satanás cobarde y huye al infierno dando aullidos.

La mujer es nada. La mujer es todo. Su frivoli-

dad es la cubierta de papel de seda del libro de los astros. Su «flirt» es el A B C del más allá. Los sencillos trece años de Beatriz son las trece llamas complejas del Paraíso que abren las puertas azules del gran símbolo al amor de un hombre.

La mujer es el sofisma hermético, es el absurdo milagroso, la tesis antítesis, el revés derecho. La X encerrada en un O. ¡Lo incomprensible sintetizado en una golosina!... ¡La mujer es el juego profundo, la infer-natura y la super-divinidad! Cristo se olvida de que es Dios en casa de Magdalena. La cabeza chorreando sangre del Bautista, sonríe en vez de muequear al voluptuoso beso de su verdugo...

. . . . . .

Mi discurso inspira a Martínez un no sé qué de burla mimosa, de acariciante ironía... Noto que le endulzan mis extravagancias...

Y ataco en un crescendo «forte»:

Mereceréis bien de las que arrojan el guante a la historia en el gabinete de los reyes, guante que las posteridades idealizan y que los poetas adoran; de las que sientan en su falda el gobierno del mundo; de las que hacen de los César y los Belisario, de los Napoleón y de los Yamagata, vencidos ignominiosos; de las que con un beso homicida redimen a su pueblo, como Judith, y de las Cleopatras, que en su triclíneo de amor dan vuelta a la derrota, como se vuelve una almohada; de las que se colocan un rey de prendedor y una corte de vestido como las diosas de Versalles; de las que convierten a sus príncipes en bufos como Catalina y a sus tenores en príncipes como la Es-

tuardo; de las que hacen de su cabellera el marco de los imperios y la noche de la esclavitud; de las que juegan al ajedrez la suerte de las naciones; de las Cenicientas que hacen de sus cocinas las antesalas de los tronos; de las Fredegundas que encierran en un frágil pastel amasado por ellas el anillo del amor y de la muerte: dos inmensidades; de las Aspasias, que hacen de su triple encanto el libro de consulta de los filósofos y de los artistas; de las Thais, que enseñan con su divino desnudo a los sabios de Egipto, geometría y astronomía; de las Pompadour, que meten dentro de su zapato los dientes de oro de un siglo; de la tímidas Margaritas, que con una lágrima apagan el rayo en la mano de Dios; de las ignorantes Margaritas, que con un latido instruyen a Fausto en los secretos más altos y le ayudan a remontarse a la Suprema Ciencia; de las Diotinas, en cuyos ojos ve Platón el panorama de la Eternidad y en cuyas líneas oye insinuarse el divino «a priori» de su metafísica, ¡la música astronómica del Universo!...

—¡Señor Martínez! Rendid vuestra pluma a las que tienen el genio de no saber nada y de ordenarlo todo, de ser juguetes ellas mismas y de jugar con todo lo creado, de aquel suave elemento, de aquellas Eumé-nides vestidas de Gracias, de aquellas débiles y terribles criaturas a quienes el porvenir, como un perro sumiso, muerde insensatamente la falda olorosa!

Buenos Aires, 1906.

TRENOS

"EL ALMA DE MOMO"

El carnaval antiguo.—Orígenes y manifestaciones.—Exégesis histórica.—Grecia, Jerusalem y Roma.—Roma Pagana y Roma Cristiana.—Horrores de Mimo.—La risa trágica.—La máscara infernal.—Evolución del carnaval.—Atavismos y barbarie.—Consideraciones diversas sobre el carnaval.—Supresión.

I

El reverendísimo Momo tiene su historia, al igual que Baco, el padre de la viña griega y Pan, el caprípedo unicornio de oro a modo de novilunio pluvioso, —flautista errante de los pastores y propicio con su risa armónica a las ópimas cosechas y a los libertinajes silvestres. También nos cuentan la India tenebrosa y la amarilla China de Tien-San-Gai, pascuas floridas de locuras y de sacrilegio, en honor de alegres o deschavetadas divinidades subalternas, y raro es el país, tribu o nacionalidad, que no afirme en las tradiciones borrosas de sus mitos simbólicos a través de los enrevesados infolios o de las supercherías verbales hereditarias, el culto, ya trágico, ya candoroso, ya absurdamente troglodita, a las deidades de la carcajada y de la farsa, de la anomalía y del fenómeno. Se trata de la careta, siempre de la careta monstruosa, del lado falso y fantasmal de la

especie humana, del reverso de forma del alma, de la antítesis repulsiva de la moral ingénita, es decir, del aspecto ilógico, antinatural, apócrifo, insensato de nuestra faz íntima, del disfraz infrapsicológico y de la caricatura antiestética de la raza, de la verdadera noche de la conciencia, con sus incubos aterradores, sus pesadillas morbosas, sus cucos teratológicos de su demonología abstracta y confusa, hecha de sombra y de vértigo, de náusea y de superstición.

La imaginación erizada en la orgía, descalabrada, caótica, ha volcado sobre la tela impresionista, todo su negativo innambulesco de linterna mágica atormentante—aniquilando las formas, desmembrando las conjunturas, confundiendo las armonías, desbarajustando las órdenes, disasociando toda la dinámica subjetiva—haciendo las líneas tortuosas, y las perspectivas contrahechas, y las proporciones ridículas, y los contornos vergonzantes, en un dislocamiento de verosimilitud y en una disgregación soez de Arte y de Naturaleza.

No es tan sólo el Carnaval objetivo, el espectáculo inocente de los sentidos inferiores, de la parte animal y degradante del hombre; el sainete del niño o del cavernario que todos tenemos dentro de nosotros, en principio biológico hereditario, sino principalmente el Carnaval del espíritu, la orgía tenebrosa del «yo» constitutivo del sér consciente, el carnaval bárbaro y repugnante de la esencia íntima, esto es: el renunciamiento infame de los principios más elevados de la vida, la burla procaz de sí mismo, de todo lo ético, de todo lo armonioso, de todo lo artístico y

de todo lo divino que llevamos en el vaso invisible de nuestra doble naturaleza.

Para el historiador profundo, para el psicólogo que introspeccione la conciencia humana, y sepa ver en todos los recovecos y alveolos de la compleja biología colectiva, significará la ruidosa «carnestolenda» algo más que para el cronista de oficio o el jocoso de bulevar, y se sobrecojerá tal vez de emoción, al sorprender en la máscara hilarante que muequea, el símbolo de una barbarie pretérita, el mísero abracadabra de una época sanguinolenta, de hecatombes y concupiscencias selváticas, siniestro en medio a una ronda trágica, bailando frenéticamente sobre cadáveres, al resplandor de teas incendiarias. Y podrá, deduciendo cálculos sociológicos, comparando hábitos y relacionando épocas, señalar etapas de evolución y grados de adelanto ético, en las distintas razas y países, cuyas conclusiones de una saludable enseñanza histórica, sin duda, aprovechará para sus máximas el moralista y para sus fines el legislador.

II

Entre tantos pueblos que se han pintarrajeado el rostro y dislocado el espíritu, ciñéndose los clásicos cascabeles, como símbolo de la alegría, o el ramillete de ajos de Sancho, como emblema de ridículo, sólo la grave Judea, la subjetiva Sibila del Jordán, permanece de rodillas, sobre un lecho de

ruínas y de pavesas, con la frente pálida y sudorosa, bajo el cielo ceniza de Jericó, soñando en la Muerte y en la ira eterna del tremendo Déspota sinaítico, sin que su risa deje de ser otra cosa que angustia de mártir, historia religiosa y sarcasmo profético. «Oh, Muerte, ¿donde está tu aguijón?», parece gemir con San Pablo. Y, escuchar aterrada el trueno de Ezequiel: «¡Jerusalem, desdichada Jerusalem, ay de ti, Jerusalem!... ¡Pronto serás destruída!... ¡La furia de Jehová descenderá sobre tus muros!».

Grecia reía, pero su risa era sana como el zumo de sus vides y virtuosa como la cornamusa de Pan, desgranadas en perlas sobre los rebaños triscadores y en las vendimias borrachas de la más dulce poesía anacreóntica. Era la risa bondadosa de la salud, la leve risa de la gracia, la risa de la belleza plácida y de la voluptuosidad exquisita; la risa plástica de los juegos olímpicos y de los gallardos gimnastas del Liceo; la risa pura de los mármoles de Fidias y la risa de los cielos y de los prados de la paleta de Praxíteles. Lo bárbaro, lo efímero, lo tortuoso, lo feo, lo carnavalesco, en fin, jamás profanó los peristilos de sus templos blancos y desnudos, en que todo se halla sujeto a línea, a ritmo, a proporción, a luz: nunca atormentó los pórticos austeros ni los frontones melindrosos de sus academias, donde hasta la emoción está regida por medidas y la alegría termina, como en las vírgenes risueñas de Scopa, donde termina la gracia. De tal manera repugna a Grecia la deformidad en el Sér, el disfraz calumniador de la Naturaleza, la impostura, por así decir, de la dignidad

y del orden universal de las cosas, que en la Iliada muestra Persites por breves instantes su torcido gesto y su horrible joroba, persiguiendo a los héroes con roncas injurias; mas la voz chillona no interrumpe largo tiempo la armonía de la Epopeya, que Grecia tiene un santo horror por las formas innobles. «Cuando con aplauso de las tropas, Ulises la arroja del Agora de un golpe de su cetro de oro, diríase que es el genio helénico desterrando la fealdad de su divino imperio. Asimismo en el segundo Fausto, Goethe describe a Mefistófeles bajo la repugnante máscara de la gorgona Porkyas, lanzándose del fondo del palacio de Paris con frases siniestras y negro paraguas. Al verle el coro prorrumpe en maldiciones, sobrecogido ante la horrible fealdad del mónstruo.

De tal modo la madre Grecia abomina el Carnaval, es decir, el disfraz de las cosas, la paradoja sacrílega de la sensación, excluyéndolo de Arte, como de una religión en que se debe respetar el orden preestablecido del alma y de la Naturaleza, la suprema cadenciosidad multiforme y unigenital que preside los seres y su fenomenología heterógena, y que abarca desde la arquitectura melodiosa del eterno Universo hasta el microorganismo impalpable y atómico, síntesis de vida en el inmenso laboratorio transformista del gran químico.

Una sabia intuición de moral filosófica y de alta higiene con que se adelanta a nuestra época, honra a los gallardos hijos del Atica, que veían en la fealdad de la forma o del gesto, en el aullido animal del loco, en la arruga espeluznante del delincuente, en

la carcajada grotesca del ébrio, en la joroba del degenerado, en el espasmo y en el hipo del moribundo, en todo el desorden teratológico de la psico-fisiología humana, el caos de la conciencia, el dislocamiento social, la bancarrota de la especie, la degradación de los sentidos esenciales del sér, la muerte de la belleza; una perspectiva patibularia, sembrada de cárceles, de manicomios y de hospitales; toda una humanidad dantesca de mundo psiquiatra y criminalógico: la sub-homonomía que imaginara un Leopardi infernal del monte Hartz.

III

Todo lo que Grecia odiaba lo ridículo y lo deforme—amante de la línea serena y del ritmo plácido, bajo su túnica de pliegues armoniosos—y de cuya boca de mármol manaba la suave risa como los límpidos versos de Sófocles—Roma, la caricatura viva de Helena, su plagiaria social y emotiva, fuerte y varonil, pero sin el alma delicadísima de Diana, sin su frente aureolar de media luna y sin su seno de inmaculado candor, teñido de cien matices—se enloquecía por el desorden, por la orgía degradante y el rito bárbaro, entregándose a una suerte de locura caótica y tragicomedia sangrienta, en que todo se subvertía y se profanaba, desde la ley hasta el voto, frenética de todos los vicios, de todos los relajamientos, de todas las violaciones, de todas las lujurias, de todos los desdobles más indignos, en que las ca-

néforas del escándalo se arrojaban sobre los vasos sagrados y la Medusa maldita se hacía dorar en el ara, como una diosa casta por las prostitutas y los libertos. Érase aquello el dislocamiento del arte, el fin apocalíptico de la moral y del sentido común, la Roca Tarpeya de la bestialidad, harta de estupidez, de crimen y de danza. El vino ahogaba las avenidas, enrojecía junto con la sangre el taciturno Tíber. Las rondas enmascaradas de Saturno aturdían con sus timbales y tambores la ciudad pagana y Venus desnuda, con su cohorte de escandalosas rameras, enflorecidas, ofreciendo la crátera espumosa de Palermo a los sátiros del barrio, se paseaba triunfalmente, de cuando en cuando, socavándose en ritmos desesperados de lujuria, ondulando su vientre por la danza esencial del rito eléusico. Y acá, y acullá, carros de alegoría monstruosa, tropas, caballos con corona de emperador y cónsules vestidos de divinidades o a horcajadas en bueyes, en medio de una algarabía de gestos y de colores.

El circo, la plaza, la Vía Apia, el Forum, todo rebosaba infame sacrilegio, gula mitológica, promiscuidad de carne y vicio, terminando la malagresca con el incendio alevoso y la matanza de cristianos; el fuego mortífero de la fiera y el Gladiador, hasta que un decreto del cónsul o el propio tedio daba término al simulacro de averno, y poco a poco todo volvía a su quicio.

El carnaval pagano de Roma, padre de nuestras «carnestolendas», fué sobrepujado con bestialidad y en crimen por el carnaval cristiano de la Roma de los

Papas. Aquello era «el suicidio de la locura», según la célebre frase, en el apéndice sombrío de un carbonarismo hipócrita y de un refinamiento de arte en los entretelones de la Muerte, que inspira horror. Así, en un abrir y cerrar de ojos, desaparecían cardenales, ministros, embajadores, príncipes, potentados y jefes de logia, frailes austeros y suntuosas damas. Era el carnaval fúnebre que reía, a través de los hábitos, desde la capucha oscura, en la sombra de los confesionarios y de las crujías silenciosas de los conventos.

En confituras de hada maligna y en pomos perfumados de alquimia trágica, dentro del exquisito almendrado y en el hojaldre frágil de un pastelillo preparado por manos palatinas, en el licor especioso que matiza la cincelada copa de luz y en la marmelada de frutas exóticas, la Parca ríe, ríe feroz!... Y en medio de un brindis, de una chanza, de una mueca de clown, de un alarido de bufo, de una pirueta de enano, cae para siempre rígido, con una burbuja de espuma sanguinolenta en los labios apretados, su Excelencia Guerrini, el Maese Barberini, Alto Lavella, Colonna, Sforza, Malatesta, Bandinelli, etc., todos los grandes de la púrpura, los insospechables, los futuros Papas; los graves ajedrecistas de la diplomacia de Gabinete, que incomodaban al Pontífice y convenía hacer desaparecer alegremente...

Y esto sucede en el castillo de la Marquesa de Barbieri, en un banquete del Prefecto Scarpia, en el salón de recepciones del Arzobispo, en pleno Vaticano... Fué cuestión de un estornudo, de una ligera

indisposición gástrica, de una ruptura arterial... ¡lo que haya sido no importa!...

El médico lo arreglará con una simple boleta... Y continúa el jolgorio, la disonancia, el mascareo de toga y de capelo. Las campanas doblaban arriba, desde ochenta torres!... Y Alejandro Borgia, ríe, ríe, sordamente, complacido, mientras hace su sagrada digestión pontifical o reza algún rosario por el difunto Excelencia...

Esto es adentro, en los bastidores aristocráticos y teocráticos de Roma, que fuera, en los corsos, en la procesión funambulesca, en la «piaza» multicolor y plebeya, la cosa aumenta... Entre la lluvia de flores y confituras, al abrigo de capas misteriosas y bajo negros antifaces de terciopelo, el proyectil culebrea, se desliza el estilete, el puñal relampaguea, el arcabuz vomita plomo... Y he aquí que cae una dama, un mariscal, una sotana... Una novia fuma con un cardenal... La «vendetta» maniobra con el chiste, con la risa, con el ramillete y se escurre como una sierpe por la ventanilla de una carroza... No es raro ver en plena calle una riña de congregaciones alegres que se quitan el disfraz y la emprenden con lo primero que encuentran a mano, piedra o palo, en nombre de Jesucristo, y por antiguos pleitos de Consistorio... En fin, pues, principalmente en la Edad Media y con raros intervalos de moralidad, Roma es la máscara pagana, la máscara epicúrea y sacrílega, y más que todo esto, la máscara criminal, tenebrosamente jesuítica, monstruosamente refinada: el Infierno metido en la Iglesia!...

IV

Desde las fiestas báquicas, en la que la degradante obscenidad, mezclada al canto litúrgico y al ritmo de las danzas pintorescas, era prescrita y honrada; desde las Saturnales de la libertina Roma de los Calígulas, cuando Afrodita, desceñida la túnica y el gesto lúbrico, paseaba con su séquito de Bacantes ébrios y de Sátiros briosos, por las encrucijadas de la invicta emperatriz del Tíber; desde esos aciagos días de crimen y desorden en que el vicio era elevado a culto, la fealdad a la belleza y la impostura a la verdad. ¡Cuánto ha cambiado esa extravagante religión de la humanidad sin juicio; cuánto se ha modificado según las épocas, hábitos y tendencias psicológicas de los pueblos; qué incumbencias y qué fines la encauzan, qué caracteres la rigen y qué determinismos ambientes la segregan sin cesar de su primitiva naturaleza, de su rito bárbaramente infantil, ingénuamente delictuoso, cómicamente trágico.

La mano de la civilización que cultiva y pule las esculturas del hombre, y cambia todas las expresiones y endulza todas las fierezas y trasubstancia, por decir así, el génio de las épocas y de los mitos históricos, haciéndolos eficientes, lógicos, morales, estéticos y, finalmente, útiles al agregado social, ha laborado también en la feroz escultura carnavalesca, suavizando el gesto trágico de su risa macabra y demoniaca, trocando la «pose» concupiscente en ri-

dículo desplante y en crisis jovial, dando un sonido de cascabeles en danza y de frou-frous en fuga al viejo rugido atávico de placer voluptuoso y de venganza ancestral!

¿Cuál habrá sido la causa—se pregunta el sociólogo—de ese desbordamiento, de esa disfrazada moral, de ese estúpido caos en la conciencia de pueblos cultos, de ese desplome grosero de toda ley sana y de toda inclinación artística, de ese suicidio del sentido común, como lo es sin duda entregarse a la más desenfrenada farsa, con ribetes de lícita delincuencia y de morbosidad hereditaria, haciendo dimisión de todo lo más noble, lo más sagrado, lo más bello del espíritu en procura del más necio objetivo, de lo que podíamos llamar darwiniamente, una retrogradación, «un salto atrás», hacia el individuo del hacha de piedra y del pedernal, y si se quiere, hacia el mono?...

No se halla otra solución a esta pregunta, que un prurito inferiormente anormal de los pueblos, un movimiento «involutivo» en masa de la sociedad, para dar rienda a sus prehistóricos instintos de vandalaje y de fuerza, de cinismo y de animalidad, según se expresa Spencer. He aquí la sola razón de ese desquiciamiento, de esa ruptura del orden moral evolucionista: abrir la válvula de escape a todos los bajos fondos de la conciencia, a todas las miasmas psicológicas de la infer-naturaleza, a los «bagazos ancestrales»; librar el potro primitivo a sus antojos selváticos, fuera de toda ligadura convencional y de todo atavío de civilización.

En estos días inocentes, resucita el tipo enano, se levanta el velludo sombrío de las cavernas. Bajo la máscara de cartulina se descubren las almas de sombra: bajo el disfraz infantil se disfrazan las almas torvas. El carnaval es tan sólo el carnaval de los cuerpos, de las formas tangibles, de las exterioridades. Realmente, en estos jolgorios, los hombres se quitan la careta que usan todo el año, y las almas aparecen en toda su desnudez ingénita!...

¡Contemplad, oh buhos de la introspección, oh clínicos de la raza carnestolendas, ese kaleidoscopio carcelario, ese museo desnudo de la especie degenerada, ese obscuro desfile antropológico, esa comparsa interminable de mascarada psiquiatra, que se ríe de su propia miseria y de su espúrea estirpe, al son de timbales y de masacayas!...

Repugna ese espectáculo vergonzante del carnaval contemporáneo, aun libre de los sacrilegios litúrgicos de la antigüedad, de sus danzas libidinosas y sus promíscuas pernoctaciones, en honor de Venus y de Baco. No resta, sin embargo, su espíritu innoble, la periferia de sus orgías, la postura «grosso modo» de sus cancanes trasnochados y crueles, la perversidad morbosa de su teatro subconsciente, la tabernaria garrulería y el retorcimiento poeneano de incubo en que se produce, con vergonzosa impunidad. Tiempo es ya de abandonar ese tradicionalismo que zahiere la cultura, el arte, la moral, eruptando su antipática influencia sobre los más graves postulados de la vida.

Que todo ese ritual de pesadilla aciaga, que todo

ese absurdo cien veces despresivo, indigno de la naturaleza humana, que era «misa negra» de la especie, vuelta al estado animal, desaparezca cuanto antes, y sólo ocupe su sitio en el calendario de las expansiones civilizadas del sér social, la elegancia de la tertulia, la dulce elegancia de la «causerie», la suave cordialidad, bajo el auspicio del diplomático champaña y al son de la divina música.

Febrero 1907.

A LA CIUDAD DE MINAS [1]

Yo soy el hijo de la augusta madre; yo soy el hijo de la Naturaleza. En su adoración me embriago horas y horas como un sacerdote. A través de sus maravillas mi alma penetra gravemente en Dios, el sublime Poeta cuya inspiración obscura palpita en el corazón sencillo y a la vez impenetrable de las cosas y de los seres.

En un silencio pitagórico me soñaba yo frente a las sombrías siluetas de las montañas, como el salvaje Rousseau o el místico Lamartine, o bien echado a la sombra lila de los abedules junto al arroyo, en el valle retumbador, como el espumante Horacio.

Nunca pensé ver realizado este espejismo de la fantasía—esta apertura embelesadora de alma que empieza a vivir—en las campiñas de la patria cuya belleza monótona sonríe siempre con su misma sonrisa de modestia orográfica y hace ondular su hirsuto cabello indígena bajo el mismo céfiro que la destrenza y la peina sobre el lomo de la colina o en la vega plateada.

---

(1) Brindis en una fiesta que se le ofreció a Herrera y Reissig en la bella ciudad.

Y he aquí que de pronto se abre un telón mágico de panteismo, en medio de mi vida y de mi normalidad displicente, a pocas horas de Montevideo y bajo el mismo azul familiar que auspició mis rápidos días.

¡Estremecimiento inédito, pueril asombro, balbuceo errátil, latido sagrado! ¡Madre Cibeles! ¡Ella es! Corro a besarla. Una perla sabrosa filtra de sus dadivosas ubres sobre mis labios febriles. Y la acuarela candorosa vibra bajo mi pasmo en una negligencia de bondad que humedece las palabras y hace temblar el silencio.

Una visión alpina, uno de mis ensueños virgilianos, una página de «Joselyn», la Égloga de rostro ingénuo y de ojos verdes, aparece, me saluda... Yo desmayo, atónito en una larga estupidez de los sentidos, muda al principio, clamorosa luego. Sobrevivo en metempsícosis supremas a extenuaciones también supremas.

Traspasado por cien alientos, creo delirar en presencia de una dicha que ya desborda de mi contemplativa ansiedad de artista. Naufrago en vértigos de relámpago y me evaporo en suspiros.

Realmente es eso lo que codiciaba: son esas toscas facciones de la geometría, son esas grandes líneas anormales, esos grandes lóbulos de la psique del paisaje, esa tempestad momia de sierras que se destaca como un símbolo bajo la inmensa rotonda impávida. Es eso mismo lo que yo adoraba en alucinación, en mi primera fe de sensibilidad, en mi primer hervor de clara poesía.

Son esas tinieblas de tierra orgullosa que asaltan espectrales los horizontes abstractos; es ese anfiteatro severo de alturas que sonríen en la mañana de cristal, con los mil pliegues de su rostro venerable, a los ganados y a las chozas cándidas, y que sueñan al crepúsculo un vago sueño violeta de metafísica pastoril, dulce y solemne.

Son esos valles—urnas líricas—esos abismos que hacen muecas fantásticas al vacío, esos contrafuertes épicos de una Cantabria inspirada, esas tercas rutas, esas viviendas inverosímiles sobre las cumbres de los cerros, como nidos de pájaros anacoretas, esa gesticulación petrificada en los hoyos y en la vehemencia de los declives, esa fisonomía adusta de la Naturaleza que medita rudamente al sol y se diría que refleja al paso de las nubes las sombras de sus pensamientos y de sus dudas.

Es eso, lo que yo soñaba, lo que yo buscaba, lo que he encontrado al fin en medio de vosotros.

¡Minas! A tí mis lágrimas de entusiasmo y mis suspiros de fervoroso culto; a tí, reveladora a mis ojos de una realidad poética que embriaga mi espíritu con fresco olor a tomillo y a hinojos de la Biblia y de la Odisea y cuya sombra alucinará para siempre mis evocaciones aterciopeladas de agreste sencillez y plácido esparcimiento!

Nacida para soñar y para hacer soñar, serás el jardín sonoro del Arte, de la Poesía, del eterno Amor, ¡la Ciudad Romántica de la futura leyenda!... Crece en espíritu; sé grande; piensa: tienes el ejemplo de tus montañas.

OXFORD

Despósate para ser imperecedera ya que eres joven y rica, con los Poetas y con los Amantes. El Poema te dará el mundo y la gloria. El corazón, los siglos y las lágrimas.

Ciudad nacida para el verso y para la vibración esencial, envuélveme en un rayo de tu poesía, inexplotada como tus oros y como tus mármoles.

Oscuro peregrino, yo necesito esa preclara limosna de tu genio virgen para ser, aunque más no sea, ¡el hijo de un momento!

ÍNDICE

Págs.

Pórtico. 7

DE CRÍTICA

Conceptos. 19

CUENTOS

Aguas del Aqueronte. 59
El traje lila.. 77
Mademoiselle Jaquelin.. 85

DE ESTÉTICA

Psicología Literaria.. 99
El Simbolismo Oriental. 115

CUADROS REALISTAS

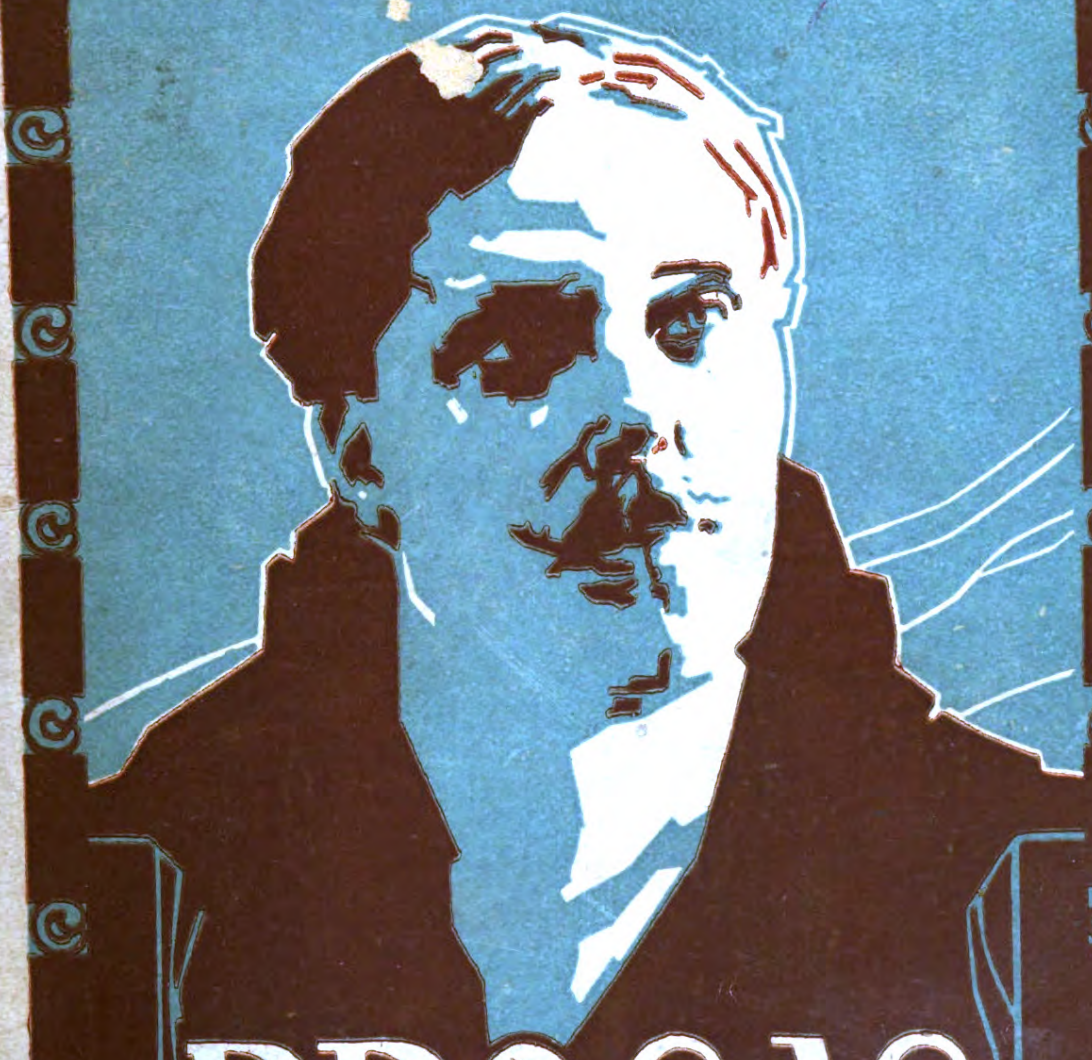
Eppur si muove. 127
Contra el Censo.. 133

TRENOS

El alma de Momo.. 151
A la ciudad de Minas. 165

76774279

BIBLIOTECA DE ESCRITORES URUGUAYOS



PROSAS

DE

JULIO HERRERA Y REISSIG

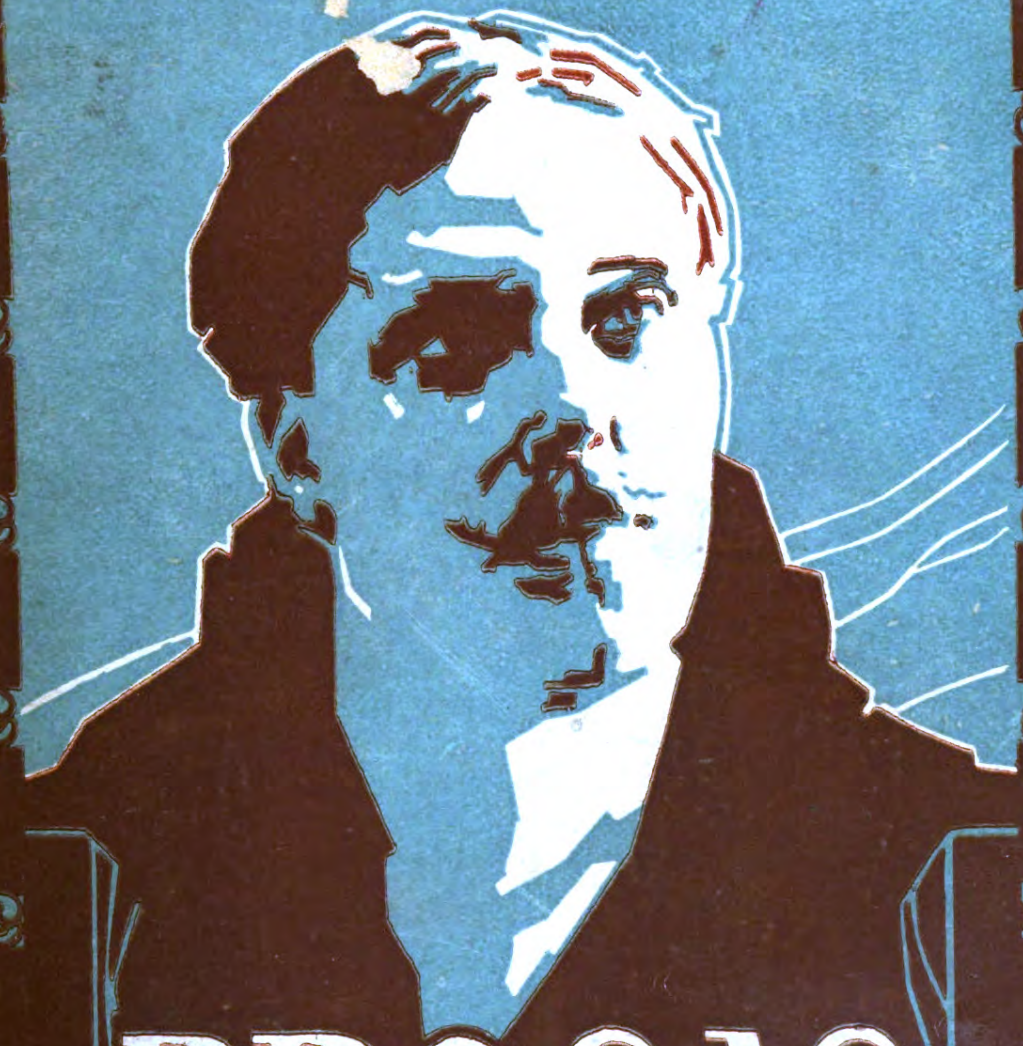
CRITICA :: CUENTOS

:: COMENTARIOS ::

CON UN PRÓLOGO D

76774279

BIBLIOTECA DE ESCRITORES URUGUAYOS



PROSAS

DE

JULIO HERRERA Y REISSIG

CRITICA :: CUENTOS

COMENTARIOS

CON UN PRÓLOGO D

3037799386

TAYLOR INSTITUTION LIBRARY
OXFORD OX1 3NA

PLEASE RETURN BY THE LAST DATE STAMPED BELOW
Unless recalled earlier

15 DEC 2003		